





LA SAVIA BAJO LA LLUVIA

Talleres «La Barca Luna»: Literatura testimonial para reescribirnos.
Memoria viva, comunidad y derechos humanos en el PRAIS Metropolitano Oriente.
2023-2025

CRÉDITOS

© Creadora Talleres de literatura testimonial «La Barca Luna», gestora y compiladora de la publicación: Lorena Ardito Aldana.

© Creador Taller de Fotografía, Memoria y DDHH del PRAIS —Programa de Reparación y Atención Integral en Salud y Derechos Humanos—, autor de fotografías, collage de Portada y collages incluidos en la presente compilación: Germán Grunet Duque.

© Autores de bocetos y croquis en crónicas: José «Pepe» Montecinos y Ángel Negrón Larre.

© Autoras y autores del «Taller de las Flores»: Alejandro Durán, María Isabel Sanhueza Garrido, Mónica Corvalán Latapia, Ángel Negrón Larre, Enrique Correa Jaña, María Cecilia López Rosas, Eugenia Victoria Tapia Caro, Germán Grunert Duque, María Elena Sánchez Viveros y Un compañero.

© Autoras y autores del «Taller Soporopo»: Salvador Acevedo, Mariposapola, D. Santos, José «Pepe» Montecinos, Mónica Gutiérrez, Julio Stuardo, Alsino Baeza Auth, Valentina Ramírez, Alma Zeppelin Herrera y Margarita Espinoza.

© Autores del Taller de literatura testimonial y DDHH del PRAIS Metropolitano Norte: Carlos García Olivares, Juan Bautista «Mickey» Alarcón Barrientos, Jorge Montenegro y Mario Concha.

© Autoras y autores del Taller de literatura testimonial y DDHH del PRAIS Metropolitano Sur: Senén Sotomayor Pérez, Marta Maldonado Mena, Gloria Díaz Valdés, Víctor Manuel Farías Palma, Eduardo Toro, Fredeslinda Urrutia Vargas, Verónica Verdugo Urrutia y Elsa Cayo Vargas.

© Activistas, artistas y escritoras/es visitantes: Bernardo Colipán Filgueira, Catalina Bosch Carcuro, Jorge Lillo, Haydee Oberreuter, Alberto Kurapel y Susana Cáceres, Fedor Sánchez, Rubén Pino, Bernardo De Castro, Lorena Amaro, José Bengoa y Mágara Millán.

Participantes del Taller de Fotografía Memoria y Derechos Humanos con quienes hemos compartido proyectos previos de divulgación.

Agrupación de Usuarías y Usuarios y Grupo Encuentro Psicóloga Natalia Hidalgo Leiva, ambos del PRAIS del Servicio de Salud Metropolitano Oriente —SSMO—.

Equipo PRAIS SSMO, en especial, Francisco Muñoz Chesta y Valentina Bustos por su compromiso con nuestro trabajo.

Funcionarias y funcionarios de la Federación Nacional de Trabajadores y Trabajadoras de la Salud —FENATS— del Hospital Salvador, cuya sede nos ha acogido tantas veces.

Equipo del PRAIS Metropolitano Norte, en especial, nuestro anfitrión Juan Manuel Gálvez.

Equipo del PRAIS Metropolitano Sur y a nuestro anfitrión, Víctor Manuel Farías Palma, presidente del Consejo de Desarrollo Local de Salud y representante de PRAIS y DDHH en el Consejo de la Sociedad Civil —COSOC—.

Correctora de estilo: Magaly Fuentes Riquelme.

Diseño portada y diagramación: Nad Araya-Jutronic Espinoza.

Impresión:

ISBN:

Este proyecto fue cofinanciado por el Fondo del Libro y la Lectura 2024.

ÍNDICE

Preludio: LA GOTA DE ROCÍO	9
<i>Una breve crónica sobre este viaje a los confines de nuestro pasado reciente.</i>	
<i>Cronología del día en que ganamos, María Isabel Sanhueza Garrido</i>	15
Capítulo I: ESE GLACIAR MILENARIO	17
<i>Escritos colectivos para hacer hablar la memoria</i>	
<i>Piuuke, Creación Colectiva, Taller de las Flores</i>	21
<i>La ternura de los pueblos, Creación colectiva, Taller Soporopo</i>	22
Capítulo II: EL OCEÁNO ESCONDIDO	23
<i>Flujos de consciencia e indagaciones poéticas</i>	
<i>Flujos de consciencia, José “Pepe” Montecinos, Mariposapola, Mónica Gutiérrez.</i>	29
<i>El derecho de vivir en paz, Ángel Negrón Larre, Alejandro Durán, Enrique Correa Jaña, María Cecilia López Rosas, María Isabel Sanhueza Garrido, Sergio León Balza.</i>	31
<i>Flujos trezados, Mariposapola, Salvador Acevedo y Alma Zeppelin Herrera</i>	32
<i>Palabras, Silvia Galaz</i>	35
<i>Pie forzado, D. Santos</i>	36
<i>Patria, Enrique Correa Jaña</i>	37
<i>Antesala del reverso, Alejandro Durán</i>	38
<i>Yo, mis hijas, esas mujeres, Mariposapola</i>	39
<i>El retorno de mi memoria, Alejandro Durán</i>	40
<i>Matria, Enrique Correa Jaña</i>	41
<i>Entre daños y masacres, Un compañero</i>	43
<i>Al mar, Salvador Acevedo</i>	44
<i>La dignidad de mis deseos, Alejandro Durán</i>	45
<i>Retorno, Salvador Acevedo</i>	46
<i>Oda a la duda, Alejandro Durán</i>	47
Capítulo III: PARA SUMERGIRSE EN LA TORMENTA	49
<i>Relatar lo vivido desde el género de la crónica</i>	
<i>Mi país imaginario, María Isabel Sanhueza Garrido</i>	53
<i>Una solicitud que es una obligación, José «Pepe» Montecinos</i>	55
<i>Breve historia de un joven allendista, Alejandro Durán</i>	58
<i>La escalera, Julio Stuardo</i>	62
<i>Crónica de un 11 futuro, María Cecilia López Rosas</i>	65
<i>Crónica en dos tiempos, Mariposapola</i>	66
<i>Un septiembre fatídico, Mónica Corvalán Latapia</i>	70

<i>Cuando cumplí 10 años</i> , María Elena Sánchez Viveros	73
<i>Canción de los hermanos perdidos</i> , Germán Grunert Duque	75
<i>A mi viejo</i> , Enrique Correa Jaña	81
<i>Mi gran amigo el «Chino» Carlos</i> , Ángel Negrón Larre	84
<i>Crónica sin título</i> , María Cecilia López Rosas	89
<i>Una visita inesperada</i> , Ángel Negrón Larre	93
<i>Días de Cárcel</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	98
<i>Una canción para volver</i> , Salvador Acevedo	105
<i>Las toilettes de la Cárcel Pública de Santiago</i> , Ángel Negrón Larre	108
<i>El mundial de fútbol de Alemania 1974 desde la Cárcel</i> , Ángel Negrón Larre	110
<i>Las Gubias</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	116
<i>Olvido</i> , Margarita Espinoza	118
<i>Trăiască (Viva) Ceaușescu</i> , Silvia Galaz	120
<i>El niño del sombrero</i> , Alejandro Durán	124
<i>Reflexiones de una hija de exiliados en Alemania</i> , Eugenia V. Tapia C.	127
<i>Volver a comenzar</i> , D. Santos	128
<i>Verano en Caleta Abarca</i> , Valentina Ramírez	129
<i>Hacienda Aculeo</i> , Salvador Acevedo	130
<i>Desarraigo</i> , Eugenia V. Tapia C.	131
<i>Crónica de un televisor en Blanco y Negro</i> , Mónica Gutiérrez	132
<i>Sitios de memoria en mi memoria</i> , Un compañero	134
<i>Crónica de una Tesis en estallido</i> , D. Santos	137
Capítulo IV: MURMULLOS DE RÍO	141
<i>Posibilidades político-terapéuticas del género epistolar</i>	
<i>Te recuerdo Víctor</i> , Mónica Corvalán Latapia	145
<i>Estimado presidente Allende</i> , Alejandro Durán	147
<i>Carta a los que viven conmigo</i> , María Cecilia López Rosas	148
<i>Compañeras, compañeros</i> , Anónimo	150
<i>Carta a María Isabel, la niña que fui</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	152
<i>Del rito de visitar el Patio 29</i> , María Cecilia López Rosas.	154
<i>Adiós Tomás</i> , D. Santos y Enrique Correa Jaña.	155
<i>Para Isabel</i> , Mónica Gutiérrez	158
<i>Carta a los nuevos soñadores</i> , Enrique Correa Jaña	159
<i>Para el buzón que un día pusimos en el PRAIS</i> , D. Santos	161
<i>Carta a una compañera o compañero en dolor</i> , Un compañero	162

Capítulo V: ESPEJOS DE AGUA	165
<i>O el tejido de espirales de memorias para remirar(nos)</i>	
<i>Chüllpiuke/Nervio vago</i> , Bernardo Colipán Filgueira	169
<i>Canelo</i> , Jorge Lillo	170
<i>Olla común con mar de fondo</i> , Iván Osvaldo Espinoza Riesco	171
<i>Haydee y el Pez Volador</i> , Haydee Oberreuter	172
<i>Geografía de Ausencias</i> , Alberto Kurapel y Susana Cáceres	173
<i>Circuito en-cerrado de tele incomunicación</i> , Fedor Sánchez	174
<i>De Santiago a Managua</i> , Rubén Pino	175
<i>Stencil de la Mini Biblioteca del PRAIS Metropolitano Oriente</i> , Bernardo de Castro.	176
<i>El firme propósito de un testimonio ignorado</i> , Lorena Amaro	177
<i>Viaje a Caral</i> , José «Pepe» Bengoa	178
<i>El silencio del Violonchelo</i> , Vera Grabe	179
Capítulo VI: DIBUJANDO EL ARCOÍRIS	181
<i>Juegos literarios para la escucha, el abrazo o la risa</i>	
<i>Manías</i> , Alejandro Durán	185
<i>Instrucciones para fortalecer la memoria colectiva</i> , María Cecilia López Rosas	186
<i>Instructivo para tener un matrimonio hermoso y feliz</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	187
<i>Para sobrevivir un cáncer</i> , María Cecilia López Rosas	188
<i>Microcuento</i> , Ángel Negrón Larre	189
<i>Lo inevitable</i> , Alsino Baeza Auth	190
<i>¿La luz al final del túnel?</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	191
<i>Dos gotas</i> , Enrique Correa Jaña	193
<i>Pasea pero no jadea</i> , Enrique Correa Jaña	193
<i>Feliz cautiverio</i> , Enrique Correa Jaña	193
<i>La primera vez que me comuniqué con una araña</i> , Mónica Gutiérrez	194
<i>Isabella</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	195
<i>Décimas sin título</i> , Enrique Correa Jaña	200
<i>Nuestro bordado</i> , Mariposapola	201
<i>Décima</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	202
<i>Décima a los 50 años</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	202
<i>Noche buena</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	202
<i>Las décimas del Soporopo</i> , Salvador Acevedo	203

Capítulo VII: MODELAR NUESTRO BARRO	205
<i>Fragmentos testimoniales sobre la potencia del camino recorrido</i>	
<i>Mi experiencia en el taller literario PRAIS</i> , Enrique Correa Jaña	209
<i>Compartiendo vivencias</i> , Mónica Corvalán Latapia	210
<i>Testimonio</i> , María Isabel Sanhueza Garrido	211
<i>Testimonio de nosotros</i> , María Cecilia López Rosas	212
<i>Taller literario PRAIS</i> , Ángel Negrón Larre	213
<i>Enamorarse del gusto de querer</i> , Alejandro Durán	214
<i>Un día cualquiera de 2024</i> , Germán Grunert Duque	215
<i>El taller</i> , Mónica Gutiérrez	216
<i>Desconfiaba por igual de los talleres y gurús</i> , Salvador Acevedo	217
<i>Camino al Taller</i> , José “Pepe” Montecinos	218
<i>Mi participación en el Taller Soporopo</i> , Mariposapola	219
Capítulo VIII: NAPAS SUBTERRÁNEAS	221
<i>La persistencia de la memoria como patrimonio vivo</i>	
<i>El día que marcó mi vida</i> , Carlos García Olivares	227
<i>La heroica huelga de hambre de Puchuncaví</i> , Juan Bautista «Mickey» Alarcón Barrientos	228
<i>Somos sobrevivientes</i> , Jorge Montenegro	230
<i>En aquella época...</i> , Mario Concha	231
<i>Sobreviviente</i> , Senén Sotomayor Pérez	233
<i>Día del trabajador ferroviario</i> , Marta Maldonado Mena	234
<i>Citación</i> , Gloria Díaz Valdés	235
<i>Querida hermana del tiempo</i> , Víctor Manuel Farías Palma	236
<i>Los jamás ausentes</i> , Eduardo Toro	237
<i>Padre</i> , Fredeslinda Urrutia Vargas	238
<i>¡Hasta que la Dignidad se haga costumbre!</i> , Verónica Verdugo Urrutia	239
<i>Sobreviviente</i> , Elsa Cayo Vargas	240
SI LA MAR HABLARA...	241
<i>Un epílogo hacia quienes ya no están</i>	
ÍNDICE DE IMÁGENES	249



PRELUDIO: LA GOTA DE ROCIO

Una breve crónica sobre este viaje a los confines de nuestro pasado reciente.



El 5 de septiembre de 2022, día internacional de las mujeres indígenas, el tiempo comenzó a correr más lento. Habíamos perdido el plebiscito que por meses encendió esperanzas de justicia, dignidad y solidaridad en el Chile del nuevo milenio y un extraño silencio se instalaba en los bullosos escenarios que la Revuelta de Octubre había ritualizado como propios.

A pocos días, el encuentro fortuito con un sencillo y emotivo acto de memoria realizado por el Programa de Reparación y Atención Integral en Salud y Derechos Humanos —PRAIS—, en el frontis del Hospital Salvador, comenzó a despertar una inquietud que al año siguiente se transformó en convocatoria: el Taller de literatura testimonial «La Barca Luna». Ese invierno de 2023, decidimos apapacharnos desde lo pequeño.

La invitación, los pequeños ejercicios de exploración y creación que fuimos tejiendo y las herramientas de terapia floral que acompañaron nuestro viaje, fueron la gota de rocío. Parecía que en cada encuentro despertábamos un mundo camuflado entre sus propias espinas, como las cuencas de Chile que de norte a sur y de cordillera a mar, van trazando la forma de una lágrima escondida en cada geografía.

¿Cuántas historias silenciadas duermen aún bajo la tierra por vergüenza, dolores o impotencias? ¿Cuántos silencios siguen protegiendo a familiares de sobrevivientes y enfermando a quienes llevan heridas mudas bajo su piel?

El Taller consiguió mover nuestras aguas, desde la escucha atenta y la palabra compartida. Descubrimos flujos cristalinos y turbios, aguas que nunca habían sido lloradas, que nos ahogaban o que estaban ausentes de sus propios ríos. Nos espejamos, lloramos, reímos, nos sumergimos y aprendimos a salir a flote juntos, juntas. También fuimos aprendiendo que nuestras vivencias y sentires, como el cauce de esos ríos, tienen su propia memoria, aguardando reunir fuerzas para volver al mar y reiniciar su ciclo. En nuestro caso, ese reinicio se volvió un rito: encontrarnos cada semana para reescribirnos.

Al terminar nuestras primeras sesiones de talleres, incapaces de soltarnos, decidimos continuar. El afecto y la convicción de expandir esta experiencia nos constituyó como colectivo, dando origen al «Taller de Las Flores».

Comenzó entonces otro viaje. Nos involucramos en las actividades del PRAIS Oriente, las agrupaciones usuarias, la Cátedra Itinerante de Salud y DDHH «Patricio Bustos Streeter» y el Colegio Médico; y nos atrevimos a exponer lo que habíamos escrito. Con el apoyo de un Fondo del Libro del Ministerio de las Culturas, diseñamos un ciclo anual de trabajo y dimos surgimiento de un segundo espacio literario, el «Taller Soporopo». Conocimos experiencias de reivindicación en torno a la memoria larga y reciente —junto a activistas, artistas y escritoras/es en Ciencias Sociales, Humanidades, Arte y Derechos Humanos— y llevamos la experiencia de nuestro Taller de base a otros PRAIS de la Región Metropolitana.

En septiembre de 2024 montamos la exposición «19 veces memoria», una compilación de postales colectivas realizada junto al Taller de Fotografía que dirige nuestro querido amigo y compañero Germán Grunert Duque, hoy también parte del Taller de Las Flores. Y meses más tarde, con apoyo de la Librería Crisis, inauguramos la Mini Biblioteca Comunitaria «Natalia Hidalgo Leiva y Álvaro Barrios Duque», en homenaje a víctimas del presente y el pasado arrebatadas por violencias que siguen atravesándonos.

Tras cerca de tres años de trabajo conjunto y continuo, nos preguntamos, ¿en qué se sostiene nuestro compromiso con la palabra escrita como depositaria de la memoria viva?

Tenemos la convicción de que escribir es una de las formas —quizás la más importante— de dejar huella y contribuir a preservar la memoria histórica, tan necesaria en un país que adolece de múltiples amnesias

colectivas. Hablar de nuestras experiencias y ponerlas en papel, posibilita nuestro encuentro afectuoso con otros, un diálogo con quienes, por distintos motivos, no han podido abrirse. Creemos que este rito restituye nuestras vivencias, reconstruye nuestros lazos de comunidad y, al hacerlo, nos sana. Tal vez ahí radique la importancia de esta publicación: poder constituirse en testimonio vivo.

Sabemos que la memoria es un territorio en construcción y movimiento que se expande con el paso del tiempo, con cada recuerdo y acción de escritura; no es un lugar estático. Por ello, esperamos que cada lector y lectora, cada tallerista que se acerque a estas páginas, cada conversación o ejercicio creativo que surja a partir de ellas, pueda seguir restaurando los cauces de esas memorias colectivas que nunca debieron truncarse. Nuestras historias, nuestros escritos, buscan abrir el pasado, no clausurarlo. Abrirlo a nuevas preguntas, a más miradas, a formas distintas de comprender nuestras vidas y, con ello, una parte significativa de la historia reciente.

Los relatos que componen estas páginas son múltiples hilos que, al entretenerse, componen una verdad colectiva y desafían versiones oficiales, buscando alzarse como antídoto contra la indiferencia. También hemos compilado escritos que nos invitan a recordar variadas formas de resistencia; lo lúdico, el humor, la poesía popular y uno que otro juego expresivo que nos abre la literatura. El montaje editorial de este libro pretende ser una invitación a replicar y recrear posibilidades de encontrarse en torno a la memoria no dicha, pues el relato de lo vivido es siempre un ejercicio abierto y colectivo.

Durante todo el año 2025, mientras hemos ido editando(nos), imaginamos esta publicación como apoyo terapéutico sobre los escritorios del PRAIS, para ser usado libremente en grupos de usuarios y usuarias, o en cualquier espacio comprometido con los DDHH. Queremos que sea un libro sanador, un puente intergeneracional que invite a tomar la historia y hacerla propia, como parte de un patrimonio más amplio que no ha podido ser arrebatado y como evidencia de que lo personal sólo es posible en el vínculo humano.

Este heterogéneo montaje, con su diversidad de voces, géneros y estilos, son un recordatorio de lo infinitamente plural de nuestras memorias, nos interpela sobre lo mucho que queda aún por recordar, escuchar, escribir y nos invita a explorar variadas formas de lectura. Es así que estas páginas pueden recorrerse de forma lineal, por capítulos, intercalando la lectura de introducciones y escritos con la realización de ejercicios propios de creación literaria, o bien, saltando entre los textos con plena libertad de exploración.

Soñamos con que este libro pueda multiplicarse en todas las formas posibles de difusión: en papel, con ese peso concreto que nos recuerda la materialidad de la palabra escrita; y en digital, sin las limitaciones del espacio físico. Lo vemos alentando ejercicios y debates en escuelas, universidades, bibliotecas públicas, espacios culturales, centros comunitarios, sedes vecinales, organizaciones sociales, en espacios íntimos y públicos, acompañando y prolongando la voz de quienes ya no están.

En tiempos regresivos que ponen en tensión nuestros derechos ciudadanos y colectivos, la memoria es, más que nunca, un presente que exige ser cuidado, discutido y transmitido, no un mero recuerdo polvoriento del pasado. Por ello, esperamos que estas páginas contribuyan a la emergencia de la savia bajo la lluvia, esas muchas pequeñas acciones de sanación y resistencia que se levantan, desde la palabra, ante cualquier forma de negacionismo u olvido.

Santiago, diciembre de 2025

Cronología del día en que ganamos

Fue un día de invierno.
Llegamos con nuestros sentires —o dolores— a cuestras
no nos conocíamos y ahí estábamos
tratando de conjugar y conjurar al pasado.

Ahí estábamos con un humilde: ¡nunca más!
Ahí estábamos a 50 años...

Por nuestros hijos; por nuestros nietos,
pero estábamos también por nosotros
fundamentalmente por nosotros.

Y el cielo comenzó a iluminarse
y comenzaron a brotar,
al igual que las primeras flores de esa primavera,
nuestros escritos

polinizados por nuestra maestra y guía.
En cada jornada fueron abriéndonos paso,
saliendo de oscuros laberintos
de celdas frías y dolorosas
volviendo de otras tierras a nuestro amado Sur.

Y volvimos a reír y a tener esperanzas
y volvimos a llamarnos por nuestro nombre de pila,
ese que pese a todo el horror no pudieron quitarnos.

Ese dulce: compañera, compañero.

Hoy, podemos decir, sin duda alguna,
que aquel día frío de julio de 2023...
volvimos a ganar.

María Isabel Sanhueza Garrido





ESE GLACIAR MILENARIO

Escritos colectivos para hacer hablar la memoria



*Sentimos un deseo cariñoso de invitarte.
Traemos, como tú, nuestras historias que marcaron vidas y sus improntas.
Ven tal cual eres, con tus maneras, tus alegrías y penas.
Ven desde donde sea que te encuentres.
Ven... aunque te hayas ido.*

María Cecilia López Rosas

Inspirado en la lectura colectiva de Forrahue, de Bernardo Colipán Filgueira

No es fácil transformar un oficio tan solitario e íntimo como la escritura en un ejercicio colectivo. Las palabras nos significan distinto, evocan imágenes, sentimientos y reflexiones infinitamente singulares, que nos constituyen e interpelan de formas muy diferentes.

Pese a ello, hay expresiones capaces de sostener memorias anchas y muy profundas que, sin saberse compartidas, nos hacen parte de una misma comunidad que crece a través del tiempo y las generaciones. Si bien no siempre nos sabemos parte, un escrito, un encuentro, pueden develar este

vínculo invisible y fraterno; declamaciones, manifiestos, guiños, preguntas o gestos poéticos pueden ser capaces de convocarnos en un mismo anhelo, con todas sus nostalgias, dolores o esperanzas, como la silueta negra de un desaparecido que deambula por el centro de la ciudad.

Al encontrar que nuestro trazo y el de nuestros pares fragua en una creación que nos interpreta como si la hubiésemos escrito en solitario, se produce alquimia: nos reconocemos en comunidad.

Introducírnos en un ejercicio de memoria y escritura colectiva es como volverse un copo de nieve que cae sin saberlo sobre un glaciar milenario. Parece ajeno, inmóvil, eterno, aunque va desplazándose lentamente por grietas escondidas hacia zonas más bajas y cálidas, mientras en su superficie se funde con el todo y resiste, por efecto del peso y la persistencia de nuevas nevazones.

Los textos que aquí compartimos son resultado de ejercicios inspirados en el acordeón literario, buscando subvertir la individualidad de la autoría escrita para dar paso a lo colectivo: «Piuke», creado desde la pregunta siempre abierta y poderosa del ¿dónde están?; y, «La ternura de los pueblos», un manifiesto sobre nuestro trabajo, construido a partir cuatro preguntas: *¿qué no somos y qué no haremos?, ¿qué somos y en qué creemos?, ¿por qué hacemos lo que hacemos?, ¿qué debemos hacer para ser parte?*

Piuke

Dicen que los carceleros separaban a los detenidos por grupos. “Estos para Puerto Montt”, era el código de la muerte arrojándolos al mar.

Otro asesino terminaba el sucio trabajo de inyectarlos y ponerles rieles para que no volvieran a la superficie. El piloto del helicóptero, con sus audífonos, casco y antiparras, era muchas veces testigo de una función que lo indiferentaba.

Si bien en cuerpo no estoy, estoy aquí en tu intimidad. Me asomo y os acompaño. No desaparecí junto a ti y nuestros hijos e hijas. Estoy, me asumo; un pañuelo blanco, zapateo nuestra cueca sola y grito: ¡Presente! ¡Presente! ¡Presente!

Valor, entereza, porfía, dignidad... y tú, ¿qué piensas cuando lees «dónde están»?

Pienso en sus fotografías gastadas, en manos de sus familiares y compañeras, cargadas por tantos años... Me gustaría bañarme en esas fuerzas invencibles con las cuales izaron mis banderas. Por eso deseo, desde lo más íntimo, desde lo más necesario, que los culpables salgan de su escondite. Que nos miren a los ojos para poder reparar, que se comprometan con un futuro amoroso.

Mis niños, mis niñas, ¿dónde están? Los busco pero no los encuentro. Mis niños, mis niñas, que son también tuyos, nuestras. Siento y sentí miedo, pero mi amor es más grande. Daría vueltas a la tierra, iría al fondo del mar y enfrentaría a todas las bestias hasta encontrarlos. Los amo y no descansaré hasta volver a ver sus ojitos.

¿Dónde están? En el cielo, la tierra y el mar. Están en mi corazón empeñado en abrazar a las madres de Gaza y la justicia terrenal.

Creación Colectiva, Taller de las Flores
Mayo de 2024

La ternura de los pueblos

Un manifiesto para abrazar nuestra memoria

*Mucha vida y recorrido
se juntan en esta mesa,
sin pereza se embelesa:
es lo nunca repetido.
Con el corazón partido
no hay olvido, sí memoria,
en la vida y con su gloria
este taller literario,
hay tejido solidario
del recuerdo hace su historia.*

Somos usuarias y usuarios PRAIS. Sobrevivientes, sensibles, comprometidos y comprometidas, tratando de desarrollar nuestras capacidades de expresión. Creemos que el trabajo colectivo nos enriquece, a cada quien y al todo; como aprendices de escritores, buscamos hacer memoria de lo vivido.

No renunciaremos a nuestros principios ni a nuestra memoria colectiva. Tampoco vamos a tratar de convencer a nadie. No pretendemos ser expertos, egoístas o individualistas. No somos militantes de una causa única, ni dioses, dictadores o iluminados para imponer nuestro pensamiento, lucrar con nuestras ideas o negarle al otro su legítimo derecho de existencia.

Nos reunimos a escribirnos, escucharnos, leernos, a partir de memorias compartidas que son el sustento de nuestra verdad y proyectos de futuro. Valoramos el aprendizaje dentro de un espacio de pertenencia, afectivo, donde lo vivido tiene palabra y sentimientos que construyen un testimonio. Necesitamos enfrentar las heridas abiertas, escondidas o desconocidas, producto de lo ocurrido en la dictadura civil militar y sus secuelas.

Creemos en la humanidad, en la compasión. Abrazamos la justicia, la solidaridad y la equidad de género. Buscamos la verdad histórica y su triunfo, pues ella nos da identidad en una fraternidad que nos sana. Encontramos sendas comunes a través de un actuar propio, cordial y respetuoso e invitamos a todos quienes compartan estos principios fundados en un proyecto político social interrumpido brutalmente; rescatando las luchas de resistencia y los esfuerzos por plasmar nuestras vivencias y experiencia.

Nuestra puerta estará abierta a quienes necesiten dar voz y escucha a su memoria, tejiendo comunidad con hilos de nuestras historias aún silenciadas. Nos convocamos desde la solidaridad y la ternura. Por tanto, absténgase si desea aprovecharse únicamente en su beneficio.

Creación colectiva, Taller Soporopo
Agosto de 2024





EL OCÉANO ESCONDIDO

Flujos de consciencia e indagaciones poéticas



Ya escribimos algunas poesías, cuando todo era urgente y secreto, en años que parecían finales. En años intermedios, los versos han hablado de otras cosas; de amores, de la vida, entre convicciones y dudas, dando espacio y aire al respiro, al contento como al dolor.

Se nos reveló la poesía como el lenguaje común de lo humano, capaz de interpretar esa partitura que traemos dentro. Muestra y esconde, la poesía ha sido también clandestinidad, al conjugar sentimientos e ideas consideradas peligrosas, prohibidas para una época o lugar de escritura. Su palabra admite lo impropio, lo inaceptado, conectando el pensamiento entre consciencia e inconsciencia. Una llave de acceso a las profundidades oceánicas del mundo abisal, con sus seres monstruosos y sutiles, sus oscuridades, espectros y bioluminiscencias.

Es posible que su ejercicio nos ayude a descubrir el paisaje futuro; nuevos colores, nuevos destinos, aun temiendo a la soledad o a la nada final. En tiempos de satisfacciones rápidas y desprecio por las palabras, el gesto poético se nos hace cada vez más imprescindible: sin acción, no puede haber poesía.

En esta sección, exploramos una diversidad de ejercicios de escritura poética que tienen como punto de partida los pies forzados y la escritura automática o flujos de consciencia, esos que durante el siglo pasado

alimentaron corrientes literarias y vanguardias estéticas inspiradas en evocar el lenguaje, las imágenes y contenidos del inconsciente, develándonos parte de nuestro océano escondido.

La escritura automática nos ha permitido liberar sentimientos, ideas, pulsiones o sensaciones atadas, que cargamos sin saberlo. Acá no importa tanto el resultado, sí el flujo. Como técnica terapéutica, entrenarla nos ha permitido drenar, traer a nuestra consciencia. Constatamos que su ejercicio periódico nos sana, mientras nos revela fuentes de inspiración poética que desconocíamos para expresarnos, sorprendernos y atrevernos a crear otros mundos posibles.

Buena parte de estos ejercicios se quedaron únicamente en el primer intento. Hay textos de edición cruda y también fina. Otros, tejieron puentes entre sí o avanzaron a explorar formas propias de poesía. Y hay quienes no pudieron detenerse; la pulsión de escritura se volvió disciplina cotidiana, proyecto literario, incluso publicaciones que hemos podido tener en nuestras manos, junto a otras tantas que hemos visto crecer y esperamos ver materializadas muy pronto, para seguir contribuyendo a recomponer nuestra memoria colectiva.

Flujos de consciencia

Sin título

Belleza, enigmática, niño, quebradero de cabeza, puzzle, incógnito, conversación, bufanda de serpiente, escalera, subir la escalera, conversación con el chamán, árbol de la vida, Buda, aparentemente sencillo, naif, inteligencia artificial, recuerdos del futuro, casa valdiviana, primer amor, alas azules, azulado, a su lado, pieza oscura, cuerpo de mujer, suspiro su piro piro, sucupiro, teleserie, Sucupira, Alguita Marina, Barinas, Tela, Cuadro, peligro, rocas, mar, olas, miedo, vértigo, fuerza, pequeño, pollo, repollo, los niños nacen de un repollo.

José "Pepe" Montecinos

Basado en la imagen La rebelión de los artefactos

Pájaro, mujer, interrupción.

Mujer... mujer... mujer... cambio, término, vuelo, interrupción.

Sonido, mujer, relajo... molestia, interrupción.

¡Mierda!, ¿por qué?

Empatía desconocida, silencio, mujer, concentración, voces, sonido música, mujer... mujer... cambio... Por fin.

Silencio, silencio, música, corte, cambio, expresión musical, literatura, escritura.

No hay voz, no hay lugar, no hay respeto... ¡Se acabó!

Mariposapola

Basado en la escucha de un clarinete improvisado

Primavera valdiviana

suéter celeste

lentes de marco negro

le sonrío al futuro

ignorando lo que vendrá.

José "Pepe" Montecinos

Descripción poética de una imagen propia

*El interior como unos pies pequeños, con el universo lejos y la
sabiduría en tus manos.
Un anhelo cumplido, una guerra ganada, un suspiro que dura 36 años.
Un deseo concedido, un arma en mi costado, una eternidad añorada.
El vacío, un precipicio, una sensación del mar... Lejos, el infinito.
Yo estoy sola y, al mismo tiempo, en un barullo de aves y zumbidos.*

Mónica Gutiérrez
Fotopoema

El derecho de vivir en paz
Un ejercicio de escritura automática

Música de kalimba... emoción... Evocó pensamientos y recuerdos, estar en el Liceo, marchar a apoyar por Vietnam. La guerra como el circo romano. Emociones de sensualidad también. Grito estudiantil: "¡Ho Chi Minh, lucharemos hasta el fin!"

Ángel Negrón Larre

El derecho de vivir en paz, lumas de los pacos. 1968, recuerdos de trinchera...

Alejandro Durán

Afiche, casa de infancia, campesina vietnamita, sombrero cónico. Pensión de comunistas de todos los países; la casa de mi abuela. Revista «La Tricontinental» editada en La Habana, noticias de los sures; América, África y Asia. Relación de cerca y lejos: el EXILIO. Testimonio, por los que no están...

Enrique Correa Jaña

Autoconocimiento... corazón y cabeza... Insatisfacción con el proyecto político... Necesidad de creer, construir algo...

María Cecilia López Rosas

Lejos de la militancia, lo que no alcanzó... Militancia de la solidaridad con la vida. «Medianoche», con mi hermano Darío Patricio.

María Isabel Sanhuesa Garrido

Coherencia en todo el escrito... El viaje no termina.

Sergio León Balza

Flujos trenzados

Sin título

Ausencia

*Mi madre, mi primera infancia.
De amor comprometido construyendo un par...
Ausencia sin voz, olvido de la risa
camino vacío sin pasos que contar.
Quise ser ausente para que nada de mí pudiera dañarlos o, tal vez,
para que la vida compartida no se convirtiera en dolor
frente a cada pérdida.
Ausencia gigante
de tu presencia,
camino vacío del tiempo y de mi alma
que deja el aire irrespirable,
de un invierno perpetuo.*

Amor

*Ingratitud, búsqueda, violencia, separación, decepción... ¿mera ilusión?
El ejercicio consciente de la construcción diaria, el cuidado de la propia vida, la
caza de sentidos para compartir y elaborar en conjunto.
El permiso para flaquear y caer, para ser ayudado y ayudar.
Poner siempre como prioridad su cultivo...
A veces, un anhelo nos viene de lejos y se transforma en un vendaval.
Levanta cortinas y arrastra hojas,
dejándonos en la locura de estar extendidos hacia otro,
fuera de mi yo, a veces...*

Silencios

*La oportunidad de escuchar las aves trinando al amanecer.
Encontrarse con uno mismo; leer, escribir, crear, inventar, reinventar.
Silencios compartidos, la máxima comunión con otro u otra.
Armonías que suenan en los adentros,
permitiendo fluir con cantos desconocidos,
irrepetibles, insólitos.
El temor de tocar algo, la necesidad de cubrir con ruidos y palabras que no
hieran, ¡que no puedan herirnos!
El silencio que impide los encuentros y nos mantiene en la oscuridad.
Armonías únicas, desconocidas.
Inolvidables del oído profundo.*

Rendija

*Luz que se cuela e ilumina la oscuridad.
Espacio por donde entra el aire limpio, el viento cordillerano, el amor.
Oportunidad de ver un cielo despejado...
Por ahí se colaban los ruidos de una vida ajena tan diferente, cuando era posible.
Se podían adivinar imágenes, siempre cambiantes y diferentes. Podríamos haber
copiado, pero nos abrieron la posibilidad de la diferencia.
Pequeña puerta hacia un horizonte ínfimo.
Pequeño mundo: a través de ese picaporte observo los astros incógnitos.*

Impunidad

*Egoísmo del poder.
Violencia contra la pobreza en su totalidad.
Seres atados a la tortura sin obtener la liberación de la justicia
que encadene a los culpables.
¿Cómo caminar con esta vergüenza, mirando un punto en el vacío en que nos
convertimos?, ¿cómo hablar sin gritar lo que callamos?
Trato directo con la injusticia hacia el dolor de la humanidad.*

Comunidad

*Lo común, lo compartido.
Sentido...
Soy quien soy gracias a aquellos, forjadores compañeros del camino,
quienes me complementan.
Lo que se perdió en el pasado,
cubierta de palabras que no lograron definirla.
Lo que se pierde en el futuro de las utopías que nos tironean cada día...*

Mariposapola, Salvador Acevedo y Alma Zeppelin Herrera
Basados en el ejercicio de escritura automática en base a palabras disparadoras:

«La palabra escondida»



Velatón en el Estadio Nacional. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 2023.

Palabras

El esfuerzo humano que deja las hojas muertas de las caminatas solitarias,
del pasado no resuelto que cargamos por dolor
por miedo,
por costumbre.

Pero, ¿cómo borrar esa costumbre que destruyó sentimientos, vidas, familias... que traza cada paso que damos?
Nuestro esfuerzo humano cava recuerdos en nuestro cuerpo.

Hay que cambiar el dolor por amor,
el miedo por pasión,
la costumbre por vida.

Para que nuestros cuerpos recuperen la fuerza,
el alma,
la tierra y las hojas vivas.

Silvia Galaz

Pie forzado

Sin título

Cuántas veces me dijeron “no sabís ni barrer bien”
que las mujeres, al menos con la escoba,
deben saber hacer.

Cuántas veces me dijeron:
“Acostúmbrate a lavar loza
que cuando grande
nadie te va a querer ni pa’ serio ni pa’ otra cosa”.

Cuántas veces me dijeron “si no estudiái’ y con estas notas
más vale tengái’ un platúo,
porque no estai’ ni pa’ lavar ropa”.

Cuántas veces me dijeron “este cabro está pa’ casorio
si lo perdís te vai’ a arrepentir,
que ya no soy un pimpollo”.

Cuántas veces me dijeron “¿cuándo mijita se embaraza?,
que la vida es tan bonita con güagüitas en la casa”.

Cuántas veces me dijeron “los hombres son todos malos,
pero no queda de otra,
aunque te den de a palos”.

Y cuántas veces me escondieron
que la vida tiene otros colores,
que no son pisos de tierra
ni viejos curaos’ de malos olores.

Cuántas veces me ocultaron
que sin guagua la vida sigue.

Lo mismo que mejor si no hay marío’.
La vida sigue, no pasa ná’
ni ná’ está perdío’.

D. Santos

Basado en el poema «Resentida» de Esther Pineda

Patria

La camaradería alcohólica
ya es cosa del pasado.
Solo ahora con tu botella
ensimismado
con la vista perdida en los recuerdos
de cuando eras maestro,
de cuando tus pares te reconocían
y te respetaban.
Por lo que sabías
por tu experiencia, solo por eso
o casi sólo por eso.
No como ahora;
cuando sólo vales por lo que tienes
en ese bolsillo roto.

Huevás que le dan a uno
de pensar que todavía es posible
ver un ancho mar de banderas,
de esas hechas
por nuestras propias manos
en textil Yarur o Sumar.

Manos que ahora reposan
dóciles
sobre el control remoto.

Enrique Correa Jaña

Antesala del reverso

Quién pudiera escribir su propia historia
rescatada desde la herida de sus sueños,
sufrimiento que eclipsa su origen,
ignorado en la colmena del deseo,
dejando maderos en cenizas,
hundiendo el puñal en sus cabellos.

Quiero decir, ¡vívanse libres y felices!
que los fragmentos del desastre sean breves,
y hiera preciso solo el desdichado evento
y sus crujidos solo empañen el silencio.

Ya libre de ataduras y culpas maldichas,
cabalguen con vivas ansias sus propios trancos,
duden la libertad con un Caín a sus espaldas,
y si precisan, bruñan nuevamente las memorias
que la tierra sabrá girar con hambre y con coraje.

Siempre habrá luz en los rincones del sombrero,
no está demás sobar la cobardía,
y remover el calce de ser con lo que dices;
llenando el jarro de viejas cicatrices
para arremeter al próximo molino,
cualquier tarde en que escojan su quehacer.

Alejandro Durán

Yo, mis hijas, esas mujeres

Fragmento

... Mis hijas alegres, en medio de mi dolor escondido, mi miedo agazapado.
De colores brillantes y sonrisas en sus rostros.

La rebeldía de una de ellas, apostando a un futuro soñado.

La empatía silenciosa de la otra, reconociendo la alegría de su hermana
y el dolor ineludible de mi desesperanza.

Sin embargo, por sobre todo, esa foto registra el amor de las tres,
por las tres. La incondicionalidad siempre presente,
superior a todos los sentimientos clandestinos de cada una.

Pleno amor profundo aceptando diferencias y similitudes.

Mujeres hadas, compartiendo dolores, penas, rabias, sordidez, maldad
para finalmente encontrar la risa.

El mate acompaña generando placidez, calentura, regocijo.

Esto permite llegar a profundidades inesperadas, no pensadas, no habladas
con anterioridad ni ahora.

La comprensión muchas veces es silenciosa.

*Mujeres que son ángeles,
que tienen sentimientos
mujeres con emociones
contraídas, entregadas.
Mujeres condenadas.*

Mariposapola

El retorno de mi memoria

¿Dónde extravié mi memoria?

Posiblemente en un río...

Creyendo que me dañaba, la dejé mojada en su herida
no sé si fue una noche con la ausencia de sus ruidos
en el momento en que mi pecho apagó faroles y encendió los olvidos.

¡Pobre memoria de noche que martillaba mis oídos!
mi cuerpo cruzó sus fronteras para salvar lo perdido
mi mapa no tenía esquinas, ni las calles sus sentidos.
La luna era solo oscura, sin luz para un quejido
y su penumbra lucía ciega como la ausencia de lo divino.

La memoria me mostró su enagua y la seda de su corpiño,
pero mis ojos huyeron entre cristales vacíos.
Me miraba de frente y yo esquivaba su filo.

Tuve que sufrir la tormenta con sus espadas y remolinos
mis ojos cubiertos de llantos y mi memoria en olvido,
pero tanto es de mí su existencia que parió no más su alarido
y se me vino encima con sus brazos extendidos.

Soné una siesta en mis entrañas con la dulzura de lo dormido
lo hizo con sus espinas y el carmesí de su intenso brillo
lo hizo con la ternura de todo lo bien nacido.
Lo hizo y me dio la paz
y una corona de olivos.

Me volví a llamar por mi nombre:
Atrás quedó mi martirio.

Alejandro Durán

Matria

Te vi caminando por la carretera;
ibas con la vista perdida
en dirección a Pozo Almonte,
despeinada al viento
hilachenta de vestidos.
Decir flaca es poco
con el sol quemándote la piel
y el cráneo.
Sola y seca
como el desierto.

De origen chancleta
maltratada como ninguna
mirada fija en el horizonte.
Paso tras paso
llegarás no se sabe dónde.
Te ves tan poca cosa
para ser nuestro único útero:
¿Cuándo volverás a alumbrarnos el camino?
¿Cuándo será el día que nos vuelvas a cobijar a todos?

Enrique Correa Jaña



Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Santiago de Chile, 16 de mayo de 2022.

Entre daños y masacres

Extracto

Las matanzas matan
en el acto.

La tortura daña
en el acto.

Pero el horror de esos actos también mata y daña
a sobrevivientes,
amigos,
parientes,
conocidos y no conocidos.

Durante muchísimo tiempo
y de maneras inesperadas,
imborrables.

Un compañero

Al mar

El mar, rumoroso, profundo, fecundo,
avanza, de ola en ola, golpea:
¡Malditos!

Se estremece la roca, que espera,
despierta la costa, el desierto frío;
los huesos enterrados bajo la arena:
¡Malditos!

Retrocede la ola, horrorizada,
Humanos que matan humanos, cortan
atormentan, con odio aprendido
lanzan al mar, que fue cuna y origen.
Los despojos del ser que calló su historia:
¡Malditos!

Maldito, el que destroza las vidas,
el que decide quien vive, quien muere,
el que compra, el que vende la miseria,
el que dice ser superior a todos;
siendo que todos venimos del mar:
¡Malditos!

Acá seguimos mirando las olas,
que lavan la ausencia, el dolor, la pena.
Agua que fuera la fuente de todos
y hoy cuida de aquellos que están ausentes.

Salvador Acevedo

La dignidad de mis deseos

Yo abracé mi odio cuando, una vez, fui mil veces herido
con mi alma exiliada, alejada de su cuerpo
se tronó el enojo rojo como volcán escondido.
Culpé y sentí al mismo tiempo la tristeza
en medio de lagunas, de penas francas
naufagando entre escombros me viví perdido.

Nos fue arrebatada la dignidad de los deseos
y su guirnalda de sueños macerados en fogones con plato de fondo,
fingimos el extravío de nuestros nombres y su carnet de identidad,
nos aferramos a maderos perforados por clavos taladrados
cuando eran traspasadas las fronteras
de nuestra piel mojada en el diluvio,
que inundaba la memoria de lava desbordada
en el barrio donde mis manos sanaban la ternura.

Fue de noche, a mansalva, como todo lo turbio que es oscuro.
Ultrajando las sábanas cuando se ama en el sosiego
y las hienas sustraían de los besos lo más puro.
Cuando las manos probas levantaban su inocencia
entre bosques de ojos con herencias recibidas,
fue llegando la hora del parto postergado
que por fin cogió el canal de la alameda y su gentío.

Ahora sobre el cauce de mi propio torrente
se enruta la proa de mi barca, hacia el puerto del recuerdo mío
memoria madre que me acoge en mi pecho cordillera
donde me retrato semejante como todos fuimos;
ahora entero, con mis deseos, en paz y de frente,
a ese día en que nuestros sueños fueron prohibidos.

Alejandro Durán

Retorno

Me creías muerto y estoy de vuelta
lejano y ajeno, perdido, olvidado,
peor que difunto: vencido y cansado.
No quieres oír mis golpes en tu puerta.

No quieres saber de los que aún resisten
ni del barro en los pies del dios posmoderno,
el «fin de la historia» fue sólo un invierno
al muro del lujo las hambres insisten.

Yo vengo ofreciendo mi bandera nueva
o sea la misma, lavada y zurcida.
Me creías muerto y yo traigo encendida
en el pecho las ansias que a seguir me llevan.

Siempre retorno de un lugar o de otro;
renazco sonriente con mi nueva herida
trayendo noticias de esas otras vidas
y alguna canción para quien me recuerda.

Salvador Acevedo

Oda a la duda

Has terminado por fin en el podio.
Tantos siglos ardiendo en la hoguera
ahora brillas con tu silencio meditado,
empinada montaña hacia el cementerio del aserto.
Tanto sufrir en la negación del perfil oscuro.
¡Y qué gran luz eres en el sombrero del asombro!

En tu pecho de lunes, los viejos agoreros cuelgan medallas
envueltas en guirnaldas rematadas en suicidios.
Ya nadie promulga encarcelar la diferencia
ni inyectar solo sangre a la vena del dinero.

Ahora la virtud es la pregunta reflejada en tus ojos.
Los oráculos y sus axiomas esquilmados
se ahogan en su propio desconcierto
y rodillas en el suelo simulan reverencias.

Duda de camisa blanca y detonada al final de la oración,
duda ruda confirmada en tu sabio silencio musitante,
duda para alumbrar la incertidumbre.
Duda curva del camino sin estela,
duda limpia, duda toda, duda bella;
duda que confirmes mi existencia.

Duda, no me dejes solo
a merced de mis certezas.

Alejandro Durán





PARA SUMERGIRSE EN LA TORMENTA

Relatar lo vivido desde el género de la crónica



Hay un momento en que resulta inevitable volver a mirar la tormenta, pero ¿cómo sumergirse en ella sin sucumbir?

Lo hacemos juntos, juntas. Elegimos el género de la crónica, en cualquiera de sus posibles formas. Nuestro compromiso es romper silencios con palabras y memoria, pues no queremos ser cómplices de ninguna forma de olvido.

Esta escritura a medio camino entre el periodismo y la creación literaria, cuya libertad nos invita a volver a narrarnos a nosotras y nosotros mismos, hace aparecer nuestras inseguridades y miedos: “mi historia no es tan importante como otras”, “no tengo nada que aportar en este viaje”, “¿quién soy yo para escribir o publicar mis vivencias?”.

Nos recordamos que toda historia merece ser contada para recomponer el telar que ha sido irremediablemente roto, que sólo así podremos cubrirnos en medio de la tormenta.

La crónica es un género que involucra muchos géneros. Cuenta una historia, generalmente verídica, desde un punto de vista. Por eso es tan rica para volver a mirar nuestro pasado: un mismo hecho, momento o lugar, admite una diversidad de crónicas. Al no escribir nuestro recuerdo de aquello que creemos importante, se pierde parte de la diversidad que somos, pues nadie podrá narrarlo como lo haría nuestra escritura.

Hay crónicas desde el «yo», desde el «nosotros», desde «lo otro». Crónicas escritas a partir de objetos, rincones o futuros posibles. Es un texto maravillosamente humano, pues no pretende ocultar su propia inexactitud o parcialidad. Ya sea periodística, histórica, literaria, de viajes o autobiográfica, la crónica siempre trasluce la subjetividad de lo narrado.

En nuestro continente, las crónicas han sido un campo abierto para disputar la palabra oficial de las verdades institucionales. Siguiendo esa línea, la compilación de crónicas que sigue se rebela contra el negacionismo, la impunidad y la injusticia; viaja entre cárceles, exilios y movilizaciones públicas, reflexiona sobre las circunstancias del pasado y el devenir del presente, e imagina posibilidades muy otras para narrar ese país anhelado, aún por construirse.

Mi país imaginario

Fragmento

... El 11 de septiembre de 1973 amaneció borrascoso como un día de primavera, pero extraño. Hicieron el camino diario entre el hogar y sus obligaciones laborales y estudiantiles. Algo ocurría en el entorno. La brisa era un poco más fresca que otros días. Se despidieron y, llegando a sus espacios, se enteraron que la armada, liderada por un borracho, había intentado levantarse en armas contra el gobierno legítimo, contra el gobierno del pueblo. La armada, de tradición conservadora, no soportaba el avance de los derechos ciudadanos. Pero se encontró con la resistencia del Ejército comandado por el General Carlos Prats y de la Aviación, comandada por el General Alberto Bachelet. Los soldados, mucha más tropa que élite, fueron leales al gobierno y la asonada quedó solo en eso, una bravuconada más de los fascistas uniformados.

Y la vida continuó con el medio litro de leche para cada niño, con el cobre nacionalizado que entregaba riquezas para cumplir con los programas de salud y vivienda. Con las tierras devueltas a los pueblos ancestrales y los trabajadores del campo entregando los alimentos que el país necesitaba, pero en su tierra. El Compañero Presidente terminó su mandato y fue reelecto por amplia mayoría. Chile era distinto. Qué orgullo sentían de su país y así lo transmitían al mundo desde ese lugar remoto en que los sueños de justicia se hacían realidad, donde cada mujer y cada hombre era dueño de su destino, donde no cabía el dolor, el abuso, la infamia. Un pueblo hermoso, un país mágico... un país imaginario.

La gata se desperezó y comenzó a maullar; tenía hambre y prefirió enfrentar el frío del mes de mayo de 2024, para despertar a su dueña que soñaba feliz. Comenzó a maullar cada vez más fuerte. Ella se despertó desconcertada; sentía el calor de sus sueños aún tan reales. No podía o no quería entender el contexto. ¿Qué había pasado? Se incorporó en la cama, recordó sus exámenes, miró su reloj —ya estaba atrasada—. Alimentó a su gata y corrió hacia el estacionamiento. Mientras hacía todo esto de manera automática, no podía dejar de pensar en el sueño maravilloso de esa mañana. Recordó a los suyos, sintió que sus ojos se nublaban y le impedían ver con claridad el camino. Se detuvo a un lado de la calle atestada de vehículos y lloró. Lloró sintiendo un dolor profundo, no en sus articulaciones, ese era un dolor físico, este era un dolor del alma. El dolor por cómo habían destruido los sueños de un pueblo y porque ya no tenía a los suyos para mitigarlo.

Recordó a sus hijos ya adultos, quienes la habían inspirado a que se atreviera a escribir su verdad. Recordó a sus compañeros talleristas y a su maestra, con quienes se juntó a 50 años del golpe de estado para dejar testimonio, para gritar que la memoria está intacta. Se secó las lágrimas y entendió que era su deber cuidarse y seguir viviendo para ser testigo de la infamia en contra de un país que soñaba. Ser denunciante para que la historia no pase por encima de la verdad.

María Isabel Sanhueza Garrido

Una solicitud que es una obligación

Lo que voy a relatar ocurrió cuando cursaba primer año de Arquitectura en la Universidad Técnica del Estado, en Concepción. Era el verano de 1973 y tuve la posibilidad de hacer una práctica en la Corporación de Mejoramiento Urbano, CORMU.

Mi jefe, el arquitecto Osvaldo Cáceres, me llamó a su oficina:

—Queremos que te hagas cargo de una obra en Caleta Lenga —me dijo— te eligieron porque cursaste un par de años de Construcción Civil en la UTE de Valdivia.

Luego me explicó la misión de la CORMU, fundamental para el gobierno de la Unidad Popular: parques, viviendas, remodelaciones como el Cerro San Cristóbal, la piscina Tupahue, el Parque Metropolitano o el Pueblito del Parque O'Higgins.

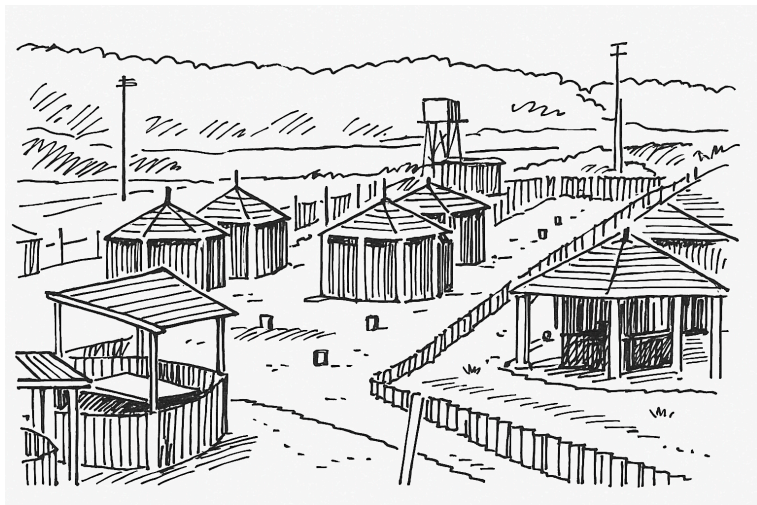
—Partes el lunes —concluyó— a las 7:30 te pasa a buscar la camioneta roja institucional.

No era una invitación. Era una orden amable.

Tenía 21 años y me sentía sobrepasado. Hablé con mis compañeros, quienes me animaron con una mezcla de cariño y empujón: “Dale, chico, no vas a estar solo. Te apoyaremos”.

Manos a la obra

Al poco andar, estaba sentado en la camioneta roja avanzando por el camino de ripio junto a la Planta de Huachipato. A comienzos de los años setenta, Caleta Lenga era muy pobre: familias enteras vivían de recolectar pelillo, un alga que secaban en pequeños hornos de lata. Una vez al mes llegaba un camión a comprarlo por casi nada; si estaba húmedo, no valía ni un peso.



Croquis del autor

El proyecto buscaba transformar la caleta en un pequeño balneario popular, siguiendo la arquitectura de Miguel Lawner: rollizos de eucalipto, formas simples, orgánicas, vestidores en espiral, quinchos, mesas, sombradores y un cierre que separara el camino de la playa. No era solo embellecer; era entregar trabajo y abrir oportunidades futuras para la comunidad.

El trabajo fue arduo. Había escasez de materiales y a veces debía recorrer talleres clandestinos para conseguir una simple caja de clavos, que duraba un día. O acompañar a camioneros solidarios para alcanzar algunos sacos de cemento después de largas filas. El sabotaje económico de la derecha a la experiencia social y política, tenía sus frutos amargos.

Además de abastecer la obra, debía interpretar planos, trazar en el terreno, llevar bitácora y reportes. En mis ratos libres, los obreros me acercaban El Rebelde: “Jefe, léalo, después conversamos”. Eran obreros militantes del MIR; no universitarios, sino trabajadores concientes, que entendían su tiempo histórico.

Una pichanga sin clases

Pese a las dificultades, terminamos el Balneario Popular de Lenga. La inauguración fue sencilla y festiva. Llegaron jefes, técnicos y administrativos con carne, carbón y la inevitable garrafa de pipeño. Jugamos una pichanga en la playa: entre gol y gol, un vaso; entre vaso y vaso, un nuevo choque contra la arena. No sé si me caí o me tiraron, pero terminé empapado, borracho y riendo. Era esa camaradería masculina, ruda, afectuosa y un tanto torpe.

Nunca volví a Caleta Lenga, ni a Concepción. El golpe de Estado me dejó el camino cerrado para siempre.

José «Pepe» Montecinos

Breve historia de un joven allendista

Los jóvenes de la UP, en mi caso, del Regional Cordillera de la juventud socialista, debíamos concentrarnos en el pedagógico, donde recibiríamos instrucciones y armas en el caso de un golpe de estado. Y eso sucedió el 11 de septiembre. Los jóvenes que llegamos al lugar, nos fuimos encontrando en el camino con militantes de la Jota y la JS.

La zona estaba rodeada de militares y, aun así, entramos al recinto por Gómez Millas. Ya en su interior, nos dimos cuenta de que eso era una ratonera donde nada tenía sentido. Por los pasillos deambulábamos, mientras mirábamos los camiones militares llegando a Av. Macul.

Salimos por la misma vía que entramos y nos fuimos en la camioneta de un papá que nos había acompañado al campamento Tencha Bussi, ubicado, creo, donde está el hospital de carabineros. Ahí teníamos un buen trabajo poblacional, sin embargo, no fuimos bien recibidos. Una mezcla de apatía y miedo, supongo, nos hizo abandonar dicho lugar. Ya deberían ser las dos de la tarde o algo así, cuando nos fuimos a la casa de un compañero de la JJCC, en Colón oriente. Ahí escuchamos lo que ocurría en La Moneda.

En algún momento, ya tarde, nos gritan desde afuera que salgamos con las manos en alto. Fui identificado por un civil con fusil. Me pusieron frente al muro de la casa, cuando llegó un oficial. El civil le dijo en voz alta: “ese es dirigente”. Me pidieron que me identificara, cosa que hice. Me llevaron detenido a la rotonda Tomás Moro. En ese entonces, solo había murallas y, al centro, una especie de terreno baldío. Fuimos puestos contra las murallas en cuclillas, con las manos detrás de la nuca.

A eso de las 18 horas, se estaba oscureciendo y escuchamos decir que “no vienen los camiones”. El oficial a cargo comenzó a seleccionar gente. Me llama y me dice por qué estoy ahí y le cuento una historia creíble dado que el Liceo 17 mixto de Las Condes, donde estudiaba, quedaba cerca y me deja ir. Como no llegaron los camiones para trasladarnos, en la oscuridad, controlar a un grupo más reducido era factible.

No fui golpeado. Me fui a casa y hubo toque de queda varios días. Cuando se pudo, salí a contactarme con gente de la JS en domicilios que conocía cerca de mi casa y comenzamos a generar una red. Nos pusimos de acuerdo en juntarnos en ferias una vez a la semana y contactar más gente para ampliar la red.

Siempre recuerdo que, días antes del golpe, mi madre me pidió comprar una ampolleta, cosa que no pude encontrar en ningún negocio. Después del golpe, en un negocio de artículos eléctricos de Colón con Manquehue, estaba repleto de ampolletas.

En una feria en la calle Seminario, me encontré con Patricio Barra, dirigente de la JS, quien me propuso reorganizar la zona oriente. Durante septiembre y octubre, inicié una ruta regular por lo que fue el Regional Cordillera. Teníamos una necesidad vital de vernos, de abrazarnos y saber que estábamos bien.

Ya en octubre tenía encuentros regulares con Patricio, quien me pidió encontrar casas de seguridad para esconder compañeros dirigentes nacionales, sin resultados.

Cada semana, los puntos de encuentro empezaron a ser las ferias. No puedo saber, aún hoy, cómo, simultáneamente, llegamos a la conclusión de que en las ferias encontraríamos a alguien. En una ocasión, como señal de hermandad, intercambiamos la chaqueta con Patricio. La suya era de color celeste, la mía, no recuerdo. Años después, supe que Patricio falleció de una enfermedad en Mozambique. Su padre, Albino Barra, había sido uno de los fundadores del Partido Socialista el año '33 y hasta su fallecimiento fue dirigente público en Chillán.

Algo dentro de mí decía “tienes que hacerlo”, una especie de voz. Habíamos recibido algunas clases de chequeo y, un par de veces, cómo funciona una pistola. Lo más contundente fue una academia de Karate Do, donde la Juventud me envió dado que, a fines del '72 y '73, había muchos enfrentamientos cuerpo a cuerpo en las calles, donde los dirigentes secundarios y universitarios marchábamos en primera fila.

Tuve un encuentro con un dirigente sindical del cordón industrial Vicuña Mackenna. Recuerdo casi textual lo que me dijo: “Alejandro, si estás en una lista, estás en el número 1.500, así que haz una vida normal y sigue las instrucciones de tu contacto”. Lo conocí en la empresa Elecmetal, donde recibí las instrucciones de lo que llamábamos, eufemísticamente, “clases de tiro”.

Mi padre era de derecha y en una discusión, me echó de la casa. Me dijo “anda a pedirle ayuda a Altamirano”. Esto ocurrió a mediados de octubre. Mi polola, María Emilia Aliste, me llevó a su casa y, para sorpresa mía, su familia me aceptó y me arranché. Fui acogido con los brazos abiertos y me integré rápidamente.

En noviembre me fueron a buscar a mi casa, una patrulla de investigaciones. Al salir, un detective le susurró a mi padre “¡qué bueno que no encontramos a su hijo!” A través de una tía recibí el aviso: mi padre me envió el recado de que me fuera al sur.

Mi principal ayuda, en esas condiciones, era un compañero de la JJCC de apellido Valenzuela, quien hacía lo mismo que yo, reorganizar a la gente. Con él me juntaba seguido y abiertamente nos contábamos cómo nos resultaban las actividades. Dada mi condición de dirigente estudiantil secundario público con exposición en diarios, radios y televisión durante la UP, tanto Valenzuela como Barra me sugirieron que me fuera del país. Meses antes, la JS con el apoyo de la JJCC, me promocionaba para presidente de la FESES en la elección de octubre, dado el acuerdo de que en la FECH el presidente sería de la Jota.

Un día, al llegar caminando a la plaza Egaña, veo a Keno en un banco, el cuidador del local de la JS en calle Arturo Prat, donde se ubicaba el Comité Central y teníamos la oficina secundaria. Me acerqué con unas ganas inmensas de abrazarlo y vi su cara moreteada por golpes. Miraba el suelo, hablando con alguien imaginario. Keno era delgado, de pelo ondulado color negro.

Mi hermana Aida me envió un mensaje; un día, con hora, una persona abriría la puerta de la embajada de Venezuela, ubicada cerca de la plaza Pedro de Valdivia, cosa que efectivamente ocurrió. Al pasar frente a la puerta estaba un señor con la corbata roja, creo que me dio un ataque de pánico y seguí de largo.

El padre de mi polola me ofreció ayuda para asilarme en la embajada de México, ubicada en Pedro de Valdivia norte.

Salimos de su casa varias veces, simulando ir a comprar a La Vega y pasábamos por la entrada de la embajada a eso de las 6.30. Afuera había una camioneta con militares que dormían en su interior.

De esa manera, a fines de noviembre, Emilio me dejó cerca de la embajada y caminé saltando la reja hacia el antejardín, escondiéndome entre unos matorrales pegados al muro. No veía ningún movimiento. De repente, miré hacia el segundo piso y me fijé en el escudo. Alcanzo a leer «Estados Unidos». Me llegué a morir: “¡Madre mía!, ¿dónde me metí?”. Al moverme, pude ver la otra parte del escudo, «Mexicanos»; «Estados Unidos Mexicanos».

A fines de diciembre, después de que el agregado cultural me invitara a dejar la embajada ofreciendo sacarme en la maleta del auto, salimos con un grupo de asilados rumbo a México, vía Argentina. La última imagen que

recuerdo es la de mi madre corriendo detrás del bus con las manos alzadas, gritando: “¡hijo mío no te vayas!, ¡hijo mío no te vayas!”, mientras su collar saltaba al compás de su ruego.

Al llegar a Ezeiza, a la espera de la salida del avión y encerrado en una pieza, lloré todo un día, literalmente todo un día, compulsivamente, al punto de que, al mirarme en el espejo, mi cara estaba llena de manchas rojas, como si fuese una peste. Años después, un médico a quien conté lo ocurrido, me señaló que aquello se llama petequias, donde el estrés llega al límite en que sangran los vasos capilares.

Ahí comenzó una nueva vida para mí. Hoy, con mi alma en paz, puedo conectar con ese momento y acoger a ese joven alegre, imaginativo y soñador, quien acompañó la preciosa historia que intentó mi pueblo durante los mil días.

Alejandro Durán

La escalera

Y, ¿hacia dónde irán aquellos escalones del recuerdo? Nunca he entendido el significado de subirlos, bajarlos o recorrerlos. A veces pienso que ya es demasiado tarde. Los peldaños se aprecian oscuros y encajonados, bajo la sombra proyectada por las pequeñas casas apareadas sobre el corredor que las circunda.

Las mamparas de las casas que la recorren se mantienen cerradas, parece que así han estado los últimos cuarenta años. ¿Dónde están las personas que aquí vivieron?

No constituyen un trayecto tan largo, en realidad. Tal vez unos 40 o 50 metros de extensión, de subida o bajada, ida o vuelta. Pero su significado secular y remoto, su expresión simbólica ante mi propia historia de vida, necesariamente me doblegan a mis sesenta.

He vuelto al mismo lugar de mi querido pueblo de Cartagena. Prendado aún por la sinuosidad de su poderosa arquitectura, observo maravillado cómo sus casonas apiladas bajan como una cascada que fluye sobre la extensión gris de su playa Grande.

Los vendedores de comida al paso abundan y vociferan en el encuentro de los escasos interesados por un promisorio mariscal y se amparan al alero de una multitudinaria publicidad de carteles superpuestos, variopintos, que anuncian ofertando comida local, marina y empanadas, así como subastas de ropa y enseres de ocasión.

De pie, enfrentado a estas gradas de antaño que, en medio del bullicio, se conservan ocultas y silentes en este rincón de la Costanera, me siento extraviado, confundido ante su profundidad y perspectiva: todo se vuelve en blanco y negro, impregnando el silencio más absoluto. Es así como distingo el perfil de su silueta.

Mariel era una chica, en esa época, veinteañera, mi compañera de estudios y amante. Su figura estilizada frente a mi lente, allí, apoyada en la frágil baranda de metal que circundaba los primeros peldaños del corredor de antaño. Esa tarde ocre e invernal de 1984, quedó estampada en mi alma como un recuerdo que se fijó por toda la eternidad.

Esa fotografía que aún conservo, esa imagen de la joven que sonríe y se despliega en toda la amplitud de sus extremidades, desafiando el equilibrio sobre gradas y pasarelas, evoca mis pensamientos de las más bella e ideal inocencia, ante la desdicha que se aproximaba.

“Caminemos por la playa” me dijo, saltando de la baranda, por fin arrojándose a mis brazos e inundándome de sutiles besos.

Los colores se habían desvanecido completamente. Ahora el mar se convertía en una enorme extensión gris de espuma blanca que abrazaba la arena. El sol del atardecer, convertido en una luz suave, pero clara y profunda, nos trazaba desde el horizonte. Veo con claridad cómo la pareja de jóvenes emprende su marcha y se aleja, tomada de la mano, empeñada en un cómplice andar hacia el infinito de la plomiza y extensa playa.

Abrumado por el recuerdo, he vuelto al lugar de esta escalera ascendente de peldaños para intentar recuperar el sentimiento extraviado. Emprendo su recorrido de abajo hacia arriba y retornándolos de vuelta. No es muy extensa, lo he dicho, aunque me parece que se trata sólo de una apariencia, pues su misteriosa y pacífica soledad roza con la infinitud.

Vuelvo a recorrer con la mirada la profundidad de esta callejuela escalonada. Han pasado muchos años ya y su recuerdo me remonta al más absoluto y remoto sitio de mi propio interior, encarnado en la lucha de ideales y sueños de hoy.

Julio Stuardo



Casona del barrio Concha y Toro. Santiago de Chile, 10 de mayo de 2021.

Crónica de un 11 futuro

Fragmento

...Antes del '73 hubo alegría. Después, hubo bombas, carreras, disparos, tensión, rumores, camiones nocturnos con brazos colgando camino al Cementerio. Había frío en los cuerpos con suspiros por segundos de remanso. La madre de María perdió dos hijos y se acompañó de la tristeza desde entonces. Ella presencié guerras y muchas atrocidades en la televisión, pero le bastó su propia historia para entender la vida. Muchas veces sacudió su cabeza para deshacerse del horror. Le fue difícil salir de esa nube donde inspiraba y exhalaba con amargura la desolación de todo.

—¡El futuro! —dijo—¿Los arrasadores desaparecerán en su propia aflicción? ¿Morirán de espanto frente a un espejo?

¿Seremos seres nuevamente?, ¿caminaremos una nueva evolución?, ¿tendremos teorías?

—Lo Planetario —dijo.

Imaginó llamar a un niño: “¡Niño, ven!”, toquemos el suelo, desnudos la tierra y nosotros. No olvidemos nada. Sentémonos en una piedra a orillas del agua y miremos el fluir universal libre de amenazas, sólo eso. Sonriamos a los ojos de los desaparecidos, a los malogrados y a todos nuestros amados muertos. Veámoslos desfilar allá arriba reflejándose en este río de abajo. Veamos cómo van por el espacio, cómo titilan sus ojos. Son hijos, niños, padres, madres de generaciones. Nos dirán algunas cosas, nos saludarán con sus manos. Tú y yo, desde acá, les mostraremos felicidad cuando se junten a nuestros ojos. Estaremos todos, vivos y muertos. Estaremos cuidando desde el pasado y el hoy los tiempos por venir.

Mira, ven, descubramos el brillo de los ojos de nuestra madre vivida en cada generación. Míralas marchando por el espacio y atentas a nuestro saludo.

Yo, María, esta noche, sentada sobre una piedra, le hablaré con mis niños del alma, bajo el oscuro paraguas agujereado que cubre nuestras cabezas y trataré de pedir al cielo prender sus luces con la tela perforada por el tiempo.

María Cecilia López Rosas

Crónica en dos tiempos

Fragmentos

Villa Olímpica, 11 de septiembre de 1973

[8:00 hrs.]

Tengo 19 años 1 mes, estoy casada hace ocho meses. Hace tres, por desorientación vocacional, congelé mi carrera universitaria. En agosto dejé mi primer trabajo de secretaria por abuso sexual de mi jefe. Ahora espero trabajar como Profesora Suplente en un colegio básico, es un sueño para mí. En la actualidad, mi labor diaria es ser Dueña de Casa. Vivimos en un departamento, cuatro estudiantes universitarios, tres hermanos y yo. Hoy me toca ir al supermercado situado en la zona central de la Villa, al lado de la cancha, frente a la Torre de departamentos que es el edificio más alto y el único con ascensor de toda la zona, rodeado por pequeños locales comerciales. La cola única para socios de UNICOOP se forma en la parte trasera del edificio del supermercado, cerca de una ventanita por donde nos entregan la Caja de Alimentos no perecibles. Es una suerte que mi suegro sea socio y no esté viviendo en Santiago, ya que puedo usar su Tarjeta de Socio, accediendo todos los meses a alimentos difíciles de obtener.

Vine temprano, pues hoy debo lavar a mano la ropa que anoche dejé remojando en el lavadero. Mientras observo la plaza desde mi lugar en la cola, comienzo a escuchar susurros, rumores y movimientos entre las mujeres ubicadas detrás mío. Entre ellas, la vecina de abajo del departamento que habitamos, a quien he escuchado golpear las cacerolas y gritar contra la Unidad Popular, cuchicheando a otras vecinas: ¿Qué dice?, ¿levantamiento, aviones, militares, alegría?

[8:45 hrs.]

Los empleados cerraron la ventana, no hay más que hacer por aquí, debo volver al departamento. El quiosco de la verdulería está repleto de vecinas gritando y comprando apuradas. Bajaré más tarde. Seguro que más tarde habrá verduras. ¡Tanta aglomeración, tanto grito! ¿Por qué arman tanto lío estas viejas histéricas? Subiré a escuchar la radio para entender qué mierdas pasa. ¿Aquí?... música. ¿Acá?... noticias poco claras, ¡no entiendo! A ver en esta emisora, ¿qué dicen? ¡No, no quiero saber!

[9:45 hrs.]

La radio mezcla todo, no se entiende ni una cosa. Estos otros tapan con música estúpida y estos, ¡están contentos! Las otras radios no suenan. ¿Qué pasa? ¡No entiendo! Pondré el disco de Bob Dylan mientras hago aseo a ver si me tranquilizo.

Hoy, 50 años después al acordarme, descubro que tapé mi angustia con melodías de paz. No quería saber lo que ocurría, no quería pensar en mi familia, ni en la familia de los demás. Menos deseaba pensar en lo que vendría... Lentamente, fui comprendiendo que sucedía algo mucho más terrible que un Tanquetazo, peor que un Levantamiento. Los Milicos tomaban el poder; la palabra Golpe no estaba aún en mi vocabulario.

[11:30 hrs.]

¿Qué dijo el locutor? ¿Toque de queda?, ¿qué es eso? ¿Y los chiquillos?, ¿cómo irán a volver? ¿Lograrán llegar antes de las tres? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué hago? Tengo que esperar. La UTE está lejos, no alcanzarán a volver. ¿Habrá micros? La U está cerca y el Flaco debe estar por ahí ¿En qué? Ay, ¡por qué no vuelve? Podría caminar, ¿a qué hora llegará? ¿Los dejarán salir? Y la Flaca por qué no llega, ¿la dejarán salir del Hospital? Ya sé, bajaré a Av. Grecia, tal vez los encuentre en el camino.

Actualmente, miro Av. Grecia, ruidosa, llena de letreros luminosos, paraderos coloridos y... rememoro. Recuerdo la gran cantidad de gente que caminaba por la calzada, todos separados, caras afligidas, angustiadas, cansadas. No había vehículos, no había locomoción, sólo gente caminando en silencio.

[12:15 hrs.]

¿Qué silenciosos caminan, qué tristes se ven y tan cansados! ¿Desde dónde vendrán? ¡Ay! No veo a los chiquillos. ¿Dónde estarán? ¿Podrán volver? Y, ¿ese ruido en el cielo? Aviones. ¿Este otro ruido callado? Pisadas.

Ese día, junto con el Golpe llegó el silencio. El maldito, doloroso, triste y permanente silencio. No hablar se transformó en mi consigna de vida.

[14:00 hrs.]

Sólo falta una hora y aún no llegan... ¿Dónde estarán? Después del Toque no se podrá salir. Estas personas que caminan, ¿podrán llegar a sus casas?... ¿Por qué no llegan los chiquillos?

—¡Eh! Flaco, estoy aquí, esperándolos. —Hola, vamos.

—No han llegado.

—¿Cómo que no han llegado? ¿La Flaca dónde está?

—No lo sé, entiendo que hoy iba al Hospital, a su práctica...

—Iré a pedir el teléfono, averiguaré.

—Yo seguiré esperando, te aviso.

Continué esperando hasta que, un cuarto para las tres, vi a lo lejos su figura alta y desgarbada de basquetbolista. Apareció, caminando serio y sin cesar.

[14:45 hrs.]

—Hola, ¡por fin! Qué bueno, alcanzaste a llegar. ¡Estaba esperándote!

—No hay locomoción.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Pudiste caminar desde la Alameda? ¡Te pasaste! El Flaco ya llegó, pero la Flaca no ha llegado. El Flaco fue a conseguir teléfono para ubicarla.

—Pasé a verla. Está en el Hospital. Saldrá cuando levanten el Toque.

—¿Cómo está? ¿Cómo se siente? ¿Lloró cuando te vio?

—No, se quedará. Vamos al departamento.

Repaso las imágenes que vienen a mi memoria y nos veo a los tres arriba de la cama, mirando la televisión en blanco y negro en el dormitorio del Flaco. En las paredes de su pieza, afiches de Cuba, de la Revolución, del Che.

[15:30 hrs.]

—Flaco, ¿los vas a sacar?

—No, de afuera no se ven. Mira, ¡generales maricas!

—Escuchen, están nombrado a los que deberán presentarse.

—¡No hay que ir! ¡Ni cagando!

Recuerdo la tristeza, la decepción, la angustia embargándonos. Tiempo después supe lo que vio el estudiante de Ingeniería antes de volver desde la UTE. Milicos caminando sobre sus compañeros, golpes, garabatos, amenazas. Todo lo guardó en completo silencio.

[23:00 hrs.]

Somos lauchas escondidas en la penumbra. Necesitamos ir a escuchar a nuestros padres y nuestra única posibilidad es llamar por teléfono a sus casas. Llegamos al edificio colindante, de Oficiales de Carabineros, vamos donde la vecina amiga de la familia. El Flaco lo coordinó cuando llegó a mediodía. Ahora, ya sabemos que se encuentran bien, dentro de lo que es posible. En la calle, pasan uno tras otro los buses interprovinciales; cortinas cerradas y luces apagadas. “Van llenos de detenidos”, nos cuenta la vecina, esposa de un oficial.

Así pasaron los meses, el Estadio Nacional, lo sabemos, fue un Campo de Prisioneros. Lo que se desconoce es lo que sentíamos día y noche viviendo cerca, al lado. Era triste, muy triste. Balazos en la noche, balazos en el día. Ya sabíamos de las torturas, los ajusticiamientos, amenazas de asesinato y asesinatos. Día a día, veíamos en la vereda del frente a las familias y amistades solidarias de los que permanecían presos, esperando, siempre hablando en susurros, aprendiendo el silencio. La Villa Olímpica cambió desde ese día, ya no están los amigos que jugaron desde niños. Ya no están los de siempre, para saludar, reírnos, escuchar bromas y anécdotas. ¡Ya nada es igual! Aparecieron las rejas encerrando los edificios, las plazas, la cancha. Y el silencio se instaló en todas partes: en las micros, en los taxis, en las casas; era peligroso hablar...

*Un acto de audacia, libertad y resistencia, después de decenas de años,
resulta el sonreír al otro sin conocerlo; el hablarle, el conversarle, rompiendo el
silencio. Las heridas de la dictadura las tapamos con ladrillo y cemento.
Es cruento romper esos muros, por eso evitamos destruirlos.
¿Para qué revivir el dolor?*

Mariposapola

Un septiembre fatídico

El 11 de septiembre de 1973, fue un día que nunca olvidaré. Mi madre me despertó abruptamente diciendo “levántate Chinita, parece que hay golpe de estado”. Salté de la cama sin tener una idea precisa de lo que eso significaba, pero ella, entre sollozos, seguía diciéndolo. Me parecía muy extraño, pero en el hogar se sentía una enorme tristeza. Por otro lado, mi abuela materna decía esto va pasar, voy a cocer los tarros de leche condensada para rellenar la torta. Mañana son las Marías. Mi padre caminaba por afuera de la casa, entre los aromos, fumando. Se escuchaba la radio entre ruidos, cuando anunciaron el último discurso de nuestro Presidente. Recuerdo a los cuatro escuchando, nosotras llorando; lo había visto en persona y sentía gran admiración por él.

Se empezó a sentir la angustia y comenzaban las preguntas: ¿qué pasaría con nosotros y a miles de chilenos? La incertidumbre se apoderó a pasos agigantados, no sabíamos nada de mis cinco hermanos que estudiaban en la Universidad de Concepción. En la noche empezamos a escuchar los camiones que venían desde la Escuela de Artillería de Linares hacia el Polígono, cerca de Panimávida. Y como a las 3 de la madrugada, llegaron unos diez campesinos preguntando cómo podían defender su Gobierno. Mi madre y yo servíamos café. Mi padre los tranquilizaba. Se escuchaban los bandos y se comenzó a quemar toda la literatura marxista, los libros de sociología, de filosofía, bosquejos de pinturas que había enviado el Compañero Allende, como reconocimiento al compromiso de mi padre en su campaña electoral. Estaban firmados con su puño y letra. Se seguían escuchando camiones, sin parar.

Pasaban los días y sólo teníamos noticias de dos hermanos que habían salido en una foto, en el diario El Sur de Concepción, cuyo titular decía: «Estudiantes Extremistas, llevados a la Isla Quiriquina». Mi abuela rezaba su rosario y preparaba flanes de sémola para esperarlos. Repetía incansablemente “ya llegarán”.

Hasta que un día, en la tarde, se divisaron dos hermanos y a mi hermana caminando. Quedé paralizada. Vi a mis padres abrazarlos y recuerdo a mi abuela diciéndome “hay que darles flan, vienen con Hambre”. Caía el día y el cansancio se hacía presente. Pero en la madrugada de esa misma noche, tuvimos un despertar cruento; una metralleta casi en la cien gritándonos: “¡Levántense!, ¿dónde están las armas?” Buscaban desesperados. Al no encontrar nada se fueron, pero dejaron claro que en tres días había que desalojar la casa, que asumiría el nuevo director de la Escuela.

Comenzamos a embalar para irnos a Linares. Eran cómo las 12 del mediodía, cuando visualizamos de nuevo un camión de milicos. Esta vez, venían por mi padre. Recuerdo ver niños de Colegio llorando, ¿y yo?, yo grité ese día cómo nunca más volví hacerlo... Y seguimos embalando. Dejamos esa casa donde tuve una infancia feliz, con dos hermanos de los que no sabíamos nada, sin nuestro padre. En el camino a Linares, veíamos flamear la bandera chilena y lienzos que decían «Mueran los Upelientos». Yo tenía sólo 13 años y lo único que quería era despertar de esa pesadilla que duró 17 años.

Mónica Corvalán Latapia



Velatón en el Estadio Nacional. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 2025.

Cuando cumplí 10 años

El día 10 de septiembre de 1973 cumplí 10 años. Ese día dejamos puesta la mesa y fuimos a buscar a mi papá al aeropuerto. Él me había prometido que llegaría para el día de mi cumpleaños. Nunca llegó. Nos informaron que el vuelo se había suspendido y que llegaría al día siguiente, 11 de septiembre. En la mañana del día siguiente abrí la puerta de entrada para ir donde Carmen, mi nana, debía ponerme también en la fila para comprar el pan. Al salir escuché un gran estruendo, me asusté y entré corriendo buscando a mamá, para contarle. No me creyó, llamó a mi hermano para que verificara. Mi hermano tiene un año más y siempre fue el hermano serio, el de fiar, yo una niña traviesa, una loquilla.

Luis Guillermo salió al antejardín escuchando más bombas. Entró a casa y le dijo a mamá “¡es verdad!”. Mamá entonces encendió la radio y el Presidente Salvador Allende estaba pronunciando su último discurso... jamás lo olvidaré. Mamá nos dio la orden de quedarnos quietos en casa mientras ella iba por Carmen a la panadería. Vivíamos cerca de la residencia del Presidente, entonces, los estruendos se hacían cada vez más fuertes y seguidos. Los aviones y helicópteros volaban muy bajos. Los ventanales de la casa se remecían. Fue de las cosas que más me impresionaron y quedaron en mi memoria; creía que reventarían, era muy impresionante, nunca había escuchado esos sonidos.

No había pasado mucho tiempo, golpearon la puerta y allí estaba la Paty, mi mejor amiga, vivía a una casa de la nuestra. La Paty era más loquilla que yo... entonces me convenció de ir a comprar unos limones a la casa del niño que nos gustaba y me escapé en medio de ese horror. Para nosotras era un juego. Llegamos a esa casa almacén, compramos y salimos corriendo cuando escuchamos unos disparos dirigidos a la placita que quedaba al frente. Siempre nos juntábamos ahí a jugar. Era para asustarnos y advertirnos que debíamos entrar a nuestras casas. Todos escapamos. Ahí fue donde comenzó el pánico. Nosotras estábamos lejos de casa, corrimos y de pronto veo a mamá corriendo hacia mí. Estaba desesperada, pálida de tanto buscarme. Llegamos a casa y ahí nos quedamos los cuatro, escuchando más y más aviones y bombazos.

Por mucho tiempo no supimos qué había pasado con papá. En el exilio, mamá nos contó que pensaba que papá había llegado el día del golpe y lo habían asesinado. Al pasar de los días supimos que papá nunca llegó y que debíamos salir de Chile y reencontrarnos con él. El día que partimos al exilio,

llevábamos tres maletas, unos abrigos en la mano y nos tomaron una foto al subir la escalera del avión. Esa clásica foto de tantos chilenos que iban sin rumbo a un mundo desconocido. Dejamos nuestra casa tal como lucía, a nuestro querido Toqui, nuestro perrito, a los abuelitos, tías, primas, amigas, colegio, barrio y tanto más... Ese hecho quedó como una foto, un registro estático durante 20 años para mí. En el exilio, nuestras vidas como niños, la de mi querido hermano y la mía, recobró colores. Aumentó nuestra familia con una nueva hermana, la vida tuvo más movimiento y se llenó de curiosidad, ante países e idiomas por conocer.

María Elena Sánchez Viveros

Canción de los hermanos perdidos

Hacia mediados del año '74, específicamente a partir de mayo, con la irrupción de la Dirección de Inteligencia Nacional —DINA—, la represión en contra del MIR había intensificado su accionar. A partir de la captura y desaparición de Bautista Van Schouwen, ocurrida en diciembre del '73, los golpes asestados por los aparatos de seguridad aumentaron de manera considerable. Entre mayo y julio de 1974, cuarenta y siete militantes fueron asesinados y, en su gran mayoría, hechos desaparecer, luego de haber sido capturados por los servicios de inteligencia de la dictadura. Esta ofensiva respondía a una estrategia sistemática para desarticular la estructura organizativa y mermar la capacidad operativa del movimiento. El plan represivo se enfocó específicamente en la eliminación de los dirigentes y cuadros medios, piezas clave para la coordinación y ejecución de la lucha clandestina.

Con estos antecedentes, mi hermano Álvaro, plenamente consciente de la magnitud de la persecución y alertado, además, por la compleja situación que enfrentaba en el Pedagógico —que determinaría su expulsión en julio del mismo año—, había tomado la razonable decisión de cambiar de domicilio. Era, a todas luces, una medida indispensable para resguardar su seguridad. No obstante, un contratiempo inesperado, casi trivial, terminó por frustrar sus planes.

El jueves 15 de agosto de 1974 era un día feriado. Como de costumbre, se celebraba la asunción de la Virgen María y, como tal, el ritmo en casa resultaba lento y pesado. El reloj anunciaba el mediodía y un sol tímido se filtraba por las ventanas que daban a Altamirano, una calle lánguida y polvorienta del barrio hípico, donde convivían familias de extracción obrera con los hogares de una clase media empobrecida.

En nuestro hogar, esa calma se hacía aún más evidente, como si todo aguardara en silencio la llegada de Gabriela, quien apenas un mes antes se había convertido en la consorte de mi hermano.

Al interior de la habitación que compartíamos con Álvaro, sentado sobre la cama, revisaba mis deberes escolares para el día siguiente. Un par de metros más allá, de espaldas a mí, sentado en su escritorio, él se esmeraba en la confección de un misterioso cartelito.

En los últimos meses, su vida había dado un giro dramático. A la sentencia que ratificaba su expulsión de la universidad se sumaba la imposibilidad de contar con un trabajo estable.

El cartel que mi hermano estaba confeccionando hablaba de pinturas, empapelados, instalaciones eléctricas y reparaciones de muebles, oficios de los que, sinceramente, poco y nada sabía. Quedaba claro que, para hacer frente a su nueva realidad, necesitaba improvisar.

A decir verdad, su situación distaba mucho de ser un hecho aislado, era el reflejo de un clima que se extendía por innumerables hogares chilenos; familias enteras marcadas y empujadas a los márgenes por su compromiso político durante el gobierno de la Unidad Popular.

Pero regresemos a lo ocurrido aquella mañana. Aún puedo ver el instante en que Álvaro, cargado de una impaciencia y una frustración que ya no podía disimular, se giró hacia mí y quebró el silencio.

—Pelao, ayúdame con esta cuestión, ¡tú teni' más cachativa!

—¿Qué necesitas?

—Ayúdame con las letras.

—Ya po', a ver...

Aunque el manuscrito distaba mucho de ser ideal, la oportunidad de darle una mano me produjo una extraña satisfacción. Juntos, con algo de humor y cierta resignación, terminamos de escribir el texto en un trozo de cartón de unos 25×15 centímetros: «Expertos en pinturas, empapelados de piezas, instalaciones eléctricas, restauraciones de muebles y cualquier desperfecto hogareño. Av. Altamirano 2333, fono: 772744».

Sin estar del todo seguros de que el anuncio funcionara y mientras nos disponíamos a acomodarlo en la ventana que miraba hacia la calle, una interrupción inesperada nos tomó por sorpresa: cuatro golpes secos resonaron en la puerta de nuestra casa. “¿Quién podría ser a esta hora, en un día festivo?”, pensé. Con toda seguridad, la Gaby no era; ella llegaría más tarde.

Al abrir la puerta, aparecieron ante mí las siluetas de dos jóvenes detenidos en el umbral. Reconocí de inmediato a Patricio Álvarez, aquel viejo conocido del Centro Cultural Vivaceta —espacio donde Álvaro participó activamente hasta septiembre del '73—, a quien siempre recordaba como «el estudiante de medicina». A su lado estaba una mujer, algo mayor, de cabello corto y rizado, cuyo rostro me resultaba completamente desconocido.

—¡Hola!, ¿está Álvaro?

—Sí, sí está.

Me devolví rápidamente al dormitorio...

—Álvaro, te buscan.

—¿Quién?

—Uno de ellos es el estudiante de medicina...

—¿Patricio?

En ese preciso instante, una especie de latencia invadió la habitación, como si el tiempo se hubiera detenido por un breve pero intenso segundo. Álvaro cruzó lentamente el dormitorio, dirigiéndose hacia la puerta de calle. Yo, en cambio, me quedé allí, inmóvil, mirándolo callado.

—¿Qué tal, Patricio? ¡Tanto tiempo...!

—Oye, ¿podemos dar una vuelta para conversar sobre algo?

—¡Claro!

Tras el breve cruce de palabras, Álvaro cerró la puerta con un golpe seco y pesado, como si tras ese gesto algo se hubiera sellado de manera definitiva.

Solo con el paso de los días pudimos comprender que aquella supuesta invitación a conversar ocultaba algo mucho más profundo de lo que alcanzábamos a imaginar. Ese 15 de agosto de 1974 —fecha que coincidía con el noveno aniversario del MIR— la agrupación Halcón 1 de la DINA, encargada de desarticular al movimiento, había llegado hasta nuestro propio hogar.

El operativo represivo, dirigido por Miguel Krassnoff Martchenko y en el que participó Luz Arce Sandoval —antigua militante socialista convertida en colaboradora de la DINA—, culminó con la detención de más de una docena de jóvenes. Cuatro de ellos nunca regresaron: Álvaro Barrios Duque (MIR), Sergio Riveros Villavicencio (PC), Rodolfo Espejo Gómez (JS) y Gregorio Gaete Farías (PS). Todos continúan, hasta hoy, en condición de detenidos desaparecidos.

A partir de ese episodio, cobraron pleno sentido las palabras que Álvaro me había dicho un par de semanas antes, en una de nuestras últimas conversaciones, como si presintiera algo que yo, a mis dieciséis años, aún no lograba comprender:

—Pelao, si a mí me llega a pasar algo, tú te harás cargo de la mamá, ¿está claro?

—Está bien, pero... ¿qué te va a pasar, poh?! —le contesté.

El ventanal de nuestro cuarto nunca pudo lucir el anuncio que buscaba desesperadamente una forma de ganarse la vida. Un día cualquiera amaneció atravesado por un agujero de gran tamaño, un forado que jamás pudo ser cerrado.

Poco tiempo después, hallé un cuaderno. En él había solo un poema suyo, escrito el 2 de agosto de 1974, apenas trece días antes de aquella aciaga mañana.

«Canción de los Hermanos Perdidos»

Desde la noche, noche
de las calles del sur
se han ido desprendiendo
uno por uno
uno por uno
como pequeñas cosas olvidadas
uno de a uno
como pequeños hechos sucedidos.
Y, sin embargo
se han llevado consigo
parte, parte
de la sangre mía.
Y, sin embargo
he volado con ellos
lo mejor o lo más puro de la vida.
¡Hermano Víctor!
Para decir canción y todo
el sur de la patria
desparramado por el cuerpo del hombre
y todos los maños, y todos los hualles
y todos los trigales y sauces
y todo el olor de la tierra
condensado en la actitud de los hombres morenos
que crean la vida con sus manos.
Para decirlo todo definitivamente
tendremos que apelar a tu nombre
para decir gorrión
para decir amor al hombre
para decir milagro
que no viene de nada sino de nosotros mismos
para decir canción
para decir por qué no debemos temer
pues ahora somos tantos
para decir la razón que escondía tu guitarra
que es la misma razón que viaja en la camisa de todos los obreros
para decir corazón, como lo dijo Amanda
para decir ¡Yo!
como lo supo decir Angelita Huenumán.
Para decirlo todo definitivamente,
¡Hermano Víctor, cantaremos tu nombre!

Ha transcurrido toda una vida desde aquel día. En unas horas más, volveré a marchar junto a otras familias para conmemorar el Día del Detenido Desaparecido. Entre mis manos llevaré el letrero que siempre regreso a confeccionar: «Álvaro Barrios Duque. ¡Toda la verdad, toda la justicia!».

Es mi manera de decir, en medio de tanto olvido, que lo buscamos —y seguimos buscando—, en los recuerdos que siguen visitándonos, en la certeza de que su ausencia todavía pesa. Y, sobre todo, que el mundo por el que luchó, por el que entregó su vida, ese mundo sigue esperando; aún está por construirse.

Germán Grunert Duque



La memoria del agua. Santiago de Chile, 15 de agosto de 2022.

A mi viejo

Siempre me he preguntado qué pensamientos habrán cruzado por tu mente papá al momento de ser detenido. Qué habrás sentido en esos segundos que transcurrieron entre que las garras de tus captores inmovilizaran tu cuerpo y luego te introdujeran a la fuerza a un vehículo.

Era un 27 de mayo del año 1977 y, por esos días, el terror fríamente organizado buscaba metódicamente las pequeñas flores que aún quedaban vivas en el jardín de la resistencia. Es que la dictadura necesitaba un campo arrasado para poder plantar sus propias semillas. El método y las semillas las habían comprado y aprendido de sus amos del norte. Y no sin dificultad, finalmente lograron dar con esa flor que se ocultaba en el kiosko de diarios donde ganabas el pan que nos alimentaba a todos en la casa.

“Si me detienen soy hombre muerto”, nos habías dicho unos pocos días antes. Y seguiste “así es que, si un día no llego, presenten un recurso de amparo y olvídense de andar buscándome, porque no voy a aparecer”. Ante nuestras miradas atónitas te viste obligado a balbucear algunas palabras a modo de explicación: “Es que nos han detenido a tantos compañeros, la cacería no para y el cerco se va estrechando. Puede que también me toque a mí”. Silencio de nuestra parte. No nos atrevimos a preguntarte nada, porque entendimos que no podíamos, aunque hacía mucho tiempo que nos habías dicho que el partido te había descolgado y que estabas abocado al trabajo en el kiosko.

El terror colectivo les permitía actuar sobre seguro y, supongo, explica también que nunca haya habido un testigo. Aunque la detención ocurrió pasado el mediodía en plena Alameda, la principal avenida de Santiago, nadie vio, nadie escuchó, nadie dijo nada. Estábamos en un país marchando en fila, compuesto mayoritariamente por ciegos, sordos y mudos. Si alcanzaste a gritar tu nombre papá, el grito cayó en el vacío.

Ese día, a la hora de tu detención, yo aún no sabía que mi vida y la de toda la familia iba a sufrir un quiebre tan brutal y definitivo. Ese día lo viví como se vivía la normalidad de un estudiante en una universidad intervenida. Luego de mis clases, me fui con algunos compañeros de escuela a ver una película al cine arte Toesca, en calle Huérfanos, refugio en el que podíamos disfrutar imágenes e historias hermosas, que en tantas oportunidades nos acogió. Llegué al departamento como a las 8 de la tarde para recién enterarme que no habías llegado. Que mi mamá había llegado como todos los días al kiosko a reemplazarte, para que te vinieras a la casa a almorzar y descansar un rato.

Que tú te habías despedido como siempre y cruzaste la Alameda para tomar la micro, pero que no habías llegado a la casa, tampoco habías vuelto al kiosko y mi mamá había tenido que cerrarlo sola. Que teníamos que partir buscándote por comisarías, hospitales y conseguir un abogado que presentara un recurso de amparo.

¿Cuál era tu plan viejo si es que llegaban a detenerte? Mirando hacia atrás, creo que tu plan había comenzado varias décadas antes. Tu militancia te había obligado a bancarte la represión de González Videla y de Ibáñez. Habías pasado muchos años relegado en Valdivia y San Fernando donde al menos te habían permitido seguir trabajando como telegrafista de Correos y Telégrafos de Chile, con lo que podías aportar al hogar que mi mamá ayudaba a sostener con su trabajo, ingenio y todas sus fuerzas. Con Alessandri, a partir del año '58, ya pudiste retornar a la casa y hacer una vida de familia más normal. Yo nací ese año, por lo que pude contar contigo y mamá durante toda mi infancia. Pero a esas alturas, la pasión de tu vida ya estaba instalada: eran la militancia y el partido. Un militante duramente fogueado, con un compromiso a toda prueba, que comenzó a recibir responsabilidades cada vez más altas en seguridad e inteligencia. Comenzaste a tener una vida pública y otra clandestina. Ya en los sesenta, la entrega a la causa era total.

Por nuestro lado, te preocupaste de mantener a tu familia a una distancia prudente de tus actividades políticas. Con mi mamá y mis hermanas por supuesto teníamos opinión y nos vivíamos intensamente el acelerado proceso político por el que transitó nuestro país a mediados de los sesenta. Pero creo que no fue casualidad que mis dos hermanas estudiaran en colegios de monjas y yo en un colegio de curas. Esta aparente contradicción con tus principios, creo, fue parte de tu plan para protegernos. Mi mamá, por su parte, siempre estuvo protegida, porque trabajaba en el gabinete de identificación del registro civil, al lado de la Policía de Investigaciones y tenía muchos conocidos ahí que la querían mucho. En la década del cincuenta, la entonces Policía Política de Investigaciones fue a detenerte varias veces a la casa para llevarte a la Estación Central y subirte a un tren con destino a la relegación. Mi mamá se enteraba con anticipación de esto y te avisaba y ayudaba a preparar tus maletas.

El día de tu detención culminaba entonces tu vida de entrega a la causa. Por ese pequeño kiosko de diarios habían pasado la información y los recursos que ayudaban a mantener vivas las flores de la resistencia. Por ese punto del centro de Santiago circulaban y se entregaban los frutos de la solidaridad conseguida con tanto empeño, por tantas manos y en tantos países. Tú ya sabías que andaban tras tus pasos. Habías tenido señales claras

de que te estaban vigilando, pero tu opción fue seguir adelante con la aparente normalidad de tu actividad en el kiosko. No te podías fondear, porque eso ponía en riesgo a toda tu familia. Y la verdad es que ya habías decidido que eras hombre muerto.

Al día siguiente de tu detención, el 28 de mayo de 1977, como a las 6 de la mañana, tus captores te estaban tirando sobre el puente Manuel Rodríguez del río Mapocho. Siempre pensamos que algo hiciste para conseguir pasar tan pocas horas en las garras del terror. Fue casual que tus últimos instantes de vida los hayas vivido sobre ese puente, que pertenecía a nuestro barrio de siempre, porque fue el barrio en que vivían y trabajaban nuestros abuelos paternos y maternos, el río en el que jugaste de niño, el puente que cruzaste caminando tantas veces para ir a almorzar con tu mamá, mi abuela Luisa.

Y aquí estamos papá, justo cuarenta y siete años después, recordándote con toda tu consecuencia y anónima entrega. Este año 2024, fuimos como Taller Literario a visitar el Memorial del Cementerio General. Apenas llegamos les señalé tu nombre inscrito en la piedra. Mis compañeros se sorprendieron al darse cuenta de que, sin haberlo planeado, nos encontrábamos en ese lugar siendo un 28 de mayo, el mismo día en que te habían asesinado, ese imborrable 1977.

Así fue como pude homenajearte en su compañía, justo cuando nos encontramos con Marisol, quien se encontraba barriendo y trabajando en la mantención del Memorial. Parece que, a pesar de todo, sigue habiendo héroes y heroínas anónimas que barren los escombros silenciosos de este nuevo Chile.

Me marcaste el camino; te llevo en mi corazón.

Enrique Correa Jaña

Mi gran amigo el «Chino» Carlos

Conocí a José Mario Cárcamo Garay a principios de 1971. Su nombre político era Carlos y, por razones que ignoro, todos los demás le decían el «Chino» Carlos. Probablemente ese apodo se debía a su pasado maoísta. Estaba a cargo del trabajo campesino en el MIR.

Era un infatigable agitador y propagandista de las políticas revolucionarias en las zonas campesinas de la provincia de Osorno. Había estudiado en la Universidad de Chile graduándose como Técnico Agrícola. Conocía el campo y la naturaleza. La lluvia del sur había envejecido prematuramente su «piel canela» como le apodaban sus amigos más antiguos. Su gentileza, amabilidad y afecto formaban parte de su forma de ser. Siempre que hablaba o decía algo, lo hacía con una amplia sonrisa. Su ingeniosidad y humor alegraba a todo quien se acercara a él. Y fumaba como chino, cigarrillos marca Life.

A pesar de su juventud, había perdido parte de su dentadura. Ya no tenía los molares de ambos lados del maxilofacial superior —y creo que también del inferior—, lo que le permitía exhalar el humo del cigarrillo por ambos costados de la boca, mostrando solamente sus dos incisivos, lo que a todos quienes lo veíamos hacer, nos producía hilaridad.

Bautista Van Schouwen, cuando venía a Osorno, regularmente lo instaba a arreglarse sus dientes. Que la falta de ellos desmejoraba la masticación, que las encías hacían mayor esfuerzo y que en definitiva, al no triturar los alimentos completamente, se producirían problemas digestivos. “Si lo voy a hacer”, respondía el Chino, esbozando su eterna sonrisa. Pero no alcanzó a arreglarlos.

Su piel canela y sus cabellos negros rizados le daban un aspecto de bonhomía particular. Se le veía llegar a Osorno abrigado con un poncho de lana, atuendo obligatorio para quien trabaja en el campo. Asistía y participaba en las distintas reuniones del partido en las cuales destacaba por la agudeza de sus planteamientos y distendía el ambiente con su consabida frase introductoria “el Presidente Mao en una situación similar...”, generando automáticamente una carcajada general acompañada de las peores descalificaciones y epítetos: “Ándate a la... con tu presidente Mao”. Aunque, cuando se trataba de temas importantes, su opinión era esencial y la escuchábamos con atención, en este caso no cabía diversión.

Nos hicimos amigos en el verano de 1972 cuando compartimos habitación en el Estadio Fiscal de Rahue. El estadio estaba administrado

por la Universidad de Chile y el cuidador nos autorizaba a dormir en sus dependencias. Teníamos acceso a una amplia habitación desocupada con colchonetas. Acceso a duchas con agua caliente y a la cocina en donde preparábamos nuestro desayuno.

Durante varias semanas por la tarde, luego de una jornada de trabajo militante, nos juntábamos y salíamos a comer unas empanadas con una cerveza en algún local de comida en el popular barrio de Rahue. Luego, de regreso a nuestro improvisado hotel, con un tazón de café caliente en jarro enlozado, abatíamos un paquete de cigarrillos Life —a veces más— discutiendo sobre el futuro revolucionario de nuestro país. Allí supe de los efectos de la Reforma Agraria, de la importancia de la ganadería y de la producción de alimentos, del cuidado de las plantaciones y de los árboles y un sinfín de aspectos técnicos de la agricultura local. Me explicaba lo que padecía un pequeño propietario de subsistencia al tratar de cultivar su pequeño predio agrícola sin apoyo estatal. La inequidad de la propiedad del suelo agrícola y las extensas tierras que no eran cultivadas.

A veces relataba la arrogancia patronal, el maltrato hacia los campesinos y la acción de las guardias blancas, grupos paramilitares opuestos a la Reforma Agraria y al Gobierno Popular. Me decía que el gobierno de Allende ya había casi duplicado el número de hectáreas expropiadas de todo cuanto se había hecho anteriormente. Según él, el Gobierno de Allende había expropiado alrededor de tres mil fundos completando cerca de seis millones de hectáreas contra unos mil fundos que representaron unos tres millones de hectáreas durante todo el gobierno de Frei Montalva. Y que aun así no era suficiente para satisfacer las necesidades alimentarias del país.

Pero su principal orgullo era la incipiente organización sindical campesina en la zona. Según él, la toma de conciencia política de los campesinos era clave para el desarrollo agrícola del país y mantenía vínculos muy estrechos con el campesinado de la región. La radicalización del campesinado se traducía en tomas de predios agrícolas que durante el gobierno de la UP aumentaron considerablemente. Carlos estuvo en cada una de ellas. Así fue tejiendo una estructura campesina en cada localidad desde la precordillera hasta el mar.

En esa época, en las zonas agrícolas alejadas llegaba solamente la radio. Para organizar sus reuniones, Carlos se servía de este medio. Iba a la radio «La Voz de la Costa» y pasaba un aviso como lo hacían regularmente todos aquellos que viajaban a Osorno a hacer algún trámite o comprar víveres: “Se avisa a doña Irene de la comunidad tanto que Luis no regresará esta tarde en la micro, para que no vayan a buscarlo”; “Se avisa que don Lucio de la

comunidad tanto viajará hoy en el bus de las 6, para que lleven la carreta”; o “Se informa al asentamiento tanto que habrá reunión hoy, asistirá hermano Carlos”. Los anuncios radiales eran esperados en cada lugar y retransmitidos de boca en boca.

El Chino era un personaje salido de una novela de García Márquez. Tenía mística, audacia, sacrificio, convicción. Su personalidad era tan atrayente que la mayoría de los campesinos eran carlistas no miristas. Cualquier otro miembro del partido no tenía la llegada de Carlos en los campos osorninos.

A fines del año 1972 pidió traslado al regional de Llanquihue del MIR, para continuar allá su trabajo revolucionario y con pesar lo despedimos. En esa zona lo sorprendió el golpe, diez meses después.

El sábado 3 de noviembre de 1973 me enteré por el diario La Prensa de «6 extremistas fusilados en Puerto Montt».

PUERTO MONTT. Seis extremistas fueron fusilados en esta ciudad en cumplimiento de sentencias dictadas por tribunales militares, por el delito de «traición a la patria al formar en tiempo de guerra grupos organizados paramilitarmente con armas y explosivos, destinados a atacar a las Fuerzas Armadas y Carabineros».

El impacto de su muerte me golpeó profundamente. Junto a él fueron asesinados: Óscar ARISMENDI MEDINA, 46 años, obrero agrícola, dirigente del Sindicato Campesino del asentamiento «El Toro» y militante socialista; Francisco del Carmen AVENDAÑO BÓRQUEZ, 20 años, profesor normalista y militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); José Antonio BARRÍA BARRÍA, 23 años, obrero agrícola, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); José Luis FELMER KLENNER, 20 años, empleado, estudiante de Agronomía, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); y Mario César TORRES VELÁSQUEZ, 32 años, linotipista.

Se pudo establecer que el 20 de septiembre de 1973, en horas de la mañana, un contingente militar integrado por miembros del Ejército, la Fuerza Aérea y Carabineros de Chile, ingresó a un predio ubicado en la comuna de Fresia, conocido como fundo El Toro, procediendo a detener de forma violenta a los hombres que allí se encontraban. Fueron retenidos durante varias horas, sometidos a torturas e interrogatorios.

Un grupo de los detenidos fue trasladado a la Tenencia de Carabineros de Fresia, mientras que Mario Torres, José Cárcamo, Francisco Avendaño,

Óscar Arismendi, José Felmer y José Antonio Barriá, fueron trasladados hasta la ciudad de Puerto Montt, donde permanecieron detenidos en el cuartel de la Policía de Investigaciones, por espacio de un mes aproximadamente. Más tarde, fueron puestos a disposición de la Fiscalía Militar en tiempos de guerra, en Puerto Montt, dándose inicio a la causa rol N°11/73 con fecha 23 de septiembre de 1973.

El 11 de octubre de 1973, se realizó un Consejo de Guerra. El Consejo dictó la sentencia condenatoria de pena de muerte, por la responsabilidad que les cabía como autores del delito de traición contemplado en el artículo 248 N°2 del Código de Justicia Militar. Tal sentencia se ejecutó el día 19 de octubre de 1973, a las 9 horas, en instalaciones de la Fuerza Aérea de Chile, ubicadas en el sector de Chamiza de la ciudad de Puerto Montt. Los seis condenados fallecieron en el lugar, como consta en las declaraciones de quien trasladó sus cuerpos sin vida hasta un furgón de la FACH, del oficial a quien correspondió verificar su muerte y del médico quien examinó los cuerpos y extendió sus respectivos certificados de defunción.

Se trató de una actuación predeterminada y sin fundamento del Consejo de Guerra para poner término a la vida de estos detenidos. Ellos no mantenían la cantidad y tipos de armas que se detallan en el expediente. Tampoco es cierto que fueran guerrilleros. No cabe duda de que el juicio fue una puesta en escena.

En aquellos tiempos se utilizaron los tribunales militares para justificar acciones represivas sin fundamentos. En la mayoría de los casos no se respetó el carácter ni los derechos de los prisioneros, tampoco se consideró ninguno de los preceptos establecidos en las convenciones internacionales sobre la guerra. Los Consejos de Guerra se limitaron a recibir y a consignar antecedentes contrarios a los inculpadados, omitiendo toda actuación o diligencia que pudiera beneficiarlos y exculparlos siendo que a ellos les tocaba investigar la verdad de los hechos y reunir los antecedentes que sirvieran para comprobarlos.

Enterarme del fusilamiento del Chino Carlos me produjo un gran dolor. Observando el diario recordé que, a mediados de octubre, tal vez el día anterior o el mismo día de su muerte, me encontraba en la clandestinidad solo en una habitación y en plena luz del día se me apareció el Chino Carlos, fue como una epifanía que duró un buen momento, vi su rostro con su sonrisa para luego desaparecer.

Dos años después, en la penitenciaría de Osorno a fines de 1975, observé a una carreta de campesinos. Ellos no se mezclaban mucho con el resto de los

presos. Se mantenían tranquilos, un poco aislados del resto. Cuando pregunté quiénes eran me dijeron que eran miembros del Partido Socialista.

Intrigado, quise saber más sobre ellos. Al interior de la cárcel quienes no se conocían antes de caer presos mantenían una distancia y discreción absoluta. Pero yo contaba con el apoyo de mi amigo Viterio Rosas Rosas, un campesino de Puerto Octay detenido en diciembre de 1974 y arrojado en mi celda de la Fiscalía Militar cuando nos sometían a torturas. Son circunstancias para hacerse íntimos. Su afecto hacia mí fue la llave que me permitió acercarme a ellos.

Una tarde, me invitaron a comer un arrollado que les había llegado del campo. Me lo sirvieron al interior de una tortilla de pan amasado; estaba exquisito y tomamos café. De pronto me preguntaron por Carlos. ¿Qué era de Carlos? Sorprendido, les pregunté cómo conocían al Chino en circunstancias que ellos eran socialistas. Me miraron fijamente y comprendí. Ellos no eran socialistas ni miristas, eran carlistas.

Respiré profundo y les conté que el Chino Carlos había sido fusilado en Puerto Montt en octubre de 1973. Abrieron los ojos y enmudecieron. Sus rostros apesadumbrados develaban incredulidad y una tristeza inconmensurable. Carlos no podía estar muerto. Su esperanza era Carlos, así es que continuaron creyendo que estaba vivo.

Yo, enmudecí.

Ángel Negrón Larre

Crónica sin título

*La pájara del árbol al lado del parrón y fuera de su jaula
trina y trina,
aunque el día está nublado y hace un poco de frío.*

Todos dormíamos. Éramos ocho. «El Negro» ya estaba despierto, esperaba lo suyo escuchando Radio Magallanes. Por fin exhala y dice con voz apagada “esto era un suplicio”. Abre la puerta de la sala. “Chicas, hay golpe de estado, tenemos que ir a nuestros lugares de trabajo”. No recuerdo haber hablado. Creo que debimos estar mudos. Me paré sobre dos palos de la rueda trasera de la bicicleta. Amanda pedaleaba y mi pelo flameaba enredando calles, esquinas, avenidas. Esto es un cortometraje antiguo en blanco y negro que cada cierto tiempo se reedita.

Recuerdo la silueta a contraluz de soldados sobre el techo del Departamento de Biología apuntándonos con cascos, metralletas y a piernas abiertas. Corrí a Filosofía a juntarme con Luis. Comenzamos a sacar un mimeógrafo desde un sótano, para el trabajo clandestino. Nos rompimos las manos en un esfuerzo feroz. En un descanso, escuchamos unos gritos un tanto histéricos y vimos a Urqueta, profesor anarquista y contrario al gobierno de Allende. Esgrimía sus brazos y se tomaba la cabeza mirando para todos lados, mientras se encaminaba hacia el edificio de nuestra escuela. “¡Esto es el fascismo! ¿Qué va a pasar? ¿Dónde están los comunistas? ¿Qué hay que hacer?”, desesperado repetía sus preguntas. Nadie contestó. Nunca más supe de él.

Después vimos en la lejanía a los hawker hunter quebrar una recta, caer en picada. Imaginamos sus descargas y escuchamos las explosiones. Luego ascendían ágiles —como negros cuchillos— y volvían al ataque. ¿Cuántas arremetidas fueron? ¿Cuatro? ¿Diez? No tengo idea. Fuimos a la salida de Periodismo y el portero nos subió y nos bajó. “Si fuera el papá de ustedes les daría un par de patadas. ¡Vayanse ya!, cómo se les ocurre salir con ese mamotreto, ¡están locos! Los van a matar en tres segundos”. Lo maldecimos sin convicción y salimos hacia la calle Dr. Johow. Ahí comenzó otra película: María Eugenia Duvachelle y Julio Jung tiraban maletas con la ayuda de un taxista que partió vertiginoso. Seguimos caminando, ¿hacia dónde? No sé.

En un departamento en la misma zona nueve pájaros pensábamos, esperábamos instrucciones. Queríamos resistir algo que desconocíamos. No sabíamos cómo, cuándo y con qué empezar. No puedo precisar qué

día y en qué momento comenzó el bombardeo al Cordón Industrial Macul. Obreros en sus fábricas, ráfagas desde helicópteros, explosiones que durarían uno o dos días. Mirábamos todo esto por una ventana a cortina cerrada y fabulábamos lo real de aquello que sucedía en la lejanía. Por el otro costado del edificio, en algún momento una mujer mayor aullaba: “Lo mataron estos desgraciados, lo mataron estos malditos. Mataron al Chicho, Nuestro Presidente”. Abrimos una ventana como zombis y miramos cómo alzaba sus brazos al cielo. Llegaron noticias relatando el bombardeo de la Universidad Técnica del Estado, donde estudiaba mi hermano. Me desesperé, pensando en que mi madre estaba sola y sin saber de nosotros.

Salí con una bolsa a “comprar pan”. Me arrastré allegada a matas, arbustos, postes y murallas. Atravesé una descampada avenida Grecia y en Dr. Johow toqué el timbre en casa de Pati, mi querida amiga del colegio. Me miró con espanto. “¿Qué haces aquí?”, me retó. Su mamá y papá también, por andar en la calle. ¿Acaso no sabía yo que me podían dar un balazo? “Devuélvase, esta casa está bajo peligro. No salga a la calle, la van a matar”.

Me devolví, no recuerdo cómo. No había pan ni comida. Yo estaba suspendida en el tiempo y en blanco. Alguien dio golpes cuidadosos a la puerta. Era el vecino, un hombre joven del GAP, urgido y enterrado, venía de la guerra. Sí, de la Moneda. “Vendrán por mí y por ustedes”. Se sacudió un poco más esa imagen con que yo fantaseo hasta hoy y se fue. Nos quedamos sin habla.

Separadamente comenzamos a irnos. Me dirigí a casa de mamá, subí cuatro pisos. Desde el pasillo noté que la entrada del departamento estaba abierta. Caminé con cautela. Era ella, mamá estaba ausente y de espalda a la puerta, sentada en el sillón gimiendo un ¡ay!, con una fuerza apagada. Su cuerpo estaba lacio, sus pies separados. Cuando hablamos comenzó a ser normal. Después fui donde la vecina, mi querida Sra. Tuca. “Ceci, qué bueno que llegaste, tu mami está mal, no come. Todos estos días le he preparado arroz cocido, mantengo así, abierto, y la voy a ver a cada rato”. Cerré la puerta y escuché a mi madre decir: “debe estar botado desangrándose en una cuneta”. Desde ese momento seguí flotando con ella mientras indagábamos todo lo que se decía. Estaba inubicable. Su nombre no estaba en ninguna lista.

Un día tocaron el timbre, miré por el ojo de buey y vi una muchacha joven. “Hola, ¿es esta la casa del «Huevito»? Traigo noticias de él, salí del Estadio Nacional recién. ¿Eres su hermana? Esto es para ti. Chao”. Pasé llave a la puerta y comencé a abrir un billete azul enrollado como una aguja gruesa. “Estoy bien, no se preocupen”.

Estaba vivo. Mamá lloró mucho mientras nos volvió el alma al cuerpo de un modo extraño. Dedujimos que lo habían detenido en la Universidad

Técnica, llevado al Estadio Chile —hoy llamado Víctor Jara— y de ahí al Estadio Nacional, donde entró la Cruz Roja Internacional y publicó listas de los prisioneros. Hasta antes del mensaje, cada día me levantaba y salía diciendo, “ya vuelvo, voy a ver si se sabe algo”. Las lágrimas eran un chorro autónomo. Recuerdo pagar el pasaje y apoyar mi frente en esos vidrios que tiritaban hasta mimetizarse con mi cuerpo.

Frente al Estadio, cada día se instalaba el silencio en espera de un megáfono con noticias, al tiempo que aguzábamos nuestros ojos para revisar cabeza por cabeza si alguna de esas era la de nuestro preso. Pasábamos horas mirando hacia adentro y ellos hacia afuera. Siempre he pensado que en esos días yo vi a mi hermano y él a mí. Llegábamos cada día a constituir una muchedumbre con un forado en el pecho. Salíamos de ese lugar atontados y acumulando meses de negrura. Evitábamos cruzar miradas si veíamos a algún conocido. Un saludo podía ser visto por algún sapo del ejército.

Mi mamá hacía guardia en casa, preparando un postre nuevo a diario, para su hijo que podría llegar en cualquier instante. En una ocasión sentimos las botas de un pelotón militar acercándose por el pasillo. Bajo un paño negro desplazé el metal del ojo de buey. Era la alemana «Frau», llegada a Chile tras el fin de la Segunda Guerra y mamá de una amiga de juegos. Ella lideraba a un grupo gritando “pog aquí, pog aquí se ven los fragncos tigadoges, sobre ese techo”. En otra ocasión llegó a casa mi amigo Luis, estábamos conversando cuando nos sobresaltó un potente ruido de motor. Miramos entre las persianas a dos tanquetas, gente subiendo las escaleras del edificio de enfrente y, luego, se llevaron a un muchacho que yo conocía, porque estudiamos en el mismo colegio. Los dos ojos negros de Luis se despidieron con premura “me voy”, dijo y salió. En el año 1980, me llamó desde la RDA. Había estudiado Ciencias Políticas. Ya de vuelta a Chile volví a verlo. Era el año 1987 y nuestras familias frecuentaron una bonita amistad. Ahora no sé nada de él.

Una noche, cinco minutos antes del toque de queda, sentimos cómo otro tropel de zapatos se paró frente a nuestra puerta. Puse el mismo paño negro sobre mi cabeza, apagué la luz y miré por el ojo de buey. Vi a mi hermano y a ocho o nueve jóvenes agitados de correr, felices, anhelantes, nerviosos. Un milico les había dicho esa noche: “Estas personas se van ahora, pero antes retiren sus cédulas de ese canasto”. Buscar en esa enorme cesta era un imposible. Apostando a su adrenalina y alejándose de la mole carcelaria que pesaba sobre sus espaldas, corrieron hasta llegar a nuestra casa a dos cuadras del Estadio. Si salía mi hermano, él diría quiénes de los liberados se irían con él. Flacos, sucios, barbones, hablando sin parar; les llevó tiempo dormirse. Preparamos comida liviana y armamos camas grandes en el piso. Con dulces palabras, mi madre empujaba peldaño a peldaño a Aránguiz, quién estaba mal, confuso, sobrepasado.

Me levanté a preparar desayuno y supe que Carmona se había ido apenas levantado el toque de queda. Sentí una pena enorme, no nos despedimos. Hubiese preferido que se quedara...

*Ese otro día,
los pájaros volaron a unirse a sus bandadas.
Unos fueron a la montaña,
otros nadaron tras sus ideales.
Hay quienes hicieron nidos de crianza;
Otros anidan en mi jaula
para no olvidarnos,
nunca jamás.*

María Cecilia López Rosas

Una visita inesperada

Una señorita joven, morena, de cabellos largos y negros, vestida con un delantal de color verde claro, se encontraba sentada tras un pequeño escritorio en el que pude observar varias carpetas y papeles.

Apenas ingreso a la oficina, me mira con atención y me ofrece asiento. Me pregunta cuándo llegué a la cárcel, le contesto que hace unos siete u ocho días, luego corrijo y le respondo ocho para ser más exacto. Me dice de dónde vengo, le respondo que del regimiento Tacna. Me pregunta cuánto tiempo estuve allí. Le respondo que unos siete días. Me pregunta si mi detención fue en el domicilio de mis padres o mío. Le contesto que yo no tengo domicilio y que fui detenido en casa de un tío. Me pregunta si tengo familia y si están al corriente de mi detención. Respondo que tengo familia, que vive en Osorno y que no tienen noticias mías desde el día del golpe en septiembre del año pasado. Me pide que por favor le entregue la dirección exacta de mi familia en Osorno. La anota. Luego me mira y me dice “eso es todo”. Confundido la miro y pregunto “¿es todo?”. “Sí”, responde ella, “si necesito algo más, lo mando a llamar”. Me despedí cortésmente y salí de la oficina dubitativo, confundido, preguntándome el sentido de todas esas preguntas.

Hace unos días pasaron preguntando sobre interesados para ver a la asistente social. Mis compañeros de celda me dijeron que me inscribiera. Yo los miraba vacilante e incrédulo “¿Para qué?”, pregunté. “Es importante que estés registrado” me contestaron, ellos mismos llamaron a la persona que estaba indagando por interesados y le pidieron que me inscribiera dando mi nombre. Por la tarde, llaman a gritos “Esos que se van con la asistente social”. Mis compañeros más convencidos que yo “ya huevón, tienes que ir”. “¿Qué le voy a decir?”, “qué sé yo, ¡responde a lo que te pregunten!”. Y así partí con un pequeño grupo de presos, no éramos más de seis.

Me quedó grabado el uso del pronombre demostrativo esos, que ya había escuchado varias veces. Me di cuenta de que formaba parte de la jerga carcelaria. Cada vez que se requería algo o alguien, en la cárcel se antepone este pronombre demostrativo “Ese fulano de tal ¡presentarse a cuarta reja!”; “Esos que van al baby”; o los domingos “Esos que van a misa”, etcétera.

Nos condujeron a través de pasillos y rejas hasta llegar a un lugar que era una galería con altos muros en algún lugar al interior del recinto. Al poco tiempo, era mi turno. Ingresé y saludé.

El mocito que nos acompañó nos esperaba afuera, realizamos el trayecto de regreso a través de paredes y rejas metálicas.

Cuando volví a la celda, comenté el tenor de la entrevista a mis compañeros entregándoles cada detalle. Todos coincidieron en lo extraño de la audiencia, me dijeron que no querían elucubrar sobre lo ocurrido, aunque seguimos pensando a qué podía corresponder. De pronto alguien dijo que la información que había proporcionado no significaba nada, que todos esos antecedentes eran conocidos y que no me preocupara. Fueron estas palabras las que me tranquilizaron y comencé a desentenderme del hecho.

Un par de días después, a eso de las diez de la mañana, el «mocito», como se llama al preso que sirve para los recados, llegó a la galería gritando “Ese Ángel Neuroon”. Yo no prestaba mucha atención a estos llamados, puesto que no tenía expectativa alguna de que me iba a ocurrir algo parecido; de mis cercanos nadie sabía que me encontraba allí. “Ese Ángel Negrón, ¡presentarse a la cuarta reja!”, insistían los gritos del mocito. Mis compañeros, interrumpiendo abruptamente lo que hacían me miraron y me dijeron: “Te están llamando”, “es a vos a quien están llamando”, “anda a presentarte”, “¡apúrate!”.

Sorprendido y medio desconcertado salí de la celda y me dirigí a la reja. Al verme, un muchacho de la galería de presos comunes me examinó con más atención y me preguntó “¿usted es Ángel Negrón?”, respondí afirmativamente. “Sígame, tiene visita”.

Visita. ¿Quién podrá ser? “¿De quién?”, le pregunto. Sólo obtuve una encogida de hombros como respuesta. Completamente aprehensivo lo seguí por los pasillos sorteando rejas, hasta llegar a un pequeño patio. Allí me dejó y me señaló una persona que me esperaba de espaldas hacia mí.

Mi sorpresa fue mayor: a unos pocos pasos se encontraba mi padre, quien se dio vuelta en ese momento y, con un gesto de asombro y curiosidad, me observó atentamente antes de confundirnos en un abrazo.

“¡Qué alegría de verte viejo!” atiné por balbucear. Se separó un poco de mí y me examinó de pies a cabeza con atención. Me tomó las manos, observó mis muñecas mientras yo le comento que estaba bien, que estaba entero, que mi salud estaba en perfecto estado, que lo peor ya había pasado, que me encontraba bien, insistí. Sólo después de este examen de rigor comenzó a esbozar su sonrisa paternal que hacía tanto tiempo no sostenía.

Vestía como de costumbre un traje formal y su infaltable corbata. Le dije que no sabía qué iba a ocurrir conmigo, puesto que, sin decirme nada, me

enviaron a esta cárcel desde el regimiento Tacna. Era probable que pasara mucho tiempo en este lugar porque todos los que se encontraban aquí estaban procesados, esperando juicio y sentencia de los tribunales militares.

Me escuchó atentamente, luego me dijo que, según él, yo iba a ser trasladado a Osorno y que allá me iba a entrevistar un cabo de ejército y un detective, que él los conocía, como también conocía al fiscal militar. Le expresé que ni se le ocurriera gastar en un abogado porque no tenía sentido, que los fiscales militares y los consejos de guerra hacían lo que se les antojaba y que cualquier defensa, incluso si alguien aceptara defenderme, no sería considerada.

Condescendiente, me miraba mientras me escuchaba. De pronto, “¿y cómo supiste que estaba aquí?”, inquirí. “Anteayer nos llegó un telegrama firmado por la Asistente Social, en el que nos decía que estabas aquí, qué días tenías visita y los horarios” y prosiguió, “así que anoche tomé el tren y aquí me tienes”.

No sé cuánto tiempo pasó, no me importó; qué manera de disfrutar de su compañía. No nos veíamos desde la mañana del 11 de septiembre cuando nos enteramos del golpe y desayunamos. A medida que hablábamos pude constatar que su intensa preocupación inicial se fue disipando. Ambos nos sentimos mejor. Encendimos un cigarrillo y mientras hablábamos, fumamos observándonos mutuamente. Yo frente a un padre afectuoso y él, seguramente, ante quien ayer no más era un niño que cobijaba en su hogar y hoy estaba siendo violentamente arrojado a la adultez, viviendo una experiencia que jamás avizoró.

De pronto, un oficial de gendarmería le hizo un leve gesto desde lejos. Mi padre lo miró y asintió con la cabeza. Comprendí inmediatamente: era el fin de la visita. Un fuerte abrazo, “cariños a la mamá y a los hermanos”. Nos separamos, no sin antes anunciarme que iba a volver.

Esperé unos momentos y el mismo mocito de antes, se me acercó y me dijo que lo siguiera. Hicimos el itinerario de vuelta. Al traspasar la reja me confundí con los centenares de presos que a esa hora se juntaban para conversar en la atochada galería. Me senté en un rincón para atesorar los momentos que acababa de vivir. ¡Mi padre!, ¡qué grata sorpresa y qué alegría!

De manera que fue la Asistente Social, de su propio peculio, quien envió el telegrama. “Por eso me pidió la dirección de Osorno”, pensé. Ahora esa entrevista cobraba sentido.

Entonces mi padre, apenas lo recibió, se embarcó ayer por la tarde en el tren con destino a la capital y, esta mañana, apenas puso un pie en la Estación Central, partió directamente a la Cárcel Pública de Santiago. Por eso la visita fue como a las diez y media de la mañana. Su horario de visita no correspondía a los horarios de rigor, pero mi padre, un caballero elegante y de modales, seguramente fue autorizado por el oficial para realizar esta visita excepcional.

¡Pobre papá! Nunca sospechó que su cabo y su detective eran conocidos como los peores torturadores de la plaza, que en los meses siguientes yo lo viviría en carne propia. En cuanto al fiscal militar, se trataba de un nazi de origen alemán, de apellido Follert. Nunca en mi vida conocí a alguien que irradiara tanto odio y perversidad.

Me mantuve así un buen rato, rememorando los momentos que acababa de vivir. La preocupación de mi padre y luego la imagen de su sonrisa. No necesitaba nada más.

Ángel Negrón Larre



La Factoría, Barrio Franklin. Santiago de Chile, 5 de mayo de 2023.

Días de Cárcel

Nunca reconoció en su propia memoria la palabra cárcel. Cada vez que la escuchaba, sus pensamientos se dirigían a la historia; a Nelson Mandela y sus 27 años de encierro, como a tantos y tantos encarcelados por la dictadura militar en su país natal, o a la situación de un ex candidato presidencial por el que votaron sus hijos, Daniel Jadue, encarcelado sin pruebas a la espera de un juicio en su contra. Pero la cárcel, en realidad, no estaba ajena a su historia. Fue así como comenzó a adentrarse en los espirales de su memoria y recordó.

Fines de febrero y comienzos de marzo, año 1974. El norte de Chile tiene un clima muy caluroso en el día y en algunos lugares, más hacia el altiplano, es muy frío en las noches. Esa tarde era de un calor espeso, la ropa se pegaba al cuerpo y era agotador. Aún somnolienta, fue subida a una camioneta de doble cabina. Ella viajaba atrás con un uniformado a cada costado, ambos portaban armas entre sus manos. Adelante había dos hombres, no recuerda si vestían uniformes, pero sí que llevaban lentes de sol oscuros, una característica de los agentes de la dictadura; el mismo dictador había hecho uso de ellos en sus fotografías.

El calor era insoportable y así fue quedándose dormida entre los dos hombres que la blindaban. Cerró los ojos y recordó que solo el día anterior viajaba de regreso a su hogar desde la ciudad de Iquique, en donde su compañero había sido detenido por los servicios de seguridad de la dictadura y enviado de regreso a Santiago, como medida de protección a la familia. Recordó también que, al hacer una escala en la ciudad de Antofagasta, fue conminada a bajar del avión y secuestrada por uniformados, ante la mirada atónita del resto de los pasajeros. Luego fue llevada a un regimiento, ignoraba cual y, allí, fue fotografiada de frente y de perfil, empadronadas sus huellas dactilares... sí, como una delincuente. Y cuando le pidieron que se quitara la ropa, ingenuamente creyó que era para un examen médico.

Recuerda que pidió un vaso de agua y le dieron una taza con un líquido, al parecer, de bebida gaseosa. Pasaron algunos minutos y, luego, la barbarie, el horror del que su cerebro la rescató haciéndola caer en un trance, saliendo de su frágil cuerpo y posesionándose en un nivel superior donde nada ni nadie podían dañarla. Volvió a sentir esa paz que le traía la voz de su madre diciéndole: “siempre que tengas miedo pídele a Dios y a la virgen que te ayuden”. No recordaba cuánto tiempo pasó, pero finalmente se durmió profundo.

Se despertó sobresaltada. Ignoraba cuanto tiempo había transcurrido desde que la subieron al vehículo: “¿Qué hacemos acá?, ¿dónde estamos?”. El único hombre que quedaba junto a ella le habló muy bajito y le dijo “la llevan pa’ Copiapó, allá la subirán al tren para llevarla de vuelta a Iquique”.

Era un muchacho joven, seguramente un conscripto. Lo último que le dijo fue: “yo soy de San Miguel, pero no diga na’ de lo que hablamos que me puede llegar a mí”. Le quedó dando vueltas el comentario acerca de que era de San Miguel, una comuna popular de Santiago de Chile donde la familia Palestro, de militantes socialistas, había gobernado durante décadas. Recordó también a Mario, el de los grandes mostachos que gritó “¡Viva Chile mierda!”, cuando el Compañero Presidente fue investido. Si algo le quiso decir con esto, no lo supo.

Los tres hombres que habían bajado, retornaron al vehículo que se puso nuevamente en marcha. “¿Dónde vamos?”, preguntó. No hubo respuestas. Decidió permanecer callada y se volvió a dormir.

Algunas horas más tarde, la camioneta se detuvo frente a un lugar de altos muros que parecía un colegio. Tres de los hombres bajaron del vehículo y la conminaron a bajar, pero al hacerlo trastabilló. Fue entonces que sintió un dolor agudo en sus pechos y en todo su cuerpo. Uno de los hombres le ayudó para no caer. Sintió su mirada ya que se había quitado los lentes, pues oscurecía. ¿La miraba con lástima o culpa? No lo supo bien.

La mujer que abrió la puerta del caserón era una religiosa, sí, una monja de hábito oscuro. Los hombres la dejaron con ella no sin antes retirarle las esposas que ni siquiera se había percatado de llevar puestas. La niña sintió alivio, aunque no sabía que aquel recinto era una cárcel clandestina. Un convento cárcel o la cárcel de mujeres del lugar, nunca lo supo bien.

Su estancia en ese lugar fue corta. Recuerda las rejas y portones de fierro que se abrían a su paso. Traspasadas al menos tres puertas, la religiosa que la acompañaba llamó a alguien de nombre Nury, una mujer de entre 30 y 40 años, a quien la monja dio instrucciones; llevar a la recién llegada a una celda y no establecer mayor contacto con ella: “Las instrucciones son que no hable con nadie”.

La mujer joven asintió y la monja se marchó cerrando un pesado portón de fierro. La joven mujer la abrazó, le preguntó su edad y su nombre, ella dijo llamarse Nury y que era la esposa de un dirigente socialista que había sido fusilado. Recordó a su padre y hermanos —todos militantes socialistas— y se sintió un poco acompañada. La mujer le preguntó si tenía hambre y ella respondió que solo quería bañarse: “Si las monjas nos pillan se van a enojar y podrían castigarnos a ambas, por lo que solo podrías bañarte con agua fría”.

Entonces asintió. A los pocos minutos, un chorro de agua fría caía sobre su cuerpo desnudo. Lavó su cabello largo y enrulado, el agua que corría por su cuerpo era un bálsamo para su dolor.

Cuánto tiempo pasó, no lo supo. Al poco rato y, luego de secarse con su ropa y con su pelo mojado aún, se recostó en un camastro pequeño que tenía un colchón y una frazada. Sola, en una celda pequeña y oscuras sintió el frío, el dolor en su cuerpo se hizo más agudo y volvió a recordar a su madre para poder dormir.

Al amanecer, Nury la despertó para dirigirse a un comedor a desayunar. Allí había varias mujeres más, vigiladas por religiosas quienes repartían té y pan con algo dulce. Las otras mujeres la miraban con extrañeza y murmuraban entre ellas. Nury se sentó a su lado y le insistió que comiera, pues no sabía lo que le esperaba; era mejor alimentarse para tener fuerzas. Luego del desayuno, una de las religiosas la llamó a un costado y le dijo que vendrían por ella. Su estómago se revolvió, sintió náuseas y pidió ir al baño. Otra vez fue Nury quien la acompañó e insistió que debía volver al comedor y alimentarse. Sin saber la razón, obedeció a esa mujer, tomó su taza de té y comió el pan. Años más tarde, en la nómina de ejecutados por la caravana de la muerte descubrió el nombre de Pedro Pérez; socialista, periodista y director de una radioemisora y esposo de Nury, la mujer que conoció en la cárcel y que le ayudó.

Pasadas algunas horas se abrieron los portones de fierro. Apareció una de las religiosas quien le comunicó que la venían a buscar; miró a Nury y se despidió de ella con la mirada, como si los ojos de esa mujer la abrazaran.

Los hombres que llegaron no eran los mismos del día anterior. Le dijeron que debía regresar a Iquique en tren y que ahora la llevarían a la estación del lugar, para esperar el tren de la noche. Salieron a la calle de día y llegaron a una vieja estación de trenes con un letrero en que se podía leer «Copiapó». La llevaron a una celda oscura con solo un ventanuco muy alto, barrotes y un camastro adosado a la pared de esa celda. Muchos años más tarde, se enteró de que existe este tipo de recintos en todos los terminales terrestres y aéreos.

Se sentó en el camastro y pensó en su familia; en su madre, en su padre y sus hermanos, ¿sabían ellos por lo que estaba pasando? Rogó porque no se enteraran de nada. La aterraba imaginar la reacción de sus hermanos. Pensó en su carrera, en sus compañeros de universidad, imaginando sus caras cuando les contara. Decidió que contaría a alguien lo sucedido, incluso a su familia, amigas y amigos, pero obviaría detalles.

De pronto, escuchó el típico sonido de un tren acercándose. Todo su ser se puso alerta. Escuchó las voces de los hombres que la habían dejado en ese

lugar, ahora acompañados de un hombre pequeño y regordete, de aspecto bonachón. Los hombres conversaron entre ellos mientras la esposaban y sacaban de la celda en que estuvo quizás cuántas horas.

La primera reacción de este nuevo personaje fue decirles: “¿esta es la terrorista?”. Su aspecto deslavado con menos de 45 kilos, su metro y sesenta y un centímetros del que se sentía orgullosa, su cabello largo y crespo, su vestido largo en tonos pastel, sin espalda y sin ningún tipo de maquillaje —nunca, ni ahora después de grande—. “¡Me están hueviando!”.

Le devolvieron su maleta con artículos personales y su neceser. Su cartera con dinero y otras pertenencias, quedó en alguno de los lugares en que estuvo antes, pero su cédula de identidad le fue entregada a este nuevo personaje del que, se enteró en ese momento, era de la policía de investigaciones.

Cuando quedaron solos y antes de subir al tren, el hombre le quitó las esposas y le dijo que no tuviera miedo, que él no era milico sino un policía profesional al que habían encargado la misión de llevar a una mujer terrorista a Iquique. “Si se porta bien conmigo, no tendremos problemas”. Ese “si se porta bien”, le provocó un nuevo sobresalto. Subieron al tren, el hombre la guio hasta un coche sin ventanas, con un camarote. Su estómago se volvió a tensar. El hombre se dio cuenta y le dijo: “Mire mijita, no tenga miedo, yo la voy a llevar hasta Iquique sana y salva y allá la voy a entregar a mis colegas de investigaciones”; y volvió a repetir, “nosotros no somos como los milicos”. El hombre había entendido todo.

El viaje

El tren era de trocha angosta con aquellos rieles más cercanos a los del ferrocarril común. La velocidad no superaba los 50 kilómetros por hora y, en sectores de cuevas, era tan lento que se podría bajar y caminar al lado de las vías. La idea de bajarse del tren y correr se cruzó en un momento por su cabeza, pero ¿correr adónde, para qué?; huir de su captor, pero huir de qué. No sabía por qué estaba detenida; su pololo había sido preso luego de la fiesta del matrimonio de su hermano mayor y su familia, los mismos con quienes había viajado luego de visitar a sus padres para pedirles permiso, la habían embarcado en un avión para evitarle la pena de ver a su pareja detenida. Como la niña que era, aceptó todo lo que le dijeron. Años después, pensaba que jamás debió haber regresado sola y que esta situación la expuso a lo que nunca debió vivir. Ante el miedo y el horror, jamás había que dejar a nadie solo. Había que permanecer unidos, ¡siempre! Eso lo aplicó en su vida con quienes más amaba, brindándoles su presencia y protección permanentes.

Como tantos sucesos de esta historia, el viaje fue lento y no recuerda exactamente cuánto duró. Calcula que, al menos, permaneció un día y una

noche en esta cárcel móvil. Recuerda perfectamente despertar en el camarote en la cama inferior y que el hombre que la custodiaba le indicara que se lavara para ir a desayunar: “Mire m’hijita, vamos a ir al coche comedor a desayunar. Si preguntan, yo diré que es una sobrina. Usted no hable nada”.

Llegaron a un coche de madera, con asientos de madera y mesas entre ellos, con capacidad para cuatro personas; se sentaron frente a un par de hombres mayores con quienes se saludó y la presentó como una sobrina. Los hombres la miraron, tendieron sus manos y la saludaron sin darle mayor importancia a su presencia.

Se había cambiado de ropa y usaba jeans con una camisa ancha. Recuerda la conversación de los tres hombres quienes, entre risas, recordaban a una mujer de nombre Isabel Casas Cordero, al parecer muy hermosa y admirada por ellos. Este nombre nunca desapareció de su memoria, tal vez porque la recordaban con afecto y admiración, pero también con respeto.

Permanecieron en este coche por algunas horas. Recordó las palabras de Nury en la cárcel de mujeres y se alimentó. Pidió permiso y se dirigió al servicio higiénico donde permaneció algunos minutos. Los recuerdos se nublan y vuelve a recordar cuando el hombre le comunica que están cerca de Iquique y regresan al carro dormitorio para recoger sus pertenencias. El tren se detiene y el hombre le pide que entienda que debe volver a ponerle las esposas antes de entregarla a sus colegas de Iquique, “si no, me puede llegar a mí”, le dice encogiéndose de hombros. La niña le mira y le da gracias. El hombre se ruboriza y mira hacia otro lado.

Ambos descienden del tren cuando ya casi todos los demás pasajeros lo habían hecho. El hombre carga su maleta y su neceser. En la estación ya no quedaba mucha gente, cuando dos hombres se acercan. El tiempo le ha hecho olvidar sus rostros. Saludan al hombre que la conducía y se dirigen fuera de la estación, donde les esperaba un vehículo en el que la trasladaron hasta el cuartel de investigaciones de la ciudad. En ese lugar la hicieron esperar en una sala en donde le hicieron algunas preguntas relacionadas con su identidad. Recuerda que cuarenta años después volvió a ese lugar y su corazón volvió a latir aceleradamente. A los pocos minutos de permanecer en este recinto el hombre que la había trasladado se despidió de ella: “que le vaya bien m’hijita”. No supo si reír o llorar; solo atinó a decir gracias desde el fondo de su alma.

Transcurrido un tiempo en que se comunicaban, al parecer, con superiores, apareció su compañero: un muchacho de 25 años que, a esa edad, era director de la empresa minera Andina y militante del MAPU. Pedro, al verla, gritó:

—¡No, ella no! ¡Ella no sabe nada!

Les permitieron acercarse y la niña vio con horror el rostro de su compañero, lleno de moretones, cortes y magulladuras. ¿Cuánto había pasado desde que bailaban en el matrimonio de Jorge y Ely?

Al regresar a la hostería Cavanha en que se alojaban, encontraron las habitaciones revueltas y a don Jorge, padre de Pedro, entrando a la pieza que ella compartía con la madre y la hermana de él, diciendo entre sollozos:

—Se lo llevaron...

Ella trató de sonreír. Les permitieron aproximarse y él le preguntó qué había pasado. Ella solo se limitó a decir que la habían bajado del avión para devolverla a Iquique; no podía agregar más dolor al que él ya estaba sufriendo.

—La cabra pa' la cárcel de mujeres y al huevón lo vienen a buscar los milicos...

Su corazón dio un vuelco. Pensó en los miles de asesinados por el ejército de su país, en sus cadáveres encontrados en el lecho del río... No pensó en ella ni en lo que había sufrido. Esa sería una constante en su vida.

Solo pudieron despedirse con la mirada; él lloraba, ella sonreía.

La llevaron esposada y la entregaron otra vez a religiosas que custodiaban la cárcel de mujeres en la ciudad de Iquique. Nuevamente los portones de fierro y una habitación muy pequeña con un camastro. Volvió a rezar, a pedir a Dios y a la Virgen que la cuidaran y se durmió. No recuerda cuántas horas; sólo que hacía calor y se despertó muy temprano, con hambre.

Al poco rato llegaron a despertarla y la llevaron a una enorme sala con mesas grandes y bancas para desayunar. Nadie se acercaba, hasta que una mujer muy mayor, con la cara surcada por las arrugas, se sentó frente a ella y le confió que también era presa política. Su nombre era María, le decían «la Abuela» y dijo ser militante del Partido Comunista.

Cuando la niña le dijo que no era militante, aunque su familia era de izquierda, la mujer la miró un poco incrédula:

—Y entonces, ¿por qué te trajeron?

—No lo sé —respondió.

Esa fue la misma respuesta que le dio a los dos uniformados que la interrogaron durante su estadía en la cárcel.

Por la mañana la sacaban de su celda y la llevaban al mismo comedor del desayuno, donde un hombre de cabellos y ojos claros la interrogaba sobre su militancia en el MAPU y la razón de su viaje a Iquique. La respuesta siempre fue la misma:

—Vinimos al matrimonio de Jorge.

Cuando mencionaron dinero para pasarlo a Perú, su cara de asombro seguramente convenció al hombre —al parecer un oficial—, quien ordenó a las monjas que levantarán la incomunicación.

Por la tarde-noche venía otro sujeto: un hombre alto y delgado, cuyo aspecto le recordaba a Barnabas, el vampiro de una serie que veía con su familia. Al parecer él era quien tenía el rol de intimidarla, porque la amenazaba con su familia, con no verlos más si no le decía la “verdadera” razón del viaje.

Así pasaron los días. Uno de esos le dijeron que tenía visita: eran Jorge y Ely, quienes la fueron a visitar en la cárcel. Le llevaron una inmensa caja de chocolates que ella compartió con sus compañeras de encierro. La tranquilizaron diciéndole que un abogado estaba encargándose de su situación y la de Pedro.

Ella solo atinó a decir gracias. Ya no confiaba en nadie; el padre de Ely era el director de un diario de la ciudad y partidario del dictador.

Una mañana volvió el hombre de ojos claros, vestido de uniforme. Al insistir con las preguntas, por primera vez ella lloró y le explicó que tenía 19 años, que estaba por cursar su tercer año de universidad, que no era militante de ningún partido; que, si buscaban terroristas, ella no lo era; que sólo sentía un profundo compromiso con los pobres de su patria y eso no era delito; que el mismo Jesucristo había tomado una opción por los pobres, ¿cómo podía ser delito?

Finalmente, le recordó que tenía también un tío militar y que el oficial se le parecía en sus ojos azules. Una reflexión infantil, pero que al parecer conmovió al sujeto, porque esa tarde fue puesta en libertad.

La esperaban Ely y Jorge, a quienes pidió volver esa misma noche a Santiago. Se embarcó en un bus que, luego de casi 24 horas de viaje, llegó a la capital. Un taxi la llevó al hogar de su familia.

Al traspasar el umbral de su seguridad vio, con dolor, que sus padres habían encanecido casi por completo, mientras su mascota lloraba y gemía por volverla a ver.

Una canción para volver

El golpe había sido duro. Casi una decena de viejos guerreros permanecían aislados en una cárcel, con una fuerte custodia, esperando saber cuál sería su destino.

La cosa se veía mal. A pesar del aislamiento y la vigilancia, algunas informaciones se filtraban entre piedras y barrotes. El planeta parecía haber dado un giro veloz, saltándose una época de su historia. Revoluciones hace poco triunfantes y llenas de mística juvenil, perdían las elecciones democráticas, que sólo el esfuerzo y sacrificio de miles habían permitido. Países de un socialismo consolidado por décadas, eran derribados por revueltas masivas, incomprensibles para quienes se habían acostumbrado a considerarlos definitivos, petrificados en sus aciertos y errores.

Antiguos compañeros pretendían sumergirlos en un conveniente olvido, así como toda su juventud rebelde y creativa, marchitándose entre cálculos electorales y esfuerzos de sobrevida en un mundo desconocido y hostil.

Un día, vinieron a buscarlos de su aislamiento para encaminarlos a otro lugar del presidio, que calcularon cerca de la entrada. En murmullos se preguntaban si sería un traslado, si seguirían juntos o serían separados, si volverían acaso al lugar de los primeros y brutales interrogatorios, y qué pasaría con las compañeras detenidas en otro lugar. Fueron encerrados en un local amplio y limpio, sin ningún tipo de amoblado, pero con puerta y ventana de sólidos barrotes. Allí se sentaron agrupados en el suelo, la espalda contra la pared; hombres jóvenes, venidos de distintos lugares de América, de los barrios pobres del sur del continente y un rubio que aún construía mal sus frases, con acento y palabras del norte.

Cada uno con sus historias, andinas, porteñas, exiliadas, pero compartiendo un fondo común de cultura mestiza y disposición a olvidar las fronteras en una lucha común.

Luego de un breve momento de conversación, una especie de contenida pesadumbre los fue silenciando, la nube negra de los malos presagios amenazaba aplastarlos, quitarles la dignidad con que habían enfrentado su derrota. Era uno de esos momentos en la vida en que cada persona se mide consigo misma, busca en sus ideas, en sus memorias, en sus sentimientos más profundos, el sentido de su existencia.

Quizás sin mucha elaboración o, peor, cubriendo de conceptos ese impulso escondido, que tanto sostiene como amenaza arrastrarte al menor descuido. Cada uno enfrentaba la rabia por la derrota, la aprensión por una muerte aún posible o, peor aún, el miedo al vacío y sinsentido del futuro entrevisto. Cada uno, en su silencio, alejándose de los compañeros, de la comunidad que había sido hasta entonces parte central de sus identidades, viendo evaporarse lo que había sido el pilar de sus existencias. En esos momentos basta un pequeño impulso, una palabra, cualquier hecho sin importancia, para lanzar a ese grupo por un camino sin vuelta, un desarme definitivo o un sobresalto de energía y fe en lo que han sido y soñado.

Quiero creer que quien dio ese paso en esta ocasión, previó y calculó el efecto de su gesto, dando una razón al respeto y afecto que despierta en mí su relato. Quizás sólo expresó abiertamente lo que crecía en su interior, como cada uno lo hacía en silencio a su alrededor, lo que no reduce en nada el mérito de su gesto. El caso es que, en medio de ese silencio, con una voz que comenzó baja, pero fue subiendo y afirmándose a cada verso, comenzó a cantar una vieja canción mexicana, que por supuesto hablaba de amor y despedidas:

*Cuando lejos me encuentre de ti
Cuando quieras que esté yo contigo
No hallarás un recuerdo de mí
Ni tendrás más amores conmigo...*

Una a una las cabezas se fueron levantando, algunos comenzaron a seguirlo y, al poco rato, los que no conocían la canción tarareaban acompañando al cantor. Quienes vigilaban afuera, sorprendidos por el canto que seguía en un tono bajo, casi de oración colectiva, vinieron a observar lo que ocurría sin entender cómo esas personas podían cantar en esos momentos.

Lo importante es que los improvisados cantores se miraban unos a otros, como animándose a seguir el coro, pero también reconociéndose compañeros, amigos, familia, militantes de una misma causa; sintiéndose aún vivos y, por lo tanto, aún en condiciones de luchar, de cambiar el mundo y su propio destino, fuera cual fuera el que otros les preparaban.

Recordaron los amores que habían dejado atrás por cumplir con sus deberes, las amistades suspendidas, los esfuerzos realizados, los y las que habían quedado en el camino, todo volvía a rodearlos en el escenario en que aún eran actores, donde la obra continuaba:

*Fuimos nubes que el viento apartó
Fuimos piedras que siempre chocamos
Gotas de agua que el sol reseco
Borracheras que no terminamos...*

El resto se convirtió en historia, en otra historia. La historia de un grupo de locos y locas que se presentaron para una misión casi imposible, en momentos que en todo el mundo, sus sueños y proyectos, los logros de varias generaciones, eran destruidos, aplastados, calumniados, incluso negados por quienes pocos meses atrás juraban vivir y morir por la revolución. Pero ellos se pusieron de pie y lucharon; en el fondo de cada uno, una vieja canción que hablaba de amores y ausencias, los empujaba a luchar por su libertad, por la vuelta a lo que consideraban su puesto de combate, su lugar en la vida.

*En el tren de la ausencia me voy
Mi boleto no tiene regreso
Lo que tengas de mí te lo doy
Pero yo, te devuelvo tus besos...*

No era importante la canción en sí, lo que decía. El dolor expresado era suficiente para hacerlos sentir vivos de nuevo, para no querer resignarse a él, para no querer que en él sucumbieran sus amores, sus proyectos, sus vidas.

Quizás otras canciones, en otros lugares, puedan entregar las mismas energías a quienes las compartan, ojalá que los ritmos actuales puedan algún día sostener nuevos cantos de lucha.

Yo seguiré sintiendo, cada vez que escuche una ranchera, que ahí están mis compañeros, mis hermanos, en esas canciones, en esos sentimientos que se comparten, como el pan, como el vino, como nuestros sueños de justicia.

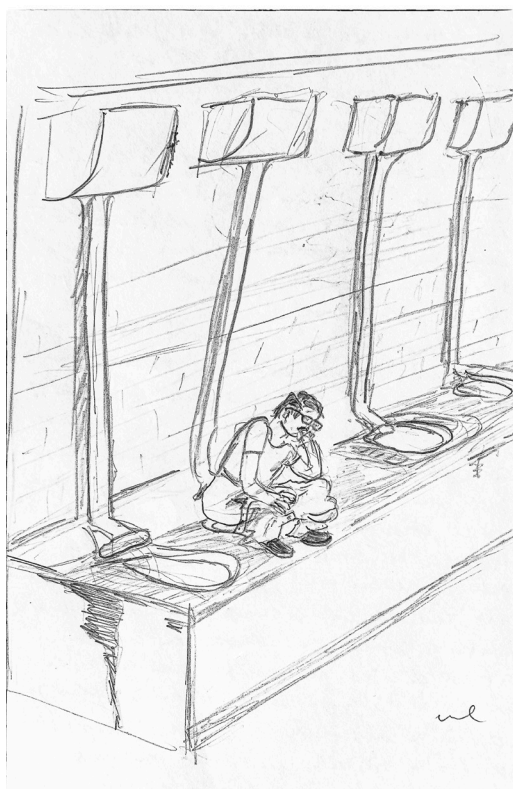
*No volveré
Te lo juro por Dios que me mira
Te lo digo llorando de rabia
No volveré...*

Salvador Acevedo

Las toillettes de la Cárcel Pública de Santiago

En la cárcel pública de Santiago debíamos hacer nuestras necesidades en unos retretes que estaban empotrados en una estructura con forma de paralelepípedo, un rectángulo de cemento.

Para orinar no era problema, bastaba con acercarse al equipamiento y vaciar la vejiga. Pero cuando se trataba de obrar, la maniobra era más complicada porque una de dos, o buscábamos una hoja —de preferencia en El Mercurio— que instalábamos cuidadosamente en los contornos del retrete y nos sentábamos también cuidadosamente, o simplemente nos encaramábamos en el paralelepípedo de cemento para vaciar en cucullas el vientre. Las primeras veces, con el pudor propio del acto nos sentábamos. Con el pasar de los días se fue imponiendo la segunda fórmula.



Boceto del autor

Este acto privado que guarda relación con lo más interior de la vida de una persona, que corresponde a tus sentimientos y formas íntimas de vida, teníamos que hacerlo en público puesto que estos retretes estaban instalados en el lado poniente del largo patio en donde paseaban centenares de compañeros reclusos. De tal suerte que aprendí a cagar en público.

Los primeros sentimientos de vergüenza al exhibir mi cuerpo y en particular mi culo desnudo, fueron desapareciendo con sorprendente rapidez. Ya no era impresionante ingresar al patio y observar a tu derecha dos o tres compañeros cagando... en público; y nos acostumbremos rápidamente. Pasaron las semanas y el acto de cagar se fue transformando en un acto social:

—Te invito a cagar.

—Ya po' —respondía.

Partíamos, nos agachábamos en cuclillas y al mismo tiempo que cagábamos, conversábamos de muchos temas, generalmente políticos o simplemente de lo humano y lo divino, como si estuviéramos en el living de nuestras casas.

Ángel Negrón Larre

El mundial de fútbol de Alemania 1974 desde la Cárcel

Por si no lo saben, la selección de fútbol chilena clasificó al mundial de fútbol de 1974 que se organizó en Alemania Federal, cuando había dos Alemanias. La clasificación se obtuvo en un partido definitorio de repechaje con la poderosa escuadra de la Unión Soviética. Si Chile ganaba esta última etapa, clasificaba.

El partido de ida debía concretarse a pocos días del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, en un momento de gran tensión política entre la dictadura que se impuso en Chile y el gobierno de la Unión Soviética, que había decidido romper unilateralmente relaciones diplomáticas con el gobierno chileno.

La delegación chilena, sometida a chantaje por los militares que la acompañaron, debió hacer el viaje a Moscú a fines de septiembre y tras un frío recibimiento de los rusos, porque EE. UU. había reconocido a la junta militar, el partido tuvo lugar concluyendo en un empate a cero. La prensa deportiva chilena consideró el resultado un éxito ante tan poderoso rival.

Corría el mes de noviembre de 1973 y correspondía jugar el partido de vuelta, ahora en Santiago, pero la selección soviética se negó a venir a Chile. Tanto el gobierno como la Federación de Fútbol soviéticos estimaban que no era ético jugar en un recinto que era utilizado como centro de detención de “patriotas resistentes”, en donde se practicaba la tortura y se realizaban ejecuciones sumarias; ellos no jugarían en un césped que “estaba aún ensangrentado por las víctimas del régimen dictatorial chileno”, argumentaron.

La FIFA eludió los cuestionamientos de los soviéticos, señalando que los temas políticos estaban fuera de su área de acción. Varias federaciones de fútbol apoyaron la postura de la URSS, pero la FIFA buscó salir del impasse enviando una delegación a Chile para visitar el Estadio Nacional y emitir un informe que fue favorable a la realización del partido. Conocida la decisión de la FIFA, El Mercurio de Santiago publicó en su portada una foto, con unos señores encorbatados quienes, bromeando y caminando sobre el césped del Estadio Nacional y como fondo las graderías vacías, realizaron la inspección del recinto.

Pocos días antes del 21 de noviembre de 1973, el estadio fue desalojado de los prisioneros que cumplían ya más de sesenta días viviendo en las graderías. El gobierno optó por dejar algunos pocos en libertad, pero la gran mayoría

fue enviada a otros centros de detención en Santiago. Otro importante contingente, particularmente los trabajadores de los cordones industriales, fueron trasladados a Chacabuco, una antigua oficina salitrera en el norte de Chile transformada en centro de detención.

El hecho es que ese 21 de noviembre de 1973 la FIFA ordenó a la selección chilena salir al campo de juego. El estadio estaba lleno de militares armados, en las galerías, en los túneles, en la entrada. Por todas partes relucían sus atuendos y armamento de guerra demostrando que ellos tenían el control del recinto. Entonces se produjo uno de los hechos más burdos de la historia del fútbol.

La FIFA, cuyo presidente era a la sazón el brasileño João Havelange, ordenó que la selección jugara el partido sin rival, con escaso público y sin retransmisión del match. Luego del pitazo inicial del árbitro, cuatro jugadores chilenos avanzaron por el césped pasándose el balón entre ellos, sin oponentes. Al llegar a la zona del área y tal como lo habían acordado previamente, el capitán de la selección chilena, Francisco «Chamaco» Valdés, chuteó el balón hacia una portería vacía y anotó el único gol del encuentro. El árbitro sonó el silbato de fin del partido: la farsa culmina.

La selección chilena de fútbol clasificó para ir al mundial de Alemania 1974, pero no hubo festejos, banderas ni manifestaciones de alegría. Leonardo Véliz, uno de los protagonistas de estos hechos, contó posteriormente que después de este “trámite” volvieron a salir al césped del estadio para jugar esta vez con el Santos, partido que el equipo brasileño ganó 5 a 0. “No estábamos para jugar contra los brasileños. Ellos dieron el espectáculo”, señaló.

La junta militar de gobierno hizo todo lo que estuvo a su alcance para que ambos partidos se jugaran en el Estadio Nacional, pues ante la presencia de numerosos medios extranjeros, su intención era dar una imagen de normalidad ante el mundo. La dirección de la FIFA simplemente cerró los ojos al horror vivido en este lugar mostrándose condescendiente con el incipiente régimen militar.

Muchos años más tarde, algunos jugadores de la época reconocieron que posiblemente debieron negarse a jugar, pero su juventud y los deseos de participar en un mundial pesaron más que las consideraciones éticas. Sin embargo, la estatura moral del gobierno y la Federación de Fútbol de la Unión Soviética, nunca se han reconocido.

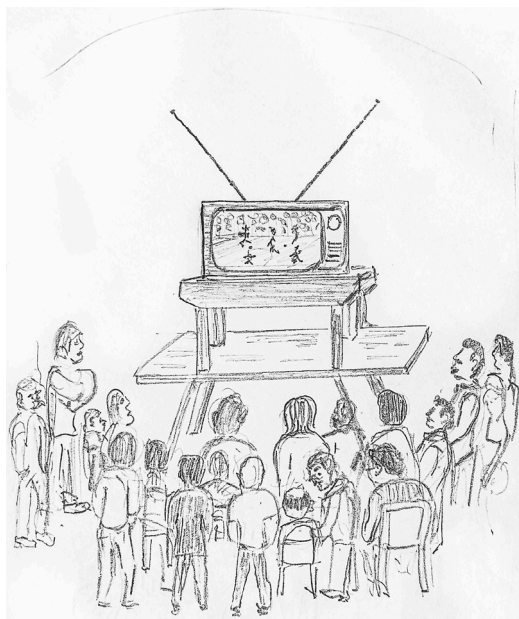
La grotesca puesta en escena del 21 de noviembre de 1973 en el Estadio Nacional pasó a convertirse en una de las tardes más ominosas en la historia

del fútbol, cuando el deporte del balón pasó a servir los intereses políticos de una dictadura, mientras otros miraban hacia el lado, indiferentes a las miles de víctimas que vivían allí el horror.

Llegó el día de la inauguración

Más tarde, la selección chilena fue al mundial. En todos los lugares del mundo, en los hogares, en los espacios de trabajo, en centros educativos, en los campos, el público se sentó frente a un televisor para presenciar el magno evento.

En Santiago, dentro de la cárcel pública de calle General Mackenna, los presos también instalaron un televisor blanco y negro —no había televisión a color en esa época—, algunas bancas y sillas que completaban el decoro de la improvisada mini galería. Nos dispusimos para seguir con entusiasmo las alternativas del mundial. Entre los prisioneros había algunos que sabían de fútbol y eran respetuosamente escuchados. El interés por este deporte era unánime entre nosotros, puesto que hacía solo diez años el mundial se había realizado en Chile. Nuestra selección, por única vez en la historia, logró el tercer lugar. Desde entonces, el fútbol atraía a gran parte de nuestra sociedad.



Boceto del autor

La jornada inaugural de la X Copa Mundial de Fútbol se realizó en la República Federal Alemana —RFA— el 13 de junio de 1974. Una vez anunciada, cada delegación realizaba un breve acto artístico, luego de abrirse en diez partes los enormes balones de fútbol que cobijaban en su interior a los artistas encargados del cuadro típico de cada país. La base de los balones de fútbol gigantes, una vez abiertos, se convertía en un escenario de unos cuatro metros de diámetro, lugar en que se producía el espectáculo.

Al llegar el turno de Chile, el locutor oficial anuncia Cantos y Danzas de Santiago. El público reaccionó de inmediato: pifias y aplausos. La silbatina fue espontánea cuando aparecieron Los Huasos Quincheros en tenidas de los patrones de fundo de la zona central del país, acompañados de cinco señoritas disfrazadas de chinas interpretando el «Chiu chiu».

Distinguíamos a las mujeres con sus delantales blancos, símbolo para los huasos de mujeres a quienes les corresponden las labores domésticas. Enseguida una huinca de tez muy pálida esbozó un canto mapuche, disfrazada con los atuendos típicos de este pueblo originario. El locutor oficial explicaba a los televidentes que se trataba de un homenaje a los pueblos autóctonos de Chile. La cantante fue entonces interrumpida por un coro que interpretaba «La Jardinera» de Violeta Parra. A esas alturas, el éter del estadio estaba copado de pifias y aplausos. Ahora, cuatro huasos se adelantaban e interpretaban el «Gallito de la pasión», seguido de «Chicha de Curacaví», cueca que fue danzada por huasos y chinas. El locutor volvió a tomar la palabra señalando: “han observado Cantos y Danzas de Santiago representando a Chile”, mientras los artistas saludaban al público con pañuelos y sombreros.

Fue una breve pero aleccionadora expresión de lo que representaba el arte en tiempos de dictadura. El público del estadio aplaudió con respeto el término de la actuación y fue en la única de las dieciséis delegaciones que se vieron esa tarde, en la que se oyeron rechiflas.

Así culminó la primera transmisión del evento. Todavía me sorprende el ánimo de la gente que me rodeaba, el entusiasmo con que se organizaban y realizaban los quehaceres. Me instruyeron sobre los códigos internos, en fin, todo me parecía irreal en esta nueva situación que me tocó vivir y, pese a todo, nada resistía a la fiebre mundialera.

La primera tarjeta roja

Al día siguiente le correspondía jugar al equipo de Chile su primer encuentro. En la cárcel de Santiago nuevamente se dispusieron en el patio las

sillas y bancas, la mesa en el medio como era ya costumbre, el cajón para dar altura y el aparato de televisión para ver la contienda deportiva.

La selección de Chile debutaba contra Alemania Federal, equipo dueño de casa y favorito para llevarse el mundial. La presentación de la selección chilena era claramente inferior al equipo anfitrión y Alemania ganó la contienda por la cuenta mínima.

En aquella oportunidad se vivió otro hecho desagradable para los registros del fútbol chileno, durante ese mundial se instauró la modalidad de las tarjetas para sancionar las infracciones y le correspondió a Carlos Caszely recibir la primera expulsión de la historia por tarjeta roja cuando se le aplicó este castigo a los 67 minutos del encuentro.

El inolvidable gesto de unos jóvenes alemanes

El desempeño en las últimas actuaciones del seleccionado chileno en Alemania, habían sido: frente a Alemania Federal 0 a 1, ante la República Democrática Alemana 1 a 1. Ahora estaba jugando frente a Australia.

De pronto, desde un costado de la cancha, irrumpió corriendo un grupo de nueve personas llevando una bandera chilena de grandes dimensiones: en la franja blanca de la bandera se podía distinguir con grandes letras negras la palabra: CHILE. En la cárcel todos comprendimos lo que estaba sucediendo y por un segundo nuestras pupilas se cruzaron. El estadio estalló en pifias mientras los jóvenes corrían hacia el centro del campo de juego en donde desplegaron la bandera en el suelo y luego la izaron a modo de una pancarta.

En Alemania los jugadores detuvieron el juego. Los seleccionados chilenos observaban, estupefactos lo que estaba ocurriendo. Desde el otro costado de la cancha, una veintena de policías ingresó al terreno de juego y comenzó a detener a los manifestantes. Ellos no opusieron resistencia y fueron sacados rápidamente del campo por la policía. El fútbol se reanudó, la selección no pudo ganar y no clasificó a la etapa siguiente. Así culminó la presentación de la selección chilena en Alemania 1974.

En la cárcel, el gesto de aquellos jóvenes alemanes que ingresaron al campo de juego quedó grabado para siempre en mi memoria al expresar de esa manera su apoyo al pueblo de Chile y hacia quienes sufríamos tortura y prisión. Fue un gesto de solidaridad, un gesto de humanidad que nunca olvidaré(los). A veces, lo más hermoso dura escaso tiempo, hasta puede ser fugaz. Sin embargo, ese acto nos indicó que desde muchas partes del mundo pensaban en nosotros y buscaban la forma que lo supiéramos.

Si alguno de aquellos jóvenes, hoy adultos, protagonistas del ingreso con la bandera de mi patria al Estadio Olímpico de Berlín ese 22 de junio de 1974, se llegase a encontrar con estas líneas, quiero que sepa que su gesto fue recibido por nosotros como ellos lo querían; como una manifestación de amor y solidaridad, así lo sentimos todos quienes presenciábamos ese partido en la cárcel pública de Santiago.

Ángel Negrón Larre

Las Gubias

Patricia llega atrasada a clases y se sienta rápidamente a mi lado sin que el profesor se entere de su llegada. Me pasa su cuaderno en el que puedo leer «la DINA busca a Sergio». Sergio, veintidós años, su hermano mayor, estudiante de la Universidad de Chile, militante socialista. Hace ya unos meses el terror se instaló en nuestro país.

En la U hemos visto cómo pasean a compañeros y, al que se acerca a saludarles, lo toman detenido. Vivimos cuidándonos unas y unos a otras y otros. Mi escuela esencialmente femenina, la carrera de Servicio Social, ha sido devastada. Ya no están los compañeros del MIR, socialistas, comunistas y de otros movimientos como el MAPU. En general, los militantes ya no están. La escuela se ha vuelto sombría y sabemos que nos llevarán al pedagógico para controlarnos mejor.

Termina la clase y Patricia se marcha a su casa, no sin antes pedirme que si llega a faltar a clases llame a su casa para saber de ella y su familia. Hace apenas unos meses asistimos a un taller de tallado en madera organizado por compañeros artesanos y le presté un juego de gubias —herramienta utilizada para grabar la madera—. “Isa, llama y pregunta por las gubias que me prestaste”. Parte presurosa.

Han pasado dos días y Patricia no ha vuelto a clases; marco con temor el número de teléfono de su casa. Una voz desconocida me contesta. No es el tío Jorge ni la tía Rosita... pido hablar con Patricia al otro lado del teléfono y el hombre que me contesta me pide identificarme. Ya sé de quién se trata. “Soy Isabel, compañera de universidad de Patricia y la llamo porque necesito que me traiga mis gubias”. El hombre se queda en silencio, al parecer tapa con su mano el auricular y llama a Patricia.

—Hola Paty, ¿cómo estás?, ¿por qué no has venido a clases?

—Hola Isa, he estado un poco resfriada.

—¿Quién me contestó?

—Un amigo de la familia...

Sé que no es un amigo. “¿Cuándo vendrás a la U?, necesito que me traigas mis gubias”, “Ah Isa, una gubia se me perdió, no la podemos encontrar...”. Sé que se refiere a Sergio. Sin duda lo están buscando.

—Bueno, no te preocupes cuando vuelvas a clases me las traes y si una se pierde no importa. ¿Sabes?, quería pedirle a tu mami la receta del pie de limón, ¿crees que pueda därmela ahora?

—Isa, estamos con visitas ahora, cuando se vayan le pediré a mamá que te llame. Disculpa, ¿ya?, lo hacemos así.

Cuelgo el teléfono con la sensación de que algo terrible está pasando en casa de mi amiga y compañera. No sé qué hacer, mi llamado lo hice de un teléfono público cercano a mi escuela. Camino desolada, sé lo que es el terror, yo ya lo viví.

Dejo pasar un par de días, pero sé que debo volver a llamar. Termina una clase y salgo al frontis de mi escuela. Detrás de la reja veo a alguien que me llama por mi nombre... es un hombre que no conozco, jockey, lentes oscuros. Me acerco no sin temor. Ya más cerca veo que es Sergio, el hermano de Patricia. Nos abrazamos. A borbotones le cuento: "Patricia no ha venido a clases, al parecer hay agentes de la Dina en tu casa. ¡No te aparezcas por allá!". Me lo confirma, algo le había dicho un compañero que vive cerca de la casa de sus padres. "Gracias Isa. Por fa', si puedes, vuelve a llamar para saber si están aún en casa o los han llevado a un lugar de detención. Yo pasaré por acá mañana nuevamente".

Esa tarde llamo a Patricia de vuelta y se repite lo de la llamada anterior, un desconocido contesta el teléfono y me comunica con ella.

—Paty, ¿cómo estás?, ¿te mejoraste?

—Sí Isa, estoy mejor.

—¿Sabes?, te llamo para decirte que encontré en casa una gubia, seguramente es la que tú no encuentras, así que no te preocupes, cuando vuelvas a clases me traes el resto del juego.

—Qué bueno Isa que la encontraste.

Pasan un par de días y Patricia vuelve a clases... nos abrazamos, no recuerdo si lloramos. Me cuenta que, durante más de una semana, ella y toda su familia estuvieron con arresto domiciliario con seis hombres armados en su casa; que temían por la vida de Sergio; que si se hubiera presentado lo habrían tomado detenido o tal vez acibillado frente a su familia; que constantemente los amenazaban, hasta a su abuela octogenaria.

Sergio vivió en casa de distintos amigos y familiares durante mucho tiempo hasta que cayó en manos de agentes de la Dina y, luego de escapar de ellos, logró refugiarse en el Comité pro Paz para marchar con su familia al exilio en Francia, donde permanece hasta ahora.

Hace unos años, mi hijo pequeño me dijo que debía llevar unas gubias al colegio y me preguntó: "Mami, ¿para qué sirven las gubias?". De mi corazón brotó la respuesta: "¡Para salvar vidas, hijito!".

Olvido

*El hombre es como la luna,
con una cara oscura que a nadie muestra.*

Mark Twain

La encontré una fría mañana de julio, la divisé de lejos y corrí a su encuentro, la llamé por su nombre, pero no me escuchaba o, tal vez, no me quería escuchar, hasta que llegué a dudar que fuera ella... Se veía más flaca y en realidad su apariencia no era la misma. Apuré el paso, pero yo no podía abandonar la intención de alcanzarla, quería advertirle que no volviera... De repente, se detuvo y pude llegar a ella... se mostró distante, como si no me conociera. Llorando le conté que habían llegado a buscarla al colegio y que el presidente del centro de alumnos pasó sala por sala pidiéndonos que la denunciáramos si la veíamos y nos dio un número telefónico para que avisáramos de su paradero. Entre lágrimas me contó haber escapado de una detención domiciliaria, una ratonera.

Miré a mi alrededor, la calle estaba desierta. Sin embargo, sentí que era preferible conversar a puerta cerrada, protegida de posibles miradas ocultas tras los visillos que podían haber reparado en nuestro emocionado encuentro. La invité a pasar a mi casa que estaba cerca. Confiada aceptó y compartimos un aromático café caliente que nos reconfortó de la gélida mañana y permitió que las palabras fueran fluyendo libremente. Así fue hilvanando su historia que voy a narrarles ahora.

—Una noche en que la neblina lo envolvía todo dando un aspecto espectral y siniestro a la ciudad como un presagio de lo que acaecería, me esperaban cerca del ascensor dos señores de civil, altos, macizos, elegantemente vestidos. Subieron conmigo y se presentaron de buena forma. Dentro del departamento, desde mi teléfono llamaron al cuartel anunciando que la tarea estaba cumplida y, además, pidieron instrucciones. Esa noche llegaron para quedarse... Después del toque de queda llegó un pelotón de infantes de marina con las caras pintadas y metralleta en mano, se tomaron el departamento... Registraron todo, vaciaron los cajones, los closets, dieron vuelta los colchones, la despensa y cada día fueron sacando bolsones grandes llenos de libros, diarios y revistas... Además, se fueron llevando las cosas que más les gustaron, pipas, relojes, muñecas, loza... Así, el espacio fue quedando cada vez más vacío y el eco se introdujo en punta de pie y se encargó de llenar

los rincones. Los días con sus noches fueron pasando muy lentamente... Para aparentar normalidad, todas las mañanas me sacaban a la calle como si nada pasara, estrechamente vigilada. Fueron días sin comer, noches sin dormir... El miedo se fue instalando en mis tripas vacías y mis vísceras asustadas temblaban de pavor haciendo girar mis rodillas como manecillas de un reloj. Caminaba por la calle como un robot, no miraba a nadie, aterrada de encontrarme con algún compañero o compañera que me saludara, es por eso que ahora no quería encontrarme contigo —dijo.

Pasaron varios años y, un día frío de invierno, la encontré en el paseo Ahumada; una espesa neblina lo envolvía todo, la saludé entusiasmada, me respondió y me pidió que la ayudara a refrescar su memoria. Le hablé de nuestro último encuentro, se quedó un momento en silencio y exclamó: “¡Esta vez invito yo!”, nos fuimos a un café y me contó cómo superó la angustia, la ansiedad que le provocaba el no querer delatar a nadie.

—Súbitamente, sin proponérmelo, ocurrió el milagro —dijo— ... mi memoria se encargó de borrar todos los nombres, rostros, números de teléfono... quedé como colgada, petrificada, muda, sin familia, sin relaciones a quienes pudiera comprometer. Estos encuentros son maravillosos para mí —continuó— porque me permiten rescatar de entre los pliegues ocultos de mi memoria a los amigos y amigas que aún duermen en el olvido, pero gracias a él fueron salvados del horror.

Margarita Espinoza
Contribución escogida por su autora para la presente compilación,
del libro Yo también cuento. Club Literario del Adulto Mayor
«Letras del Alma»

Trăiască (Viva) Ceaușescu

Mi historia comienza el 8 de abril de 1975, ya que antes de esa fecha es otra historia. Vuelo a Rumania en Lufthansa. Combinación en Frankfurt a Rumania en Tarot.

Ese día partimos muy temprano al aeropuerto Pudahuel, no recuerdo la hora exacta, pero recuerdo dos maletas grandes. Una gran amiga de mi mamá nos llevó en su auto y aún recuerdo su color celeste, como el de los años setenta.

Mi hermana y yo, cada una con su neceser de viaje, estaban de moda en esos años. Yo con mi cartera redonda, como un tubo de cuero azul de unos 30 cm de largo y 15 cm de alto, hecha por mi padre en la cárcel Capuchinos. En ella llevaba mi cédula de identidad, pañuelos y seguramente una bolsa de papel, ya que tenía la costumbre de vomitar en los aviones, sobre todo al despegue y aterrizaje; para mi hermana eso era asqueroso. Por supuesto, en mi rol de hermana mayor, no vomité en el avión.

Llegamos al aeropuerto, pequeño en esos tiempos; ahí nos esperaban unas personas de Amnistía Internacional que nos entregaron los boletos y pasaportes. Nunca supe por qué, pero me imagino era para asegurar la compra de los pasajes. Nos despedimos de ellos y pasamos las maletas para ser pesadas. Luego, supongo que esperamos un rato antes de pasar por policía internacional.

¡Llegó la hora de partir! Sólo recuerdo todos los consejos que nos daba mi mamá: que cuidara a mi hermana, que le hiciéramos caso a mi hermano. Nos comentó sobre la combinación del vuelo, pero que no nos preocupáramos, de seguro habría alguien para guiarnos, como una azafata.

Pasamos policía internacional sin ningún problema. Acompañadas de la azafata y como niñas, fue rápido. Pero fue ahí donde nos pusimos a llorar, cuando levantamos nuestra mano para decirle adiós a mi madre, subimos al avión por las escaleras, nos sentamos y esperamos el despegue. Todo ese rato llorando y, al mismo tiempo, tratando de controlar la emoción, la pena y el miedo a lo desconocido. No era andar en avión ni hacer combinaciones, era miedo.

Llegamos a Frankfurt. Todo iba bien, pero cuando nos pidieron los pasaportes, nos faltaba uno, el de mi hermana. Ahí ya no eran tan simpáticos los rumanos. Yo no recuerdo en qué momento guardé el pasaporte de ella en mi cartera y pudimos subir al avión hacia Tarot.

Ahí empieza mi aventura con el avión, era más pequeño que el otro y sonaba como tarro, por eso los chilenos en Rumania le decían «el tarro volador». Las azafatas eran el doble de las alemanas, pasaban de lado con un traje que me recordaba la segunda guerra mundial —esto lo entendí después de haber vivido, no la guerra, pero la cultura que deja—.

Llegamos a Rumania. Ahí nos esperaban mi hermano y su esposa, nos abrazamos y lloramos nuevamente. En ese momento se acerca un rumano y nos dice que subamos al vehículo. En el trayecto, mi hermano nos cuenta que nos llevan a un hospital para hacer un chequeo médico, eran cuatro días. La verdad no recuerdo los exámenes, pero sí la comida, era incomible: sopa de fideo con yogurt agrio o sopa de ciruelas salada, niños envueltos, pero con vinagre. Los resultados estaban bien, al parecer, no recuerdo que a alguno le encontraran alguna enfermedad.

Otra vez arriba de un vehículo para llevarnos donde vivía mi hermano. El sector se llamaba Cartier Militari, no recuerdo el número del departamento, con un dormitorio, un baño, cocina, living comedor, todo amoblado con utensilios de cocina y balcón. Mi hermano nos pasó la pieza porque había dos camas de una plaza y, para empezar, nos pasaban plata para los estudiantes. Ellos estudiaban rumano y nosotras íbamos al colegio en tranvía de color rojo. Los tranvías tenían tres carros y cada carro era según tu condición social; en el primero se pagaban 30 peni, en el segundo 20 peni y en el tercero, 10 peni. Este era el que usaban los campesinos con sus verduras para la feria, gallinas y hasta chanchos. La moneda rumana era el Leu.

Mi hermana estaba en séptimo básico y yo en octavo, pero era considerado como primero medio, así es que estudiaba en el Liceo del Conde Vlad II Drácula, por lo tanto, no teníamos ningún conocimiento del idioma. Se contaba que a los primeros chilenos les dieron clases, pero muchos no asistían y estaban descontentos con lo que entregaba el gobierno socialista de Nicolae Ceaușescu —de izquierda—, Presidente de la República Socialista de Rumania. Pero lo más impresionante era el Chile que no conocía. En Chile, vivía en una burbuja bien protegida, no conocía otro.

Estos edificios son de 10 pisos y en cada piso hay 4 departamentos. La entrada tiene ascensor, pero era un verdadero gueto, con muchas familias de distintas clases sociales, todos compañeros. Ahí conocí el clasismo. Nos decían «los hermanitos Galaz» y en la entrada había un panel de información donde algunos compatriotas escribían en grande: ¡CIERTO CACA QUE ESTO NO ES SOCIALISMO! En ese panel se colocaba todo los datos o eventos, aparte de los rayados.

La cultura rumana es campesina y gitana. Como país comunista, la comida no era fácil de comprar. Para comer yogurt, pollo o leche, tenías que estar a las 6 de la mañana en el supermercado y hacíamos muchas filas para comprar las naranjas que llegaban o plátanos. En la feria se encontraba casi de todo; manzanas chicas, de esas que dan a los chanchos, muy sabrosas, porque la mejor fruta la exportaban a los países del este.

Una de las cosas más asombrosas es el olor rumano, al parecer, dado que comen muchas grasas y escabechados, pepinos, ajos, repollos, etc.; y el licor de La Tuica, que se prepara con ciruela, levadura, azúcar y alcohol, pero muy fuerte, para el frío invierno que llega algunas veces a -20 grados. Cuento esto para decirles que todos los negocios están muy hediondos, hasta el correo. El pan estaba hecho de papa, ya que no llegaba trigo, era un pan más café. Al final, uno se acostumbra.

La atención rumana en los negocios o supermercados era del terror. Te tiraban las cosas cuando pedías ver una prenda de vestir, te mostraban una y, si tú querías ver otro color o diseño, se molestaban y decían que todo era igual. Estaba claro que el consumismo no era un tema, si al final, vendiera o no, le pagaban lo mismo, no existían los incentivos económicos, por eso no eran muy simpáticos.

Recuerdo que cuando llegamos al Cartier militar, al frente había unas casas con su pequeña chacra y gallinas. En algún momento expropiaron todo y construyeron departamentos iguales a los nuestros. Como es un país sísmico, el hoyo era profundo y cuando llovió como llovía, con ganas, los niños chilenos hicieron una balsa con pedazos de madera y se pasearon por todo el hoyo esquivando los fierros ya instalados. Eran piratas chilenos.

La convivencia con los chilenos era difícil, uno tenía que arreglárselas. Yo empecé a participar en un conjunto de canto, aunque no toco ningún instrumento. Después me dediqué al teatro, trabajábamos en la obra Joaquín Murrieta y así me entretenía. Los compañeros de todos los partidos organizaban actos donde también participaban los pioneros chilenos y yo cantaba canciones revolucionarias del Quilapayún, Víctor Jara, en fin. Estos actos eran para reunir a los chilenos de los diferentes sectores, aunque a veces terminaban con palabras no muy fraternales, culpando a algún partido de la UP.

En febrero llegó mi mamá y ahí nos mudamos al departamento, con ella y las mismas cosas. Ya no molestábamos más a mi hermano, que tenía veintidós años, con dos adolescentes. Era difícil para él como para nosotras. El único objetivo de mi madre era poder ir a un país capitalista, para poder mover los

tramites de mi papá. Juntamos plata y ella vendió una pulsera de oro que nos sirvió para comprar pasajes en tren, el oriente exprés, hasta Bruselas.

Eso fue en septiembre 1976. Recuerdo que todos nuestros amigos nos fueron a despedir. Una vez más, despedirnos y llorar por lo mucho que aprendí de Rumania y de los chilenos allá. Fue un largo viaje en tren hacia Bélgica, muy difícil, pero esa es otra crónica.

Silvia Galaz

El niño del sombrero

En el año 1975, me encontraba cerca de Moscú en la academia conocida como «la pecera». Una especie de acuario blindado con vidrios inmensos, una vista impresionante a bosques de abedules y una extensa sabana de nieve, relativamente cerca de la carretera de Volokolansk, donde 30 años atrás ocurrió una de las batallas más heroicas y decisivas en la Gran Guerra Patria, como solían llamarla los ciudadanos de ese país.

Durante un año, convivimos más de doscientos alumnos de diversos países; Mozambique, Angola, Guinea Bissau, Eritrea, Bangladesh, Palestina, Chile y 5 representantes de Guyana, quienes conocían todas las canciones de Harry Belafonte y aprovechaban cada acto cultural para cantar «Matilde».

En una ocasión, llegó a mis manos una revista de Chile. Contenía, entre otras cosas, una crónica sobre el campo y estaba ilustrada por una foto en blanco y negro. Podía ver una imagen muy nuestra del campo; un cielo nublado, un camino de tierra, huellas hundidas separadas por pasto ralo, una carreta tirada por bueyes y un niño con la picana reposada sobre el sobeo del yugo largo. Me recordó mi niñez y los paseos a la hacienda El Melón o las callejuelas de las quintas de frutas en El Vergel, todas alimentadas por el río Aconcagua.

Durante años llevé esa imagen conmigo como un eslabón que me unía a mi tierra, como si ese niño me hubiera entregado un mensaje solemne, una especie de mandato irrenunciable. La mirada de ese niño con un sombrero diminuto me acompañó y me venía a buscar cada cierto tiempo.

El sombrero de copa recta y ala corta sin la cinta de lazo, estaba firmemente alojado en la nuca, dejando al descubierto su frente mojada sobre ojos negros que endulzaban su carita redonda. El mentón pegado al pecho, me sugirió contener palabras atragantadas que nunca dijo y que aletearon impotentes por cobrar identidad. El brazo que sostenía la picana sobre su hombro izquierdo, escondía una pinza generada por el dedo pulgar, con el índice escoltado por el meñique representando todo el cariño, ternura y delicadeza para con sus leales animales. La chaleca de puntos gruesos, a dos agujas de una vuelta, con evidentes tropezones en la cadena del armado, seguramente herencia de un hermano mayor, escondía sus imperfecciones de manera bastante digna. Una juguetona sonrisa desnudaba su alma pícara y hacía honor a su corta edad. Dos cejas en forma de media luna invertida sobre sus labios delgados y partidos, disimulaban la tristeza y desesperanza de criatura solitaria.

La mano que sostenía la picana lucía agrietada; me recordó a Luchín, el del potito embarrado con sus manitos moradas.

El niño solo, en ese paraje, con su sombrero encajado disfrazándolo prematuramente de adulto, curtido en labores de cochero, boyero y aprendiz de heredero, me produjo una inmensa pena y nostalgia. Creí ver y percibir, en esa mirada, la tragedia que sufría Chile y, de alguna manera, también la mía.

Los ojos mansos y resignados de los animales confirmaban el derrotero de esa vida inquieta de futuro incierto, oscuro, sin mañana. La mirada de ese niño me ayudó a colmar de trascendencia lo que ocurría a mi alrededor y alimentó aún más mi emergente proyecto de vida, esa mirada, la del niño con sombrero.

Alejandro Durán



Manifestante en el Día de los Trabajadores (I). Santiago de Chile, 1 de mayo de 2022.

Reflexiones de una hija de exiliados en Alemania

Siempre tuve que seguir reglas, ser más perfecta que otros niños, guardar silencio. Fui una niña tranquila y muy conciente del dolor ajeno. Dejando en segundo plano mis propias necesidades. Adaptándome a todas las adversidades; ser resiliente.

Nunca alegué si algo me parecía injusto, pues pensaba siempre “hay otros pasándolo peor”, recordando a los chilenos en Chile, en dictadura.

Ser extranjera hacía que la gente te generalizara, sentía que yo representaba a los niños chilenos, a quienes no conocía realmente. Debía ser educada, ordenada, más rápida... siendo que era lenta, bien pensativa.

Mi forma de liberarme de estas cruces es algo sempiterno. La música, cantar, aprender instrumentos, pintar, me conecta y ayuda a liberar todo eso. He participado en clases de teatro y talleres de clown para liberar mi cuerpo y mente, pues aún guardan restricciones.

He acudido a psicólogos y psicólogas, pero ahora reconecto con la escritura, buscando sanar esos espacios prohibidos, olvidados.

Deseo reconocermme desde mi propia raíz sin tierra. Mi esencia. Recorro la memoria, la historia de mis familias. Me encuentro con muchos silencios y respondo con cariño.

Eugenia V. Tapia C.

Volver a comenzar

Lo trajeron arrastrando, tenía los ojos abiertos y parecía consciente. No sabía si le habían herido, estaba traumatizado o solo muy adolorido. Pensé que no iba a poder levantarlo, se me hizo evidente lo disminuido que llegaba. Les pedí que lo subieran a la cama. Su sonrisa salió a la luz, presente, otra vez.

Me miró con dulzura, lo saludé y le di la bienvenida. Mi voz lo hizo flotar. Sus manos se comenzaron a mover, suave y de a poco comenzó a llorar. Su emoción se trenzó a una tonada paternal que logró cubrírnos, el sonido ocupó todo el espacio, que de pronto parecía hogar, con la calidez de una chimenea prendida.

Allado, una alfombra clara, mullida, hacía de marco para una mesa colorida que las gentes servían con sabrosa alegría. Niños contentos revoloteaban para celebrarte. De pronto, una mujer se te acercó y te besó amorosamente en los labios.

Ahí estaba yo cuando el silencio interrumpió, se hizo luz de amanecer y yo, presente, tan atenta, no me di cuenta cuando tú, sí, tú, abriste la puerta. El sonido me hizo voltear y te miré entrar con tu porte, sólo yo te vi. Reconocí tus ojos, avanzaste y me tendiste tu mano. La tomé, te miré, el tacto de tu piel me recordó mi lugar y abrazó el calor del sentimiento. Te tomé la cara entre mis manos y con toda humanidad te agradecí, te agradecí dejarme apreciar ese, el último sueño de tu vida acostada abandonada.

Me acerqué, te besé amorosamente en los labios para después sentarnos donde te esperaba, en esta mesa eterna, sin saber que la compartiríamos por siempre colorida y alegremente servida.

D. Santos

Verano en Caleta Abarca

Fragmento

Tuve un sueño de niña. Más bien recuerdo siempre un sueño, ese que siempre ha estado presente. Pienso que es un recuerdo en el más antiguo espacio de mi mente; llegamos a un lugar frío, nublado y yo, en brazos de mi madre, siento el calor y la protección ante estos grandes bloques de cemento plomos, sin color ni luz, con ventanas iguales. Ahí vivíamos, lejos de la familia, arrancando de la muerte que nos acechaba.

Siempre he tenido ese recuerdo, es como si fuera parte de mí.

También han sido parte de mí los luminosos veranos en casa de mis abuelos de la playa Caleta Abarca, en Viña. Cuando volvimos del exilio con mi madre y hermanos, la familia nos recibió felices, a pesar de que habíamos llegado incompletos. Yo esperaba todo el año que llegara diciembre para irnos en enero y febrero, con bombos y platillos, al departamento de mis abuelos en la calle Ecuador, quienes amorosamente se preparaban para recibirnos. Mi madre volvía a Santiago a trabajar en la semana, imagino que había que apoyar a los abuelos en la alimentación y otros gastos, uno de niño no se preocupa por esas cosas, solo disfruta de la luz y el calor de hogar.

Las salidas diarias a la playa eran largas, había que prepararse, hacer los bolsos, armar los sanguchitos y llevar huevos duros, ya que no estaban los tiempos para comprar afuera. Eso a mí nunca me importó, creo que siempre empaticé con esa austeridad ochentera.

Recuerdo que se me ponían los dedos arrugados de tanto disfrutar el mar, todo el santo día metida en el agua, me tenían que decir que me saliera o básicamente me sacaba el hambre; sabía que me esperaba el calorcito de la arena y el pancito hecho por mi abuela Adriana. En esos momentos de tomar sol, me dedicaba a mirar a las familias que estaban cerca de nosotras. Me gustaba observar, escuchar sus historias, deducir cómo se conformaba la familia, imaginarlos en sus casas.

La vuelta era latiguda, pero igual de luminosa. Nos íbamos caminando, conversando, bordeando la costanera y viendo el mar profundo, con las construcciones bonitas que tiene esa ciudad. Parábamos en el Castillo para ver cómo rompían las olas. También en un museo pequeño de historia natural, donde nos sacábamos fotos de espaldas al atardecer.

Llegábamos con el sol en la cara y lo que teníamos que hacer, como regla, era sacarnos la arena, bañarnos, dejar todo en orden. El cielo se iluminaba para mí...

Valentina Ramírez

Hacienda Aculeo

Cuando Luisa vio revolear el lazo, en dirección a las gruesas ramas que sostenían el rancho que hacía las veces de cocina de su pobre casa, comprendió que, ahora sí, su vida anterior había terminado. Salvador había muerto mientras recorría los campos, en su dura labor de inquilino a cargo de mantener acequias y vigilar animales y, si tenía un tiempo libre, cuidar de la iglesia, el cementerio y la gruta de la virgen que habían construido a mitad del cerro. Sin olvidar el cultivo, junto con Luisa, del estrecho pedazo de tierra que constituía la mayor parte de su salario.

Superando el dolor de su viudez, Luisa intentó mantener al día todas esas tareas, multiplicándose y poniendo a la obra a los mayorcitos de sus siete hijos. Pero el orden del fundo es implacable y, desde lo alto de su caballo, el dueño de las tierras exigió el abandono del lugar: Él no pagaba por trabajo de mujeres y niños y ya tenía alguien para ocupar la vacante. Sin tener dónde ir, demoraron la salida, hasta que llegaron los carabineros a caballo y, a tirones de sus lazos, derrumbaron la choza donde se cocinaba y se vivía la mayor parte del tiempo.

En una carreta prestada pusieron lo más necesario, con los más pequeños en ella y los mayores caminando al lado, salieron a lo que aún se conoce como el Camino Real, la vieja calzada abierta por los conquistadores y aún usada por sus descendientes, reacios a cualquier cambio, o muestra de sentimentalismo hacia quienes trabajaban sus tierras. Sin poder imaginar un futuro, Luisa sólo veía a través de sus silenciosas lágrimas caer una y otra vez la choza sobre el fogón, aplastando las memorias de toda una vida en esas tierras.

Pasarían muchos años hasta que la más pequeña de las niñas, quien hizo el viaje durmiendo en los brazos de su madre, pudiera reconstruir esa historia con sus hermanos; pasarían otros tantos antes de que pudiera contármela sin que la voz se le quebrara. Allí supe de mi abuelo Salvador y de las tierras a las que entregó su vida; ahí está la raíz que me alimenta y me permite saber quién soy y de dónde vengo.

Salvador Acevedo

Desarraigo

... He vivido siempre con mis maletas a medio hacer y deshacer, pues nunca se sabe lo que va a acontecer. Eso aprendí, eso viví y sigo sintiendo.

Desarraigo.

Soy una eterna semilla que aún no enraíza.

En este andar rodando, descubrí que hay plantas que viven incluso sin tierra, estando solo en agua fresca.

También me gustó descubrir plantas aéreas, que no necesitan estar en la Tierra, ni en Agua. Necesitan Luz, Aire y Vapor de Agua, mas... ¡No tienen raíz!

Descubrí que hay variedad en todos lados, que la vida siempre se abre camino.

No, no soy chilena. Soy fusión de culturas y ahí me detengo. Reflexiono, ¡qué bello!

Mis raíces crecieron en algo aéreo; lenguaje universal, emocional, multicultural. Puede cambiar, ¡pues vivo!

Eugenia V. Tapia C.

Crónica de un televisor en Blanco y Negro

Corría el año 1998, yo me encontraba viviendo en Barcelona, España. Después de muchas dificultades conseguimos un arriendo en el barrio de Besòs mar. Al contar con pocos recursos económicos no nos podíamos permitir comprar un televisor. Esperábamos la oportunidad de que alguien desechara una, para poder recogerla, enterarnos un poco de las noticias del mundo y aprender el idioma catalán que allí se hablaba.

Nuestra oportunidad llegó una tarde, el 16 de octubre de 1998. Desde nuestro balcón vimos cómo unos gitanos dejaban en la acera un televisor de color blanco. Sin pensar bajamos a la calle a recogerlo.

Era un televisor muy viejo, un modelo de los años setenta. Tenía unas plumas de gallina pegadas en la parte trasera y su antena era redonda. Al revisarlo, pensamos que estaría descompuesto y por eso lo habían desechado.

Nos arriesgamos, lo limpiamos con cuidado y, cuando estuvo bien desinfectado, decidimos enchufarlo. Comprobamos que se encendía una lucecita roja que tenía en el frontis para indicar que llegaba la electricidad a sus transistores.

Nos miramos con mi marido y dijimos “el esfuerzo de traerlo a nuestro departamento valió la pena”, ya que vivíamos en un sexto piso, sin ascensor.

Cuando giré la perilla y se encendió, la primera imagen que surgió fue el Dictador, Augusto Pinochet Ugarte. El impacto fue tal y el miedo tan instantáneo que corrí y la desenchufé... Pensamientos siniestros recorrieron mi mente, pensé que el televisor estaba poseído, como esas películas de terror sobre aparatos que eran manejados por fuerzas oscuras para atormentar a sus dueños e instalar en tu realidad una sensación de lo sobrenatural. Nos miramos con mi marido y, una vez recuperada la valentía, volvimos a encenderla. Fue en ese momento que nos enteramos: nuestro dictador estaba siendo arrestado en Londres por una orden de captura decretada por el juez español Baltazar Garzón.

La incredulidad fue otro golpe que recibimos, ya que nos costaba creer que el dictador fuese apresado por sus crímenes y que se quisiera hacer justicia. Nos alegramos luego, al ver que, en un país como España, donde también habían padecido con otro monstruo, como el general Francisco Franco, quisiesen expiar su pecado de omisión con su propio dictador y recurrieran a la figura de Pinochet para limpiar esa mancha.

Pero el tiempo nos tenía reservada la tristeza y vergüenza de ver cómo nuestro país se encargaría de extraditar al dictador, con la falsa promesa de un juicio que nunca se realizó... Esa esperada Justicia, nunca llegó.

Mónica Gutiérrez

Sitios de memoria en mi memoria

Desde diciembre del año 1991 empecé a trabajar en el Comité Asesor del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Me ofrecieron el puesto a instancias del arquitecto Francisco Schmidt Aristía, quien ya trabajaba allí y me había conocido en una asesoría técnica que él había hecho a la municipalidad de La Florida en Santiago, donde yo trabajé durante los años 1990 y 1991.

No sé qué le atrajo de mí o mi forma de trabajar. Quizás mi capacidad de gestionar cosas. El hecho es que pasé a ocuparme de la puesta en marcha de un programa nacional de parques urbanos a ser construidos en los sectores más pobres de las ciudades del país. A eso me dediqué en cuerpo y alma hasta el año 2005. Recorrí el país, al menos las capitales de todas las regiones, organicé encuentros internacionales sobre parques y espacios públicos, escribí documentos que fueron publicados en diversos libros y folletos, di charlas en cuanto lugar pude, todo para promover una mejor calidad de vida en las ciudades y entregar espacios dignos para los sectores más postergados.

Mi rol era meramente técnico: postular anualmente al financiamiento de proyectos, gestionar su desarrollo desde la idea inicial hasta su concreción y asegurar fórmulas para su mantención en el tiempo, pasando por la preparación de las distintas licitaciones públicas para contratar los diseños y luego su construcción. Lo encontré todo apasionante. Aprendí sobre la importancia de la flora nativa y lo esencial de hacer los proyectos con la gente, siendo el resultado más de cien hectáreas de nuevos parques en buena parte de las principales ciudades del país: Iquique, Copiapó, La Serena, Santiago, Rancagua, Talca, Temuco, Concepción y Punta Arenas, vienen rápidamente a mi mente.

En particular recuerdo tres parques santiaguinos que guardo siempre en mi corazón: el Parque por la Paz Villa Grimaldi en Peñalolén; el parque La Bandera en San Ramón y el Parque Violeta Parra en Lo Espejo.

El parque Violeta Parra fue diseñado por un equipo de la Universidad Central encabezado por Carlos «Calico» Martner, verdadero poeta del diseño paisajista. Nunca olvidaré los colores de sus dibujos a crayón. Nunca antes ni después alguien nos presentó imágenes de lo que sería un parque en las diversas estaciones del año. Tampoco olvido la plaza de los poetas y las inscripciones de textos de poetas y poetisas de Chile sobre robustos pilares en torno a una fuente central. En el día de su inauguración, a la que llegué un poco tarde, recuerdo que se me acercó una señora diminuta y muy flaca quien me preguntó cuánto había que pagar para entrar. Mi respuesta emocionada fue: “nada señora, este parque es suyo y de sus familiares y amigos”.

Por su parte, el parque La Bandera se construyó sobre el terreno donde el Papa hizo una de sus alocuciones públicas en Santiago a finales de los años ochenta del siglo XX. Siempre pensé que ese señor vino en 1987 a distraer y enfriar los ánimos de una población que se levantaba por todos los medios contra la dictadura.

En todo caso, la Unión Comunal de Juntas de Vecinos de San Ramón pidió al ministro de la época, don Alberto Etchegaray Aubry, que el parque llevara por nombre Salvador Allende Gossens. También parte de la comunidad quería que se llamase Juan Pablo Segundo, en honor al pérfido polaco. Etchegaray encontró sagazmente un punto medio para la disputa, manteniendo el nombre del parque como La Bandera y generando dos plazas interiores con sendos monumentos, uno al Papa y otro a don Salvador.

Allí se mantienen hasta el día de hoy la gran cruz, de unos quince metros de altura, que honra la visita del Papa y un pequeñísimo monolito con una diminuta placa circular con el perfil de Allende, que se asemeja a una estampilla en comparación con el otro. El de Allende fue el primer “monumento” edificado en honor al valiente presidente, mi presidente.

El parque fue inaugurado en octubre de 1993, antes del fin del gobierno de cuatro años de Patricio Aylwin. Él mismo vino en persona a presidir el acto. También asistieron las hijas vivas y otros familiares de Allende, incluyendo a la «Tench». Aylwin debe haberse solazado con la desproporción volumétrica de los respectivos monumentos...

Continuando con mis recuerdos, debo mencionar a un cuarto parque: el André Jarlan. Un portentoso espacio y exbasural de treinta hectáreas al costado oriente de la entonces avenida La Feria, hoy por cierto avenida Clotario Blest, en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, frente a la combativa población La Victoria. Este parque fue bautizado en el momento de su inauguración por el ministro Edmundo Hermosilla, socio de Gutenberg Martínez. No recuerdo que se haya dejado ninguna placa o monumento recordatorio.

El parque cuenta con tres etapas o espacios diferenciados por su construcción en el tiempo. Investigando un poco para escribir estas líneas descubrí que la última etapa del parque, abierta al público en el año 2018, fue llamada Pierre Dubois. Así quedaron juntos, al menos en el aire de las palabras y la tinta de los letreros, los dos buenos curas comprometidos con la gente en épocas aciagas.

Finalmente hago mención del parque que para mí resultó más significativo, el Parque por la Paz Villa Grimaldi que se construyó sobre los vestigios demolidos de un lugar de tortura y exterminio de la dictadura, denominado cuartel Terranova entre los años de 1973 y 1978.

En el año 1992 Coral Pey, una frágil mujer de ojos claros, con aspecto triste y desamparado, llegó a mi oficina del cuarto piso del ministerio. Vino a consultar, luego de un largo e infructuoso periplo indagatorio con diversas personalidades políticas, si había alguna posibilidad de que el gobierno expropiara el terreno de la ex Villa Grimaldi y lo destinara a un parque memorial. Mi reacción fue, quizás inesperadamente para ella, de inmediata acogida. Informé a mi jefe directo y al ministro en persona en cuanto pude. Sus respuestas fueron cautelosamente receptivas.

Unos meses después me llamó el ministro por teléfono desde su despacho y me pidió que lo representara en un acto de las organizaciones de derechos humanos de Peñalolén, un día sábado diez de julio del año 1993. Me solicitó que anunciara públicamente que el ministerio compraría la propiedad, en ese entonces en manos de una sociedad inmobiliaria de gentes oscuras vinculadas a los órganos represivos de la dictadura. Eso hice. Un artículo de seis breves párrafos fue publicado al respecto el día siguiente, en algún lugar poco vistoso de las páginas interiores del diario Las Últimas Noticias del domingo 11 de julio.

Los meses que siguieron fueron en extremo significativos, inolvidables. Conocí a Ana Cristina Torrealba, una apasionada mujer que había trabajado su propuesta de título como arquitecta con un proyecto para el parque, diseñado de la mano con las organizaciones sociales, familiares y sobrevivientes del cuartel Terranova. Acompañé el proyecto hasta su inauguración y allí está hoy, frondoso y estremecedor, administrado por una corporación que trabaja sin descanso de lunes a domingo por un nunca más en Chile.

También recuerdo que el lunes 12 de julio de 1993, fui llamado a apersonarme con urgencia en la oficina de la directora del SERVIU Metropolitano, la socialista Laura Gómez. La funcionaria me increpó con gran disgusto y molestia porque yo habría dispuesto públicamente de “su dinero” sin previo aviso. Como creo que conté, los SERVIU son las instituciones que ejecutan los recursos del ministerio. Yo no tenía la más remota idea que el ministro no había informado a la directora SERVIU de su decisión, la que asumo había consultado previamente con el presidente Aylwin.

El parque se construyó. Se erigió como uno de los primeros sitios de memoria edificados en Latinoamérica y fue también declarado Monumento Nacional durante el segundo decenio del siglo XXI. Todo ello a pesar del disgusto apresurado de la Sra. Gómez.

Un compañero

Crónica de una Tesis en estallido

Santiago, 7 de octubre de 2019. Por un aumento de 30 pesos al pasaje del metro, los escolares decididos y desafiantes, saltaron el torniquete. Quedamos un segundo pasmados cuando nos dimos cuenta del notición, pero estábamos con ellos y nos lanzamos a las calles en un espíritu de “¡por mí, por ti y por todos mis compañeros!”. En ese Metro, Chile despertó y salió a manifestarse.

La Alameda figuraba repleta de gente en pertenencia, había una organización espontánea, una primera línea que defendía a los presentes de ataques policiales, una brigada improvisada de la Cruz Roja que atendía a heridos y traumatizados, otros miles ensoñados que no dudaban y veían cómo la esperanza se subía y saltaba de la vereda a la calle. Otros, músicos y cantores movilizados con instrumentos, daban ambiente de festival.

El gentío se unía sin prejuicios de edades ni saberes, la alegría nos reunió y la concurrencia creció. Viernes a viernes, la plaza que sería a partir de ahí «Dignidad», hervía de humanidad, se construía mágicamente en ayudas desconcertadas, pero precisas, seguras. La patria olía a primavera y las alamedas finalmente se abrían para el paso del hombre libre. Así retumbaba el discurso que en la memoria nos resuena hasta hoy, desde hace ya tantos dolores. Sin embargo, en este despertar no solo había hombres; estábamos nosotras, en cada una de las brigadas, a la par, en la lucha, en las curaciones, en las piedras, tomando diferentes lugares. Y, esta vez, necesitábamos y queríamos ser nombradas.

Fue aquí donde se fraguó nuestra oportunidad, la de hacernos parte visible, evidente. Fue gracias y al alero de la convocatoria de un grupo de cuatro jóvenes universitarias, porteñas, que de sal y olas se montaron a la capital, conduciéndonos por consignas con sentido de género que fácilmente nos interpelaron y más rápido nos las apropiamos. Ellas, jóvenes de obrera jardinera, formando el colectivo Las Tesis, nos regalaron tomarnos los espacios con una protesta recitada y en movimiento. Fue tal el impacto primero, al vernos juntas, sabernos tantas y, luego, un placer de reconocernos en complicidad y consciencia de un solo cuerpo, muchos cuerpos dolidos.

Venían empoderadas. Nos levantaron y, nosotras, sin dudar, nos subimos al carro cuales heroínas de nuestras circunstancias, sin capa ni escudo, solo sabiendo que había límites y mucho que condenar. Nos propusieron una venda negra en nuestros ojos, movernos y cantar, al unísono, lo repetitivo y

evidente de nuestras historias: “El patriarcado es un juez, que nos juzga por nacer y nuestro castigo, es la violencia que no ves”. Con pañuelos verdes y morados, la protesta en nuestros cuellos y manos acompañó un grito y dedo acusador: “¡El violador eres tú!”.

Fuimos miles las llamadas, rápidamente hermanadas en esa coreografía y nos inflamamos del profundo sentir de la fuerza mujeril. Al principio unas pocas, por aquí y por allá, practicando la performance instalada. Luego, cientos nos sentimos invitadas, nos descargamos de la injusticia y desigualdad hacia tantos derechos acallados en lo más íntimo de nuestra cotidianeidad.

Esta movilización activa tenía título —Un violador en tu camino— y dio cuenta de la instalación femenina en la sociedad. Como un himno feminista, recorrió primero el país y luego el mundo entero, dejando cientos de registros callejeros como demanda de género internacional. Aquí y allá, señaló al Estado como opresor, aquí y allá reveló a las instituciones como organismos patriarcales que protegen en la impunidad a violadores y abusadores. Aquí lo cantamos en un verso tan simple como doloroso en su ironía: “Duerme tranquila, niña inocente, sin preocuparte del bandolero, que por tu sueño, dulce y sonriente, vela tu amante carabinero”, un guiño como tuerca torcida al himno institucional de la policía chilena.

Hubo muchas plazas y fondos de telones donde fuimos vistas con esta acción, pero la última gran actividad ocurrió un 5 de diciembre, cuando el Estallido aún tenía nombre de futuro. Miles de cuerpos de mujeres, de todas las edades y condiciones, nos plantamos y adherimos a una intervención activista llamada «Las Tesis Seniors», en las afueras del Estadio Nacional.

No creo poder explicar el camino emocional que recorrimos y que nos llevó hasta ese lugar, desde hablar, escribir y describir, reconocernos muchas veces en los descansos, compartiendo y descubriendo las historias comunes que nunca debieron ser comunes ni tampoco existir, esas que permanecieron calladas en nuestra traumada inocencia, muy pocas veces denunciada. Fue ese día que nos convocamos miles, decididas como guerreras enardecidas frente al campo de batalla, con la sangre palpitante de orgullo, con muchos compañeros quienes de lejos nos resguardaban, con la señora mayor dejando el bastón para confiar en ser sostenida por una joven y la niña intuyendo, atestiguando, presumiendo a su mamá. Muchas preocupadas del hombro a su lado pegado. Todas, una vez listas, nos movimos sincronizadas en nuestra danza descarada y ahora sagrada, aquel canto que llenas de ganas nos eximía de culpas, declamando lo innombrable y haciéndonos, por fin, una fuerza masivamente visible, infinita.

Y la culpa no era mía, ni donde estaba, ni como vestía...

¡El violador eres tú!

Aún hoy, después del sentimiento de derrota del Estallido, nuestro corazón sabe que aún cantamos “por ti, por mí y por todas mis compañeras”; por todas y por todos, en Chile y el mundo, nuestro derecho básico, inextinguible: el derecho de vivir en paz.

D. Santos





MURMULLOS DE RÍO

Posibilidades político-terapéuticas del género epistolar



Lleva la epístola, en sus múltiples y diminutos pasajes, el registro de una dimensión muy íntima de nuestra memoria colectiva. Pequeños fragmentos ofrendados al viento en forma de confesiones, anécdotas, sentimientos o denuncias, que viajaron continentes, atravesaron barrotes carcelarios, eludieron la censura o se atesoraron como testimonio de lugares, épocas y circunstancias imborrables.

Confluyen en el género epistolar todo un universo de registros que dialogan con diarios íntimos, autobiografías, crónicas, memorias y otras expresiones de la literatura referencial, permitiéndonos profundizar en la subjetividad de quienes movilizaron una parte de nuestra historia. Por ello, entendemos sus trazos como partes imprescindibles de la larga historia de resistencias; a la dictadura y sus continuidades, al olvido como política de Estado, a todos los pactos de silencio.

En el exilio, el presidio, la angustiosa espera de quienes fueron tomados presos o la desesperada búsqueda de quienes nunca volvieron, las cartas, postales, mensajes ocultos, dibujos y relatos improvisados en papeles que parecían deshechos, fueron una fuente para recobrar el aliento, como la sutil fuerza de vida que atraviesa un riachuelo, solo advertido por el sonido que mana de su paso suave y continuo entre brotes, caídas y piedras.

Las cartas son y han sido una forma de mantener la intimidad en la distancia, consolar a quienes están lejos, salvar vidas, mantener amores en tiempos de guerra, o hacer uso de la palabra pública para romper cercos y visibilizar aquello que debe volverse urgente.

Herramienta a la vez creativa, terapéutica y política, vemos en la pequeñez de su ejercicio literario, la expresión de la potencia confesional que permite el ejercicio soberano de la palabra, pues quien se espera reciba su íntimo mensaje, no está ahí para limitar lo escrito.

También envuelta en un halo de nostalgia que nos remonta al imaginario de casillas, sellos, estampillas o carteros, los tiempos largos y la capacidad conmovedora de las cartas, difícilmente podrá ser reemplazada por la inmediatez de la virtualidad, del mismo modo que las pantallas son un muy pobre sustituto del fuego.

Como parte del rito siempre inacabado por el nunca más, la compilación de epístolas que compartimos en esta sección, son resultado de escrituras que buscan interlocución con compañeras y compañeros del pasado, del presente y del futuro, muchas veces, con quienes ya no pueden respondernos, o bien, con fragmentos y épocas de nosotros y nosotras, que necesitan ser vistas, interpeladas, remecidas o abrazadas.

¡La memoria siempre!

Te recuerdo Víctor

Inolvidable y eterno Víctor Jara:

Tu legado de amor y compromiso político social están más presentes que nunca.

Vienen a mi memoria miles de momentos vividos para la Campaña del Presidente Allende; a mi corta edad, te escuché cantar en Talca. Cómo olvidar la Plegaria a un Labrador y tantas otras.

Tu origen campesino te dio esa sensibilidad. De niño conociste la explotación a los Campesinos.

Que alegría cuando triunfó nuestro Compañero Presidente, el pueblo esperanzado.

Confiábamos en tener una vida digna para cada uno de nosotros.

Con el Golpe del '73 nuestras vidas se truncaron y tú, como tantos otros compatriotas, fueron brutalmente asesinados, desaparecidos, torturados. Pero tu voz y tus canciones se escuchan en todo el mundo, esto es el castigo moral para todos los verdugos: Eres inmortal para todos los que escuchamos y compartimos tu mensaje de amor universal y justicia social.

*Honor y Gloria,
Mónica Corvalán Latapia*



«Grande Victor», Mural de @pablozyp. Santiago de Chile, 28 de noviembre de 2025.

Estimado presidente Allende

Pronto se cumplen 50 años de su segundo nacimiento.

Le escribo desde un espacio atemporal cuyos contornos se rindieron a su bravura templada.

Debe de ser uno de los pocos despojos exquisitos; ahora, Usted pertenece a la humanidad.

El encargo que me hizo lo he cumplido presidente. Sepa que tengo una familia de gente libre y noble, sensible y bella, montada en la ola cadenciosa del humanismo.

Nunca he creído que exista vida después de la muerte, pero Usted hace temblar esa creencia. Mas, sin embargo, su nombre habita en la memoria del planeta en los momentos en que el recuerdo simplemente sueña con la justicia y el amor.

Cuando Usted entró a La Moneda, entré yo también. Y cuando en septiembre lo vino a buscar la historia, algo de mi murió con su partida.

Fue de su mano que ingresé a la marcha infinita que heredamos de Usted y que recorre constelaciones de premuras atadas a las guirnaldas del tiempo y que se pueden ver cuando la luna se desnuda.

Quiero declarar que le he sido leal y he actuado en consecuencia de la misma manera que lo fue Usted con nosotros. Me siento en paz con su ejemplo.

Las puertas de La Moneda tienen estampada su sombra, el metal de su voz y el reflejo de sus lentes.

Usted es mi eterno presidente, candidato a soñador y domador de estrellas, transeúnte de lujo sempiterno, ineludible mago de la astucia.

Me despido hasta que la muerte me permita asistir a su discurso de bienvenida como el año '70, cuando llegué a la Alameda de las Delicias embanderada, en una carretela de un solo caballo, a mi cita con Usted y con su causa.

*Atentamente,
Un allendista que lo admira
Santiago de Chile, cualquier agosto de un año por venir*

Carta a los que viven conmigo

A esos 50. Sin cuenta heterogéneos flotantes entre ideas de futuro.

A esos 50. Sin cuenta muertos insondables, amigos, líderes, familia, ciudades, espacios.

Vengan desde paraderos lluviosos del sur, desde el sol arenoso de las minas, desde Cuba, Venezuela, México, Centro América, Europa y desde oriente.

Vengan los huidos que no llegaron de vuelta.

Vengan de la muerte.

Hablemos de los 50. Sin cuenta los hechos tomando el cuerpo, el respirar y el aliento. De los 50. Sin cuenta diálogos silentes sobre ausencias y dolores. Hablemos de la ola que martilla una y otra vez la voz muerta. De este terror traspasando el cuerpo hasta nuestro estado de piedra. Díganme, ¿cómo sacar el dolor del alma si con tan solo mirarla vuelvo a ser esta piedra?

50. Sin cuenta sonrío al verlos, aunque cansados de la felicidad lograda cuando se señalan cargos y asesinos, avanzando desde donde estamos mirando por delante las sonrisas leves de los caídos.

¿Se han dado cuenta? Desde el 1 los años se han numerado lentos hasta 50. Medio siglo ¿Cómo tanto? El pasado se fue sobresaltado y lento.

50. Sin cuenta de los muertos, los torturados, los atormentados, los aislados, los repatriados, los años caminados. Todo eso llora a escondidas. No se quieran morir desperdigados, acarreando huesos a la puerta de sus padres. 50. Sin cuenta lo guardado, fardos de tristezas aquí y allá asomando.

Este Setiembre los invito a venir, quiero recogerlos, atenderlos, contenerlos para revivirlos a nuestro lado. Quiero conversar, saber cómo entrar a los espacios sabios en este contacto. Quizás saldremos del rincón oscuro, para seguir adelante y caminar una vida no segada. No hagamos silencio, digamos mil veces algo. Hasta que lo hablado abra horizontes a lo que amamos.

*Los quiere y abraza,
Cecilia, Sin Cuenta*



La Revuelta. Santiago de Chile, 16 de noviembre de 2019.

Compañeras, compañeros

Una carta no puede ser sino una puerta abierta a un nuevo diálogo, a la búsqueda de nuevas ideas; a la comparación de experiencias entre quienes comparten vivencias comunes que, sin embargo, pueden haber sido comprendidas de maneras diferentes.

Nosotros compartimos un proyecto colectivo, que fue destrozado a sangre y fuego. Y no es una figura literaria, sino la descripción simple y clara de la realidad. Luego vinieron años de más sangre, de miedo, de luchas quijotescas contra los molinos acorazados de la codicia y el odio. Muchos de nosotros asumimos los costos y los riesgos de nuestros compromisos. A diferencia de los poderosos, nosotros pusimos nuestro propio cuerpo en la línea del riesgo, no pagamos a otros, no nos escondimos mientras otros se arriesgaban por nosotros.

Llevamos, por eso, escondido en nuestros corazones, un legítimo orgullo. También llevamos las heridas propias e inevitables de nuestras opciones. De eso, por lo general, no hablamos. Suficiente se ha dicho y hacemos lo que se pueda para cuidarnos entre nosotros. Pero hay otros que sufrieron, que fueron arrastrados, que no tuvieron tiempo ni lugar para elegir: aquellos que nos amaban, que dependían de nosotros o que nos sostenían para que pudiéramos seguir.

A esos seres, amantes y amados, que quedaron atrás atrapados en su angustia, compañeros, yo no sé cómo mirarlos. Yo no sé qué decirles, compañeros, compañeras, pero hay que decir. Yo sé que algunos, sobre todo algunas, nos acompañaban como un rayo de sol tendido a través de los horizontes, mientras otros pesaban como un orificio en el corazón, pero ellos no lo sabían, no podían sentir lo que sentimos.

Por eso esta carta no puede ser sino una pregunta: ¿Cómo lo decimos, compañeros, compañeras? ¿Cómo hablamos con esas y esos que nos acompañaron en la distancia, muchas veces en un obligado silencio, que nos vieron partir con miedo, que esperaron con angustia, que en el mejor de los casos nos vieron volver con cicatrices visibles o invisibles? ¿Cómo aceptamos las formas de su dolor, las cicatrices que ellos también ocultan, porque supieron o imaginan nuestra odisea, porque vivieron también sus vidas? ¿Cómo las tomamos para fundirlas con las nuestras y hacer de ellas un nuevo comienzo o una serena aceptación? Yo sé que ha pasado mucho tiempo, que muchos de ellos y ellas ya no están, que puede parecer un ejercicio inútil, pero para mí, solo es posible ahora.

¿Tienen ustedes esas palabras, las encontraron? ¿Pueden prestarme sus palabras, compañeros, compañeras?, ¿pueden ayudarme a romper estos silencios?

Por eso leo, por eso escribo esta carta, por eso hago preguntas a unos y otras, porque no me sirven las palabras ya sabidas, porque llegué tarde con mis explicaciones.

Salvador Acevedo

Carta a María Isabel, la niña que fui

Querida Chabelita:

No imaginas con cuanto amor inicio estas líneas. Chabelita es el nombre por el cual te llaman tus padres y tus dos hermanos. Eras la menor y la única mujer entre tus hermanos, los que siempre te cuidaron y protegieron como tus padres les enseñaron.

Creciste rodeada de amor y cuidados en un hogar cálido y dulce, donde no faltaban las canciones cuando íbamos de paseo. La vieja guitarra en la que nuestro padre sacaba las mejores notas y con la que nos enseñó los primeros arpeggios, más la voz dulce de nuestra madre, creaban el clima perfecto en vacaciones y en cada oportunidad en que estábamos los cinco juntos.

El colegio te fue de un transitar fácil y así llegaste a rendir la PAA en donde fuiste el orgullo de tu familia. Pudiste estudiar cualquier cosa, pero te decidiste por la carrera de Servicio Social en la Universidad de Chile. La vocación por estar junto a los más desposeídos había calado desde hacía tiempo en tus entrañas.

De manera paralela, nuestro país vivía en una constante efervescencia desde el triunfo en las urnas del Compañero Salvador Allende Gossens. Nuestro padre había sido designado Director de la Empresa Nacional de Electricidad por el Compañero Presidente y ejercía su trabajo con un gran compromiso y una magra remuneración.

El tiempo de la Universidad fue hermoso, con nuestra entrega diaria a un proceso de transformación de la sociedad. Vivimos la nacionalización del cobre, la tierra para el que la trabaja e hicimos trabajos voluntarios en asentamientos campesinos. Recuerdo con cariño la cosecha de limones y cebollas en un asentamiento en Melipilla donde trabajamos con unos compañeros vietnamitas.

Y luego cuando la derecha sacó sus garras a través del paro de camioneros, recorrimos campamentos entregando alimentos a precio justo. Cargamos sacos de harina y azúcar en la estación San Eugenio de FFCC. Nos sorprendía la noche, pero no había cansancio; éramos parte de un proceso histórico maravilloso. Recuerdo marchar a la Moneda con mis compañeras y compañeros de Universidad en un día de lluvia, a defender al gobierno del Compañero Presidente: “¡Allende, Allende, tu pueblo te defiende!”. Allí estábamos estudiantes y obreros, unidos en una sola voz que aún puedo escuchar: “¡Allende, Allende, tu pueblo te defiende!”.

Luego vino el horror; nuestro padre presenció desde su oficina el bombardeo a la Moneda. No alcanzamos a salir a la Universidad. Teníamos clases tarde y el cielo se cubrió con nubarrones que presagiaban la oscuridad por venir.

Desde allí todo transcurrió de manera vertiginosa y, no sé cómo, de pronto estabas en las manos de monstruos vestidos de gris como sus almas. Te dejaron sola en cuartos oscuros donde de pronto aparecía un ser repugnante para amenazarte. Y luego, cuando creías que el terror había pasado, aparecía otro hombre de gris, pero sin amenazas y tratándote de mejor forma. Tú sabías que eran lo mismo; el mismo mal vestido de uniforme. Y no cediste, aun cuando el horror fue mayor.

María Isabel, mi Chabelita, ahora somos una, ya estás en casa conmigo. Juntas crecimos y superamos, no sin dificultad, los dolores y los horrores de ese tiempo. Pero ya estás conmigo, nada pudo derrumbarte. Te convertiste en una profesional destacada, siempre en el lado correcto del camino, ayudando a cuantos jóvenes de ti necesitaron; no sucumbiste al horror.

Termino esta carta sintiéndote en mi corazón, que palpita fuerte junto al tuyo y con el orgullo de que nada ni nadie nos venció y que hasta nuestro último aliento permaneceremos juntas... No temas mi pequeña: yo vigilo tus sueños.

*María Isabel Sanhueza Garrido, 68 años
Agosto de 2023*

Del rito de visitar el Patio 29

*No hablaré de novedades.
La historia está amordazada,
se dice a sí misma a través de malas amarras
del mismo espacio deja el trazo que la sujeta.*

*Más palabrea mi alma en convivencia con el lápiz.
Debo sacar melodía de la tromba que no sé hurgar.
¿Cómo vivir esta vida no mía?
¿se fue acaso con mis camaradas o mis perdidos?
¿Dónde puedo encontrar contenta la vida?*

Ayer, una deslavada y añosa cruz clavada a la pared lanzó un rayo luz a mis manitas rezando. ¿Dónde quedó ese rayo de luz?

Hoy recordé a mi niño de 17 años, fusilado, a su hermano mordiendo la punta del cuello de su camisa, en el funeral. Veo latones en el «Patio 29» diciendo, ¿cómo habría sido seguir viviendo? Hay muros guardando nombres y uno de ellos había nacido el mismo día de nuestra visita. Los miles de nombres nos zarandean. Alejada de ellos está la marmórea tumba del presidente Salvador Allende, levantada, sola y distante.

Quiero dejar mi futuro esqueleto boca abajo, con brazos extendidos sobre los arrumbados muertos y cantarles mi cariño de madre, darles calor y acompañarlos por siempre.

Cecilia

Adiós Tomás

Nuestro bello hijo amado

Hoy estamos de duelo. El fin de tu vida nos convoca en un dolor que nos conquista.

Desde el día de tu accidente venimos en parte huyendo de los sentimientos para poder seguir viviendo a pesar del dolor. A veces nos pisaban los talones o nos alcanzaban y desbordaban y parecía que todo se iba a venir al suelo. Pero humildemente podemos decir que, hasta ahora, la vida no nos ha mandado carga que no hayamos sido capaces de sobrellevar. Y tú nos terminaste de entregar esa lección hijo amado.

Nuestra pequeña historia se engrandeció contigo, con tu sensibilidad y tu mirada profunda y larga, capaz de llegar a las personas hasta un plano más allá de las apariencias. Un amigo tuyo alguna vez nos comentó que varios de tus amigos lo eran por tu facilidad de ver en ellos cosas que otros no eran capaces de ver. Siempre calaste profundo en las vidas de todos los que te rodearon y simplemente nos decías la verdad que se te revelaba. Tu intuición junto a la argumentación llevada hasta el límite y tu capacidad de discurrir horas manteniéndote fiel a ti mismo, eran admirables, poderosas. A veces también enervantes. Pero siempre te costó volver esa mirada serena hacia ti mismo.

La rebeldía fue el sello que marcó tu vida. Te agradecemos que estos años hayas seguido luchando hasta ver a tu niña convertida en una mujercita. Quizás esa fue la principal motivación de tu lucha. Y cumpliste. Y a nosotros nos será fácil cumplir la promesa que te hicimos de amarla y cuidarla con la primorosidad que tú lo harías.

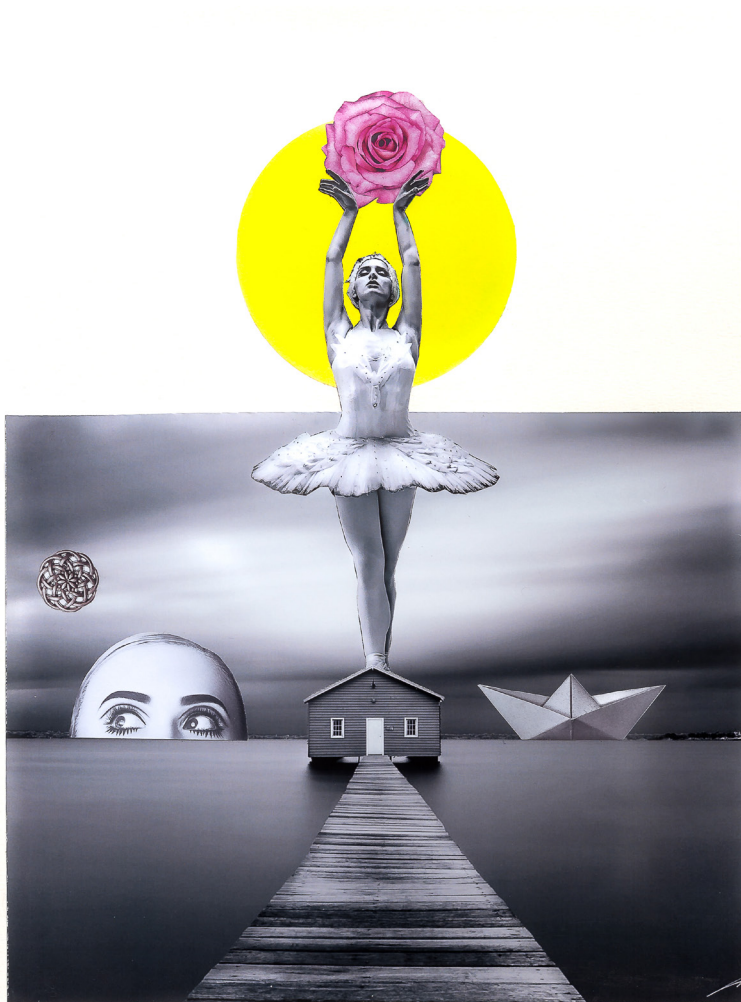
Porque resistir a tanto y de tantas formas es lo que nos ha tocado hijo mío. Pero la vida nos ha encaminado y puesto amor en la cordada. Porque han sido muchos los que nos han acompañado y la han llenado de cariño. Amigos con los que nos sostenemos y animamos a seguir, en la certeza que lo hacemos porque aún quedan los por quien seguir haciendo camino.

No nos desvaneceremos en la melancolía, sino en la celebración de que contamos con los que compartimos la vida y también esta muerte.

Nuestro homenaje hacia ti consistirá en seguir resistiendo y amando a los nuestros, que son todos. Porque finalmente sólo es el amor lo que queda y de donde sacaremos la fuerza para seguir. Sólo es el amor lo que importa y nos otorga una felicidad profunda. Por ese camino sabemos que nunca nos extraviaremos. Y esa fue otra lección que nos dejaste Tomás.

Adiós Tomás, bello hijo amado desde el primer instante en que te asomaste a nuestra existencia. No llegará la hora en que nos volvamos a encontrar. Quizás alguno de los átomos que nos hicieron padres, madres, hijos y familia se volverán a juntar y serán parte de la vida en algún otro lugar y momento. Quizás. Pero lo que sí sabemos es que eres parte de nosotros y te llevaremos en nuestros corazones para siempre, porque sabemos que tú estás en cada uno de los corazones que aquí hoy laten por ti.

*Con amor,
Daniela y tu papá (KIKO)*



Para Isabel

Querida madre:

Hace tiempo que quería escribirte algunos pensamientos que tengo. No encontraba ni el momento ni el tiempo para sentarme a escribir esto que siento...

Es difícil ponerlo en palabras, ya que mi pensamiento viaja más rápido que mi escritura, sin embargo, aquí estoy, tratando de poner un orden en estos sentimientos que se agolpan en mi corazón y nublan mi sentir.

Cuando evoco tu figura siempre viene a mi mente un recuerdo de mi niñez; cómo nos llamaste a tu cama para mostrarnos que se había colado un grillo en tus colchas y nos lo indicabas para que lo conociéramos. O esa otra vez que te emocionaste al ver una familia de quiques que cruzaban el camino rural en Linares.

Fuiste una madre creativa y vivaz, nos llenaste de tus tejidos que lucíamos con tanto orgullo. Nos enseñaste lo importante que era no discriminar a la gente por su color de piel o por su orientación sexual. Te gustaba mucho la música rock y tus ídolos eran David Bowie o Freddie Mercury. Te gustaba la música Andina de Perú y Bolivia. De lo nuestro, te gustaba mucho Violeta Parra.

Cuando pienso en los paseos que hacíamos para tomar helado o salir al cine, fuiste una compañía divertida y una amiga muy querida. Es difícil para mí saber que ya no tendré tu cercanía y que tu partida lleva ya varios años. Hablar o decirte “Hola madrecita”, se hace muy duro cuando veo tu cuerpo en esa cama.

Si bien es cierto que mi padre te cuida como si fueras una bebé recién nacida, no deja de ser una paradoja tu partida, tanto mi padre como yo, tu hija, estamos en esta realidad de pesadilla en la que recordamos tu figura sana y nos enfrentamos a la realidad en la que no podemos recuperar tu alma atrapada en un cuerpo que no funciona.

Solo deseo el momento en que tú seas libre, que podamos despedirte para aquietar mi recuerdo y poder descansar contigo.

Mónica
Agosto 2024

Carta a los nuevos soñadores

Les vengo a contar un sueño. El sueño de que en nuestro país tuvimos un sueño. Un sueño largo como nuestra geografía, alto como la cordillera y profundo como el mar. Un sueño que duró mil días, pero que se había venido tejiendo por décadas, a pulso e impulso de manos y voces en su mayoría anónimas, que se aplicaron durante miles de horas a la tarea de ir coloreando y dándole matices únicos a la artesanía más hermosa y vital que puede producir un pueblo: un sueño colectivo... y desde este rincón del planeta pobre, fuimos capaces de inspirar y entregar esperanza a otros pueblos pobres.

Sabemos lo que vino después. No sé si corresponde decir que nos quitaron nuestros sueños o dejamos que nos los quitaran, que no los supimos defender, que los traicionamos o sepultamos. El caso es que hoy no hay sueños colectivos, ni queda pueblo que pueda traicionarlos; como quien dice, se hizo humo. Ahora les pregunto a los que aún permanecemos vivos, porque nuestros muertos ya hablaron y se siguen pronunciando desde algún lugar remoto, aunque ya no queramos escucharlos: ¿Cuáles son sus sueños hoy?... Han sido décadas de pasarnos maquinaria pesada por encima para aplastar nuestros sueños y hay que reconocer que consiguieron dejarlos bastante planos. La verdad es que nuestros sueños hoy se enmarcan dentro del álbum fotográfico del mercado, que es el nuevo orden y el dinero su dios. No hablamos del orden de los setentas y ochentas, para nada. No se necesitan bandos, toques de queda ni bayonetas para que funcione. Es un orden al que nos sometemos en completa y aparente libertad. Es un orden donde nadie te obliga a ser buen alumno, pero si te sacas malas notas te quedas en la calle.

El orden, que es como decir la orden, se incrustó en nuestro ADN como un bloque compacto del que todavía no encontramos salida colectiva y donde solo vale saber nadar en la pecera individual. Lo vivimos, sentimos y nos movemos en una hiperrealidad que en mi sueño lograba vomitar más o menos así: “Mis sueños son tan grandes como el dinero que tenga. Valgo por lo que tengo, no por lo que soy. Si tengo más dinero, tengo más derechos. Si me va mal en la vida, la culpa es mía. Compro, luego existo. Los demás valen tanto como puedan aportar a mis fines. La ética que me mueve es: primero me salvo yo. Siempre quiero tener más, hasta el último de mis días. Nunca des nada si no es por algo a cambio. Acomódate a las reglas y serás exitoso. Eres libre de acomodarte a las reglas. Las reglas no están escritas, están inscritas en tu mente. Puedes tener la religión que quieras, pero el dinero es el Dios universal. El poder organizador del dinero mueve y deja todo en el lugar

que le corresponde. Nada tienes asegurado. La incertidumbre y el miedo al futuro serán el motor de tus acciones. Lo único permanente es el miedo al futuro. Estarás solo y serás solo. Nada tienes en común con tus competidores. Siempre aparentarás tener más de lo que tienes, etcétera”.

Nos vamos entendiendo, ¿verdad? Les cuento que sentí un gran alivio luego de vaciarme de tanta realidad.

Enrique Correa Jaña

Para el buzón que un día pusimos en el PRAIS

Querida persona que quiero conocer:

Te escribo esta carta para contarte algo que para mí ha sido una muy buena sorpresa en la vida; se trata de un grupo de usuarios y usuarias PRAIS, como tú y yo, con quienes estoy participando en un muy revelador taller de creación literaria, llamado «La Barca Luna», para la persistencia de la memoria.

Ha sido una muy grata experiencia y como dije antes, también reveladora, porque me ha permitido llegar a conocer gente, historias, imágenes, saberes, así como compartir lugares a veces comunes y otros sorprendentemente nuevos. Todo esto, con el mayor respeto por cada uno y los diferentes caminos a nuestra propia e individual memoria.

Porque me siento contenta de ser parte, es que me gustaría invitarte a integrar esta comunidad, donde sin duda te sentirás a salvo para contar o sólo oír: no hay obligación alguna en el desarrollo de este taller. Sin miedo te digo que tendrás una recepción feliz, llena de la delicadeza y el cuidado que nos merecemos.

Hasta aquí puede que pienses que soy quien lo organizo o algo así, pero no, igual te confieso que yo ingresé sabiendo de la sensibilidad y cariño de quien lo imparte; justamente por eso que pensé en contarle a otros para que se nos unan.

El grupo que hemos ido formando, diferentes en muchos sentidos, ha ido creciendo con una natural confianza. Hemos sido contenedores y contenidos, leedores y leídos, algunos hablamos más y otros menos. Hay los que escriben y disfrutan más del ejercicio, otros, quienes aún nos sentimos reacios a exponernos; como sea que tú seas, te estaremos esperando con libertad y apertura para oírte y que nos oigas. Seremos hermanos de taller, de nuevos descubrimientos y conocimientos, intruseando en pequeñas muestras de autores y estilos.

Por último, déjame tentarte con los conversados desayunos colaborativos que van haciéndose parte de un rito infaltable de esta comunidad. Nos hemos visto una vez a la semana de 10:00 a 12:30 hrs. y lo que recibimos, creo, es una gota de rocío nueva, para mirarnos hacia adentro y ver a otros, muchos otros, tal vez distintos, pero finalmente como nosotros.

Me despido, en el optimismo de verte pronto.

D. Santos

Carta a una compañera o compañero en dolor

Te escribo esta carta anónima, para acompañarte en tu pena, nuestra pena, la pena de Chile, de Gaza, de los pueblos abatidos. Su propósito es solidarizar con tus reflexiones y, por sobre todo, tus sentimientos.

Haber llegado a 50 años sin olvidar asesinatos alevosos como los de Salvador Allende, Sofía Cuthbert, José Tohá, Víctor Jara, Miguel Enríquez, Jecar Nehgme, Lumi Videla, Cecilia Magni y tantísimas otras mujeres, jóvenes, niños y hombres mucho menos conspicuos, pero todos nuestros, puede sorprender a algunos. Lo que quizás haya sido más inesperado para nosotros, es el largo y escabroso acarreo de una intensa pena por los sufrimientos propios o ajenos, causados por la represión fascista. Esto me parece que requiere nuestra particular atención por lo irremediable, intenso y perdurable que ha sido y seguramente será.

Pensé escribirte estas líneas a mano, pero mi letra es tan poco orgánica que te tomaría tiempo descifrar algunas palabras. Preferí no ponerte obstáculos, para ir al meollo del asunto. Hace ya dos días que, con mi compañera y muchos queridos amigos y conocidos, además de numerosas personas longevas y también mucha juventud, gran energía e inmensa tristeza, acompañamos a Joan Turner a su siembra junto a su amor, Víctor, quien, como sabemos, fue asesinado de la manera más cobarde, brutal e inconcebible.

Le tocó a Joan recoger personalmente los restos de Víctor en la morgue, en medio de cientos de cadáveres de personas mayoritariamente jóvenes, maltratadas, irrespetadas, ultrajadas. La historia de este caso es quizás una de las más conocidas y en mayor detalle, pero lo brutal de sus circunstancias me invita a esta breve reflexión que quiero compartir contigo.

Me tocó escuchar a las hijas de Joan y Víctor, llamando a no cesar en la búsqueda de la verdad, a mantener la unidad, a ser fuertes e invitando a algo que puede parecer inusitado: a no vivir en dolor. Amanda Jara ya había expresado esa reflexión en forma pública en otras ocasiones. Ambas, Manuela y Amanda son hoy un fiel reflejo de su madre Joan, en su entereza, persistencia y altruismo, dispuestas, hoy más que nunca, a ayudar a todo aquel que lo necesite por haber sido víctimas de las atrocidades humanas de la dictadura '73 - '89 y de la democracia vigilada en que vivimos.

Llama profundamente la atención el llamado de Amanda a vivir orgullosamente nuestras memorias de los valientes que han caído en su lucha por todos nosotros, a hurgar en la riqueza de sus vidas, a compartir el legado con otros y a convertir el dolor en militancia solidaria, activa y tolerante de la diversidad de pensamientos y pareceres.

*Te abraza con la certeza de que un mundo mejor es posible,
Un compañero*





ESPEJOS DE AGUA

O el tejido de espirales de memorias para remirar(nos)



Sabemos que la tormenta, como el llanto, no pueden ser eternos. En la quietud podemos tomar distancia, sabernos no tan solitarios o solitarias. A ratos aparecen en nuestro camino cuerpos de agua que se van formando en la aridez del olvido. Al aproximarnos a estos cuerpos, en calma, cuando se asientan en la superficie de nuestro paisaje y su hondura no es demasiada, podemos vernos en su espejo.

Es ahí que descubrimos la potencia de la memoria como un espiral hacia abajo y hacia arriba, entre pasado y futuro, desde nosotros y nosotras hacia otras y otros, para retornar, nuevamente, hacia nuestro propio ser.

Ese ciclo infinito, mediado por espejos de agua, nos ha permitido descubrir que la memoria teje lazos cada vez que vuelve a pasar por rincones que pensábamos en el olvido individual o colectivo. Es el reflejo de lo personal, lo íntimo, en lo social y viceversa; una espiral que nunca se detiene.

Con el correr de múltiples calmas y tormentas, nuestro Taller fue encontrando sus propios espejos de agua, cada uno con su propio recorrido en espirales de memoria. Pudimos conocer parte de sus vidas, su trabajo, militancias, aprendizajes, dolores y esperanzas, en jornadas que atesoraremos siempre.

Su compañerismo, persistencia, inspiración y fraternidad se manifestó de manera muy profunda. Y aunque cada encuentro fue único, irrepetible, todos lograron hacer que la fuerza de sus palabras continúe haciendo eco en quienes pudimos ser parte del rito.

En esta sección compilamos fragmentos de los textos, materiales y testimonios que nos compartieron estos cuerpos espejo, quienes, sin dudarlo, se unieron a nuestras aguas en una danza colectiva y espiral, siempre inacabada.

A Bernardo Colipán Filgueira, Catalina Bosch Carcuro, Jorge Lillo, Haydee Oberreuter, Alberto Kurapel y Susana Cáceres, Fedor Sánchez, Rubén Pino, Lorena Amaro, José Bengoa, Mágara Millán y Bernardo De Castro, nuestras infinitas gracias.

Chüllpiuke/Nervio vago *Fragmentos*

Mogen piuke es cuando el corazón alcanza su más alta tonalidad y es capaz de irradiar la energía vital. El pensamiento orienta el movimiento. El sentimiento lo hace girar.

Nuestro cerebro responde a los latidos del corazón. El momento en que se unen ambos, se llama Kiñewun que significa hacerse uno, unirse.

A un latido emitido por el corazón, el cerebro responde con un juego distinto en sus neuronas. Sabemos lo que sucede en el exterior, sólo cuando nuestro cerebro se comunica con el corazón.

Los Enúe del caribe colombiano, son un pueblo Sentipensante y combinan la razón con el sentimiento, así producen un saber emocional. Lograron unir lo que antes nadie pudo, llegar al trance de pensar sintiendo.

El lenguaje Sentipensante nos ayuda a pensar sintiendo y sentir pensando. Somos capaces de conocer el mundo que nos rodea, sólo si nuestro Piuke/corazón con el müllü/cerebro se comunican.

[...] El Piuke/corazón puede aprender, recordar y percibir.

Zuam tuniew es acordarse de algo. Es traerlo al presente. También es deseirlo.

El amor es un estado de conciencia inteligente. Cuando dos personas se encuentran en la vida, una le dice a la otra “Ñe ayum” que quiere decir, mis ojos se abren para ver tu luz interior.

Ayütupiukewn es amarse con todas las terminaciones nerviosas que tiene el corazón. Sólo el corazón sabe si un abrazo deja de ser idéntico al otro.

Bernardo Colipán Filgueira,
del libro Códice Nütram. Inédito

Canelo
Fragmento

Este es el árbol sagrado
del mapuche religioso:
vegetal maravilloso
que en nuestro pueblo es usado.
Es remedio destacado
que ya usaban los yaganes,
cuando anduvo en Magallanes,
Francis Drake, después de Elcano.
Hay que tenerlo a la mano
pa que la peste no gane.

Hay maneras muy seguras
de hacer la preparación:
como baño o infusión,
en cocimiento o tintura.
Y además, si usted me apura,
—después de haberlo filtrado—
se usa como lavado
para limpiar toda herida,
dos o tres veces al día,
con preciosos resultados.

Jorge Lillo,
del libro *Décimas del Yerbatero*. Libralia Ediciones, 2022

Olla común con mar de fondo

Fragmento

Cuando se inició el conflicto de los pescadores, gran parte de los habitantes de la isla los apoyaron de manera incondicional. Consideraban que sus demandas eran justas y vindicatorias. No tenían por qué aceptar, los alentaban, bajo ninguna circunstancia, las imposiciones arbitrarias del Servicio Nacional de Pesca, que les quería restringir drásticamente, en base a criterios antojadizos y estudios insuficientes, la cuota de extracción de la merluza, uno de sus principales ingresos, ni mucho menos los precios irrisorios que se habían fijado los mayoristas para su adquisición.

“Qué se habrán imaginado estos hijos de puta”, vociferaban los pescadores, aleonados por sus conciudadanos. Esta vez no estaban dispuestos a permitir ningún tipo de atropellos. No, señor. Y, como suele repetirse en casos de abusos. Demandas laborales y excesos de todo tipo, iban a luchar hasta las últimas consecuencias...

Iván Osvaldo Espinoza Riesco, bajo el pseudónimo «La Pulpa Sara»

Ganador de la VI Versión del Concurso de Cuentos Juan Bosch

Fundación Juan Bosch Chile

Extracto del libro compilatorio donado por su nieta, Catalina Bosch Carcuro, nuestra querida visitante, a la Mini Biblioteca Comunitaria del PRAIS Metropolitano Oriente

«Natalia Hidalgo Leiva y Álvaro Barrios Duque»

*Tenemos pues en Juan Bosch
un autor reflexivo y un político coherente
que vivió en el exilio gran parte de su vida,
que luchó contra la dictadura,
fundó partidos políticos,
fue elegido presidente, derrocado,
salvado de un atentado...*

Fundación Juan Bosch

Haydee y el Pez Volador

Fragmentos

“Nací, me crie y me eduqué porteña. Y aunque mi familia era de izquierda, el orgullo que sentíamos de tener a la Armada de Chile era enorme. Esa marina es la misma que un día decidió entrar a mi casa, tomar detenida a mi madre, tomar a mi hija y secuestrarlas para lograr mi entrega...”

“Yo no puedo sino quedar partida en dos por el recuerdo de mi madre, secuestrada en este lugar, con mi hija de un año y medio, Ewa, metida en este lugar... y con mi hijo Sebastián que llevaba en el vientre, que se queda aquí para siempre”.

Haydee Oberreuter en el documental Haydee y el Pez Volador,
de Pachi Bustos

*Convertida en dragona alada
Soporopa de múltiples colores,
te sabemos sobreviviente, nunca víctima.
Nos hablaste del kintsugi,
¿lo recuerdas?;
por ahí brota, infinita, tu sonrisa.*

Geografía de Ausencias, CinEscena de Exilio

Fragmentos

“Hijitos, hijitos míos, ¿dónde los llevaréeeee?, ¿dónde, los llevaréeeeeee?”.

“La imagen es el movimiento suspendido entre el impulso hacia lo secreto y la desesperación. La imagen es el movimiento suspendido entre el impulso hacia lo secreto y la desesperación. La imagen es el movimiento suspendido entre el impulso hacia lo secreto y la desesperación. La imagen es el movimiento suspendido entre el impulso hacia lo secreto y la desesperación”.

“¿Dónde se fragmenta más el pensamiento? ¿En qué lugar del relato de nuestra Historia aparece la duda de todo lo real sin borrar nuestras cicatrices...?”.

Alberto Kurapel, Premio Nacional de Artes Escénicas, 2023

y Susana Cáceres,

La Compagnie des Arts Exilio, 1983-1996

Circuito en-cerrado de tele incomunicación De las relaciones con la Cárcel de Alta Seguridad

Fragmento

Los soportes del pesado portón, de dos y medio por seis metros de largo, comienza a ceder de tanto vaivén, y con él las barreras que nos separan de los otros módulos de segregación y se abre la conciencia de otra visión del “poder de todos nosotros”; nos dio la gana de ser, haciendo hablar al ejemplo; y nos dimos cuenta que para ser, debíamos abrazarnos, realmente todos los que somos; los que nos reconocemos como pueblo que lucha. Y tocar otros cuerpos, escuchar otras voces; restituirnos en nuestras partes, en nuestras posibilidades de hombres libres, acariciar nuestra rebeldía.

Fedor Sánchez,
del libro Cárcel. Cuentos Cortos

De Santiago a Managua

Fragmento

No recuerdo nada más del 5 de octubre. Todo se va a negro; ni siquiera brumoso, donde algunas formas pugnan por mostrarse. Negro sobre negro. El miedo en la cara de mi mamá fue suficiente para entender la seriedad de las cosas que ocurrían y su relación con Pinochet. Porque de modo implacable, todo lo serio y amenazante en esa época se relacionaba con él. “Van a salir los milicos a la calle”, sonaba más terrorífico que el cuento del viejo del saco o de La Llorona. Cuando se hablaba de los milicos, hasta los adultos desencajaban los rostros y se guardaban en sus casas, a escuchar la radio y ver las noticias, a pasar revista a la conciencia y asegurarse de estar libres de pensamientos izquierdosos. Los milicos podían pillarte y llevarte, hacer lo que quisieran, no se podía hacer nada. No era como el viejo del saco, que, si no creías en él, no pasaría a buscarte.

Tales sentimientos de miedo e impotencia no me eran nuevos a esa edad. Ya en una ocasión anterior, en el invierno del año ‘86, los había vivido. Fue una mañana en que desperté con un milico de rostro funesto registrando la casa, haciendo temblar el piso de madera con cada paso que daba con sus bototos quebrantahuesos, revolviendo las ropas en el closet y hurgando en los cajones de la ropa interior, manoseando la intimidad, olisqueando como perros hambrientos. Shhhh, me susurró mi mamá, más quieta que micro en pana, e igual de ansiosa por volver a ponerse en movimiento.

Habían allanado la población a primera hora de la madrugada, bloqueado las calles con camiones militares y sacado a los hombres mayores de edad de las camas. Los llevaron a todos a la cancha que estaba a una cuadra de mi casa. Miedo y alarma fue lo que abuelas, madres, esposas, hijas e hijos, masticaron y tragaron ese día.

Rubén Pino

Stencil de la Mini Biblioteca Comunitaria PRAIS SSMO

«Natalia Hidalgo Leiva y Álvaro Barrios Duque»



Bernardo de Castro, Taller de Stencil para participantes de los Talleres «de Las Flores» y «Soporopo», en el PRAIS Oriente

El firme propósito de un testimonio ignorado

Fragmento

Hay testimonios contritos, testimonios beligerantes, testimonios que juegan el juego del espectáculo, testimonios opacos que resisten la espectacularización. Desde luego que hay testimonios mucho más significativos en la medida que relatan eventos extraordinarios o proporcionan información de primera mano sobre aspectos ocultos de una situación. De hecho, cuando se cumplieron 30 años del Golpe vimos y escuchamos muchos testimonios, se revelaron materiales inéditos, pero, a mi modo de ver, el espectro por excelencia siguió, sigue siendo, aquel proyecto por el que miles de chilenos sufrieron la persecución y la muerte. Un proyecto escamoteado por la enormidad del trauma y el funcionamiento selectivo y preciso de la maquinaria del olvido...

Lorena Amaro,
del libro *Estéticas de la Intimidad*

Viaje a Caral *Fragmento*

Pareciera ser una obligación intelectual repensar la larga Historia Americana a la luz de lo que hoy ocurre con los movimientos de emergencia y presencia indígena en América Latina. Caral es la ciudad más antigua de América y se afirma en este libro que allí comienza la verdadera Historia Americana, especialmente al sur, dejando un enorme período anterior lleno de niebla y fragmentos del caminar de los humanos por estas tierras. En Viaje a Caral, repensamos el largo pasado de América, desde los cinco mil años de distancia.

Quizá el único mérito es que el autor ha caminado, junto a su compañera, por la mayoría de los lugares que por lo general describe [...]. Es por ello que le está permitido escribir al modo de crónicas.

José «Pepe» Bengoa
Premio Nacional de Ciencias Sociales, 2025

El silencio del Violonchelo

Fragmento

A muchos años de haber dejado las armas y asumido la paz como opción de vida, una amiga me decía: “Usted no ha perdido el vicio de la clandestinidad”. ¿Qué quería decir con eso? Más que la introversión como un rasgo de mi personalidad, se refería a la inmensa dificultad que me costaba hablar de mí como persona, expresar lo que sentía y quería, contar cosas de mi vida [...]. Llevas dieciséis años siento parte de un todo, tratando de ser lo más colectiva posible, no puedes contar qué hacer, contestar sobre tu vida. Te preguntas si vale la pena. Debes existir como persona, y tiene que volver a construirte, porque la paz es también recuperar proyectos individuales. Ya no existen campamentos colectivos o las casas de seguridad, ya no cargas la casa en una cartera o mochila, sino que debes “hacer casa”. Ya no tienes que pasar desapercibida o manejar otras identidades, sino la identidad con que llegaste al mundo y creciste en él. Existes como persona, y no sólo como nosotros.

La cultura del secreto era tan parte de mí, que no lo notaba. Eran silencios, molestias, pudores, temores acumulados, que nos impedían expresar muchas cosas y aceptar que teníamos derecho a ser y reclamar, cada cual, el derecho a su propia vida...

Lectura colectiva de Vera Grabe, ex guerrillera del M-19, guiada por nuestra visitante mexicana, la académica y activista Mónica Millán





DIBUJANDO EL ARCOIRIS

Juegos literarios para la escucha, el abrazo o la risa



El arcoíris, esa luz que se descompone en el prisma de una gota reflejando diversos colores sobre el horizonte, traza un camino distinto. Dicen que es cuestión de luz y perspectiva, que podemos atrevernos a mirarlo o simplemente dejar pasar su mágico y efímero momento de despliegue sobre el paisaje.

Tras su promesa de duendes, decidimos recorrerlo. Rojo, naranja, amarillo, verde, celeste, azul, violeta, cada quién con sus colores y diseños, en compañía de juegos literarios que nos permitieron explorar el absurdo, la picardía, la sátira, el apapacho y la risa.

A veces en forma libre, otras con pies forzados como traigo en mi maleta o llevo en mis zapatos, fuimos reencontrándonos con la creatividad y la literatura sin juicios ni pretensiones, por el puro placer de escribir.

Los breves textos que compartimos a continuación son una pequeña muestra de los colores que surgieron en medio de ese goce colectivo, al atrevernos a jugar desde la escritura: revisamos nuestras manías; imaginamos nuevas formas de contribuir al género literario de los instructivos; probamos la breve interpelación cotidiana que permiten los microcuentos; creamos algunos cuentos infantiles para apapachar a grandes y pequeños; y exploramos la rítmica potencia que invita a explorar la forma poética tradicional de la décima.



Manías

Durante años tuve la manía de tener la razón, al punto que no me daba cuenta de mi obsesión por leer, precisamente para estar más en lo cierto. Las conversaciones con otros era casi siempre un cruce de espadas y, muy pocas veces, ocasión para entrenar la escasa habilidad de otorgársela a otros.

Pasaron muchas cosas que tuvieron consecuencias. La más relevante fue el darme cuenta de que no la tenía. Y como por un tobogán, en un proceso largo, solté, solté y solté, porque las piezas del diario vivir con la franqueza de lo que es real, empezaron a encajar.

Me inicié en el aprendizaje del beneficio de dudar y preguntar, cosa que me llevó a mirarme; me fui haciendo más manso, vulnerable, compasivo.

Así llegué a descubrir manías propias de lo que ando trayendo, como las llaves de mi casa. La manía de ensalada de tomates: tienen que ser pelados. O los huevos revueltos, a los que se debe romper la yema al final.

Ahora sé que no es pecado ponerse el pijama el viernes y sacárselo el lunes. Me doy permiso para estar solo y necesito un tiempo seguido para soñar.

Alejandro Durán

Instrucciones para fortalecer la memoria colectiva

En poesía: Hágase con dulzura de una lechuza.

Déjela en el ático de su corazón.

Pídale una teoría del fin del mal.

Escuche sus deducciones.

Forme un gran contubernio de lechuzas pro.

Ponga amor en los recuerdos felices.

En estilo: Difunda por megáfono los consejos del ave y su mensaje.

Hágase oír como el persecutor de detectives frente al «Bar Nacional» o «Café do Brasil».

Reviva el estilo “alabado sea el señor” escuchado en la Plaza de Armas de Santiago.

No olvide el papú-papú en la Villa Macul, del anunciador de guerras o incendios.

Comprométase con seriedad y dedicación.

En P.D. Palabras para no olvidar: tortura, violaciones, ejecuciones, desapariciones, racismo, genocidios, engaños mediáticos, robo de riquezas. «Suches mandados», jefe del ejército, Netanyahu, Kissinger, imperio, financieras del capital.

María Cecilia López Rosas

Instructivo para tener un matrimonio hermoso y feliz

1. Búsquese un novio guapo, así tendrá unas hermosas fotografías de su boda.
2. Váyase de luna de miel al lugar más caro y que usted no podría financiar por su cuenta.
3. Superada la luna de miel, júntese con su abogada y presente de inmediato la demanda de divorcio por incompatibilidad imposible de superar.
4. Si así lo desea, repita las veces que quiera los puntos 1, 2 y 3 y podrá tener muchos matrimonios hermosos y felices.

María Isabel Sanhueza Garrido

Para sobrevivir un cáncer

Revise lo insospechado de su vida.
Enfrásquese en sí misma,
pero con la cabeza tocando el corcho de salida.
Desestime la cháchara.
No dé explicaciones a nadie.
Llore a cada tanto.
Únase solo a quien quiera.

María Cecilia López Rosas

Microcuento

Llevé en mi maleta la frazada de lana cruda chilota de cuadrados blancos y negros que tomé en mi casa un día de septiembre de 1976. La exiliada todavía vive conmigo.

Ángel Negrón Larre

Lo inevitable

Todo se marchita en la vida, pero también todo resurge y se transforma. Las hojas se secan y nosotros envejecemos. Las plantas crecen y después mueren. Al fallecer, siempre volvemos a la tierra y los vivos nos mantienen en sus recuerdos. La lluvia fluye en invierno y las gotas caen como mis lágrimas al evocar la imagen de mi tía. Mi memoria. Mi memoria te mantendrá viva hasta que yo me marchite y otro me mantenga vivo en sus recuerdos.

Alsino Baeza Auth

¿La luz al final del túnel?

Cuentan mis zapatos
que caminé por oscuros laberintos,
habitados por seres monstruosos.
Cuentan que vi brillar una luz,
que corrí hacia ella pensando que era la salida,
pero solo era otra luciérnaga muerta de miedo como yo.

María Isabel Sanhueza Garrido



Playa de Horcón. Región de Valparaíso, Chile, 17 de septiembre de 2025.

Dos gotas

Álvaro empinaba la botella sobre su boca, esperando pacientemente que a su lengua cayera la última gota de alcohol. Adelantándose, una lágrima ya rodaba por el rostro de nuestra hijita Alicia. Fueron las últimas gotas que vi caer, antes de tomar a Alicia y arrancar hacia nuestra libertad.

Pasea pero no jadea

Previsiblemente, los amos conversaban animadamente trivialidades sobre las comidas y hábitos de sus mascotas, mientras estas jugaban y se olfateaban a su alrededor. Desde hace meses que los observo a diario, nunca he intercambiado palabras con ellos y puedo entender que el parque es para que todos lo disfrutemos. Lo que no puedo explicarme es por qué no hacen nada cuando ven a sus mascotas hacer sus necesidades sobre mi carpa. Mal que mal es mi casa.

Feliz cautiverio

Francisco soñaba con los paisajes de su natal Valencia cuando el ruido de caballos y armaduras lo hicieron saltar de su lecho de pieles y mantas. Su esposa Ayelén corrió a proteger al retoño que alegraba el hogar. En el fogón aún quedaban buenas brasas y restos de leños de raulí. Al asomarse a la entrada de la ruca, sintió el aire fresco de la montaña y como siempre se estremeció con la belleza del bosque de araucarias que rodeaba la comunidad. Los soldados que desmontaban casi no lo reconocieron. Terminaban así sus cuatro años de cautiverio.

Enrique Correa Jaña

La primera vez que me comunique con una araña

Era una mañana aburrida de domingo, yo recién me había levantado. Me dirigí a la terraza techada y comencé a recoger la persiana de tela blanca, cuando me fijo en una arañita caza moscas. Al verla me detuve y comencé a perseguirla con mi dedo, ella retrocedía y me enfrentaba levantando sus patitas delanteras como en un combate cuerpo a cuerpo. Yo, de ociosa, la estresaba hasta que paré y decidí leer el diario. Me senté cómodamente y repasé las noticias de esa aburrida jornada. Estaba tan concentrada en una noticia sobre delincuencia en el barrio Lastarria que, en un momento alto de mi lectura, cae sobre el diario un vólido diminuto, provocando mi sobresalto y espanto... Era la arañita caza moscas decidida a vengarse por el estrés provocado. Fue tal mi sorpresa que reí de buena gana y supe que ella me había reconocido.

Mónica Gutiérrez

Isabella

*Para mis nietos sobrinos
Isabel Antonia y David Alfonso...*

Había una vez un hormiguero feliz, ubicado en la cima de una colina verde, luego de un bosque de alerces, en el Sur del mundo. Las hormigas habían llegado allí escapando de las cucarachas que habitaban en la planicie. Había costado mucho encontrar un lugar seguro, pero luego de años de caminar por la pradera y cruzar el bosque hasta ascender a la colina, construyeron su hormiguero en la cima.

El hormiguero tenía forma de cono, sí, así como un pequeño volcán. Y hasta allí, cada día las hormigas llevaban alimento para poder pasar el invierno que por esas latitudes era duro.

Una de las hormigas más trabajadoras era Isabella; cada día salía al alba con sus compañeras y realizaba muchos viajes con pequeñas hojas y otros alimentos para llevarlos a los pequeños recién nacidos de los huevos que había puesto Alma. Alma era la reina de las hormigas y la única que ponía huevos. Isabella sentía un poco de envidia por su reina. Cómo le habría gustado a ella ser una reina y poder dar vida, pero sabía que su trabajo era muy importante; gracias a este, esas pequeñas hormiguitas podrían alimentarse y llegar a ser fuertes como ella. Entonces olvidaba su deseo de ser reina.

Por las noches, las hormigas guardianas cuidaban el hormiguero vigilando que no se acercaran otros seres que pudieran dañar la colonia. Una noche de otoño, luego de un día de arduo trabajo, las hormigas descansaban recuperando sus fuerzas. Tan duro había sido la jornada que todas, incluso las guardianas, se durmieron profundamente.

Antes del amanecer, Isabella y sus compañeras se despertaron sobresaltadas, era un ruido ensordecedor y el pequeño hormiguero comenzó a derrumbarse. “¡Terremoto!”, gritaban las hormigas y Alma, la reina, protegía sus huevos con su cuerpo. De pronto, una sombra negra y luego otra y otra, les hizo caer en la cuenta de que eran las cucarachas que asaltaban su colonia, destruyendo todo a su paso. Isabella y otras hormigas corrieron para hacer frente a los invasores que buscaban a la reina para acabar con ella y sus huevos. Las hormigas eran diminutas frente a las cucarachas, pero Isabella y sus compañeras les hicieron frente logrando que Alma, con algunas guardianas y

otras hormigas, lograran huir y ponerse a salvo de las invasoras que mordían y aplastaban a las hormigas que se quedaron a pelear por su colonia, su reina y sus pequeños huevos.

Al ver que se les escapa la reina y no podían darle alcance, las cucarachas se enojaron mucho. Para vengarse, tomaron prisioneras a Isabella y sus otras compañeras, quienes estaban mal heridas, para hacerlas sus esclavas. Mientras las llevaban encadenadas a través del bosque, comenzó a soplar un fuerte viento y vino la lluvia. Las cucarachas trataron de protegerse descuidando a sus prisioneras, ocasión que aprovechó Isabella para escapar y mimetizarse con las ramas y las hojas de los árboles que tanto conocía, ya que era el lugar en donde buscaban su alimento a diario.

Eran tantas las hormigas prisioneras, que las cucarachas retomaron la marcha olvidando a Isabella, quien se quedó sola en el bosque tiritando de frío y miedo; cómo anhelaba el calor de su colonia en el hormiguero y cómo extrañaba a sus compañeras. Pero se consolaba pensando que Alma, su reina, había logrado escapar con sus huevos, y que seguro encontrarían un lugar donde reconstruir su colonia hormiguero con las demás compañeras.

La noche transcurrió entre luces y sombras, sin poder pegar un ojo. Tiritando de miedo y oculta en el tronco de un gran alerce, vio aparecer los primeros rayos de sol, ese sol que amaba y que solo era uno de los últimos soles de otoño antes de entrar al invierno. Isabella se desperezó y comenzó a trabajar arduamente para llevar alimento a su refugio, pensando en que se acercaba el tiempo en que ya no podría salir a recolectar.

Pasaron unos días y, definitivamente, llegó el frío invierno al sur del mundo. Isabella había construido un muro con ramitas y hojas secas dejando sellada la entrada a su pequeño refugio y se dispuso a pasar el invierno cubierta con hojitas secas; se durmió profundamente. No supo cuánto tiempo había pasado cuando un ruido la despertó. Sorprendida, vio que a su refugio habían entrado dos diminutos chanchitos de tierra, los que al verla, se hicieron bolita y se quedaron inmóviles. Eran tan pequeños que Isabella sintió ternura por ellos y decidió que los cuidaría hasta que pasara el invierno. Poco a poco los chanchitos fueron acostumbrándose a Isabella, ya no se hacían bolita cada vez que ella se acercaba y fue así como formaron una familia, distinta pero feliz.

El invierno acabó y la primavera dio paso al Padre Sol, rey del universo. Cómo amaba la pequeña al astro rey. Cuidaba de sus pequeños chanchitos de tierra y los alentaba a salir de su refugio a conocer las flores y el agua cristalina de los arroyos. Los chanchitos realizaban excursiones con Isabella

y, en una de estas, ocurrió algo muy extraño. Al acercarse a un arroyo para beber agua, distinguieron entre las flores y el pasto a un grupo que charlaba animadamente. Isabella se ocultó y le pidió a los chanchitos hacerse bolita. Pero ella se quedó escuchando un ratito más. Luego, regresaron a su refugio en el árbol, pero aquella experiencia se quedó grabada en ella y decidió regresar al lugar en donde había visto al extraño grupo.

A la mañana del siguiente día, Isabella dejó a sus chanchitos en el árbol y se dirigió al arroyo. Sorprendida vio que se encontraban los mismos pequeños seres que compartían hojas, polen de flores y agua del arroyo. Mientras conversaban animadamente, la hormiguita se fue acercando sigilosamente para no ser descubierta cuando, de pronto, oyó una voz a sus espaldas. Aterrada, se giró y vio al hermoso caracol que la miraba con ojos curiosos y le preguntó “¿qué haces acá?”. Isabella tartamudeó y le respondió con un poco de miedo “soy Isabella, mi hormiguero colonia fue destruido por las cucarachas y yo hui cuando me llevaban prisionera”. El caracol endulzó su mirada y le dijo: “acompañame, las cucarachas también son nuestros enemigos”.

Se acercaron lentamente al grupo y el caracol Alejandro la presentó ante la curiosidad de los otros integrantes del grupo.

—Ella es Isabella, huyó de las cucarachas que destruyeron su colonia y la tenían prisionera.

—¡Ah, bienvenida!, dijeron todos al unísono.

Le ofrecieron miel, flores, agua del arroyo y la pequeña hormiga comenzó a sentirse en confianza. De pronto, recordó a sus pequeños chanchitos de tierra y se despidió de sus nuevos amigos regresando rápidamente a su árbol refugio. Pero, cuál no sería su sorpresa al encontrar a muchos chanchitos rodeando su árbol. Se abrió paso entre ellos hasta llegar junto a Ape y Pepe —así los llamaba Isabella— y los chanchitos le contaron que habían salido a recorrer y habían encontrado a su familia que vino a darle las gracias por cuidar a sus pequeños durante el invierno, trayendo ofrendas de alimento como recompensa. Isabella disimuló su tristeza, pues sus pequeños se irían con su familia, pero era la ley de la vida. Los pequeños ya eran grandes y fuertes y estarían entre los suyos. Se tranquilizó y mientras los veía alejarse le pidió al Padre Sol que los protegiera siempre, sintiendo que el sol escuchaba y sonreía.

Pasó la noche sola, acurrucada y decidida a quedarse en su refugio para siempre. Pero cuando el sol despuntaba y sus rayos, que se filtraban en su

refugio, le acariciaban, recordó a los pequeños seres que había conocido la jornada anterior y pensó que tal vez debía unirse a ellos para seguir luchando contra las cucarachas.

Fue así como se integró a este grupo tan heterogéneo, con historias tan parecidas. Alejandro, el viejo caracol que había huido a otras tierras para salvar su vida de las cucarachas y en su caparazón llevaba escritas miles de batallas, triunfos y derrotas, que endulzaba con conversaciones e historias que hacían reír a sus compañeros. Cecilia, una lady bug, una mariquita o chinita, pequeña y graciosa, con su vestido rojo de lunares negros, acogedora y dulce, siempre preocupada de dar sustento al grupo, buscando polen y agüita fresca para ofrecer a sus amigos. Cecilia siempre se encontraba cerca de Sergio un saltamontes cantor que tenía una pequeña guitarra hecha de una cáscara de avellana y cuerdas de telas de araña. El saltamontes había venido de otras tierras más cálidas, pero se había quedado pese al frío del sur por amor a Cecilia.

También estaba Ángel, el grillo que contaba historias y sabía mucho, pues había recorrido el mundo luego de escapar de las cucarachas. Ángel era como la conciencia del grupo, en eso se parecía a otro grillo de nombre Pepito, que era la conciencia de un niño hecho de la madera del alerce que habitaba. Pero eso era otra historia. Ángel enseñaba a sus compañeros dibujando mapas en las hojitas y escribiendo y escribiendo, para no olvidar nada de lo vivido. También estaba el abejorro que polinizaba flores como las abejas, pero que había descubierto que con su zumbido podía reunir a otros abejorros para luchar y derrotar a las cucarachas que habían dañado a Ruiter. Este valiente abejorro se llamaba Enrique, pero los amigos del grupo le llamaban «Kiko». Un poco más allá había otro ser, un palote experto en camuflaje, más silencioso que el resto de los amigos, que se mimetizaba entre las ramas de los árboles y escuchaba con mucha atención cada historia de sus nuevos amigos. Su nombre era Germán. Había también una hermosa mariposa cuyas antenas eran enroscadas como rastas (dreadlocks), que venía de tierras muy lejanas. Había dejado su crisálida y, apenas pudo volar, lo hizo hacia estas latitudes: era tan hermosa esa joven, su nombre era Quena. Y finalmente Lorena, la luciérnaga, una criatura fascinante, símbolo de esperanza, magia y belleza, quien pese a sus pocos años, había sido capaz de reunir al grupo con dulzura, generar la magia de contar sus historias y construir un vínculo de amistad y amor indisoluble. Cuando era mucha la tristeza y los recuerdos empañaban la memoria, Lorena volaba sobre ellos brillando y derramando pequeñas luces que disipaban la oscuridad.

Por primera vez en mucho tiempo, Isabella se sintió parte de algo. Sus hermanas hormigas ya no estaban, pero ella debía, al igual que sus compañeros, atreverse a contar la historia que hablaba del abuso de las cucarachas y la importancia de unirse para crear una colonia nueva, aunque fuera con distintas especies, unida contra ese enemigo común que tanto daño les había causado.

Y fue así como Isabella recordó a Alma —su reina— y pensó que, así como Alma daba vida, ella también podía hacerlo dando vida a este cuento construido a partir de sus dolores y miedos, pero con la esperanza intacta de que siempre habría un nuevo día en que alumbraría el astro sol.

María Isabel Sanhueza Garrido

Décimas sin título

Tantos versos han nacido
de la pena y emoción,
pues abunda creación
en este pueblo sufrido.
Que como árbol florido
dando cuartetos y décimas
serán buenas, serán pésimas,
pero llama la atención.
Tanto amor con intención;
país de rimas centésimas.

Mucho gusto da escuchar
el sentir de tanta gente,
que escribe tan diligente
conjugando el verbo amar.
El corazón popular
va riendo sus pesares,
la alegría espanta males
es costumbre echar la talla;
aunque comida no haya
en muchos de los hogares.

Miles de palabras brotan
de la mente popular
como un río, sin parar:
Todos cantan y alborotan.
Parece nunca se agotan
corren y saltan los versos,
van llenando el universo
su sentido siempre abunda.
Corazón que nunca inunda
vadeando los ríos tersos.

Enrique Correa Jaña

Nuestro bordado

Es cosa de gran sapiencia
descubrir nuevas semillas
en anteriores heridas,
usando mucha paciencia.
Para bordar las ausencias
descomprimos lo turbio,
pigmentamos los disturbios
usando colores sanos
hilo, aguja y nuestras manos
costureando en el suburbio.

Mariposapola

Décima

Con mucho temor y anhelo
llegué con mi lapicito
pa' aprender a hacer escritos
y fui descorriendo el velo;
y de pronto se abrió el cielo
y me regaló la prosa
y volé cual mariposa
para ver mi vida entera
con invierno y primavera
junto a Quijotes y Diosas.

Décima a los 50 años

En estos días terribles
que son todo negación,
consuelo a mi corazón
pensando que sí es posible.
Construir algo tangible
que dé razón al futuro
y que estos días oscuros
se alumbren con la esperanza:
¡Dejar atrás la matanza
de nuestros sueños más puros!

Noche buena

Dicen que un niño ha nacido
allá por la Palestina,
que su presencia es divina
y cómo me hace sentido.
Rauda me he dirigido
hasta esas tierras benditas,
al contemplar se me agita
el alma y el corazón,
pues lo que allí sucedió:
Ningún perdón amerita.

María Isabel Sanhueza Garrido

Las décimas del Soporopo

I

Me pidieron que yo explore
las décimas campesinas
yo no llego ni a la esquina,
frente a viejos payadores.
Grandes músicos, cantores
danzarines de las rimas,
ellos ya están en la cima
mientras yo sudo penando;
el poncho voy arrastrando,
pierdo el lápiz y la estima.

II

Pero no voy a morir
en este trance apurado,
peores cosas han pasado
desde que salí a vivir.
Puede gozar y sufrir
cada cual con su manera,
yo elegí de compañera
la forma más complicada
de palabras bien armadas,
de pasión y pensadera.

III

Con esto doy por cumplido
el compromiso tomado,
de a poco se han ajustado
los versos a lo pedido.
Los puntos como un tejido
se amarran unos con otros
y celebramos nosotros
este nuevo aprendizaje.
Pondremos en el paisaje:
Los versos del Soporopo.





MODELAR NUESTRO BARRO

Fragmentos testimoniales sobre la potencia del camino recorrido



La exploración literaria, la escucha atenta y la escritura compartida, como en el encuentro de la tierra con el agua, hacen las veces de materia prima para modelarnos, restaurarnos. A veces nos sorprenden esas manos creadoras, capaces de enfrentar historias que creímos por siempre ocultas, despertar emociones, crear belleza, atravesar pantanos, evocar historias o concitar el abrazo fraterno. Nos hemos visto orugas y renacer cual mariposas en medio de esos procesos.

Eduardo Galeano, el famoso poeta y periodista, porfiado cronista de las cosas pequeñas e infinitas, afirmaba que, afortunadamente, “aunque estamos malhechos, no estamos terminados”. Esa capacidad de hacernos y rehacernos, se nos ha ido apareciendo como un mantra, mientras recordamos y escribimos.

El ejercicio de hacer testimonio de lo vivido en nuestro Taller, surge a partir de la necesidad de mostrar a otros su fuerza restauradora, de convocar a otros y otras a esta vivencia; y convencer a instituciones y autoridades de la relevancia del arte colectivo como una herramienta político-terapéutica imprescindible en los procesos de reparación integral.

Hemos porfiado ante sus tozudeces —aprovechado la complicidad de quienes han creído en nuestro trabajo— y nos hemos dado a la tarea de gestionar por nuestra cuenta los recursos y materiales que nos permitan sostenernos. Y aquí estamos, materializando uno de nuestros grandes sueños.

Sabemos que diversos motivos han ido dejando a compañeras y compañeros en el camino. En algunos casos, la migración de vidas aún marcadas por el exilio. En otros, la estrechez de tiempo que permitiera sostener su presencia. Hay quienes han partido porque lograron culminar parte de sus propios ciclos. Aunque también han debido soltar(nos) compañeras y compañeros a quienes la memoria les reaparece punzando y la propia fragilidad les ha pedido prudencia, distancia, silencio. Por eso agradecemos que sus escritos sean parte de este texto.

Se necesita mucho coraje y entereza para recordar, compartir o escribir lo vivido, como también una escucha honesta, por donde pase la ternura y sea posible reconstruir un sentido de pertenencia.

Los fragmentos testimoniales que compartimos en este capítulo, dan cuenta de cómo estos talleres nos han transformado y rehecho, del mismo modo que la alfarera es parida una y otra vez por sus barros eternos.

Mi experiencia en el taller literario PRAIS

Comenzamos a revisar y a trabajar en el género del microcuento, una de cuyas características era la interrupción de lo cotidiano. Para mí esa fue la primera sensación que se fue instalando. El Taller como un espacio distinto, que me sacaba de mis tareas y preocupaciones habituales, que me ponía en situación de tener que expresarme desde un lugar diferente al habitual. Un nuevo espacio cotidiano, acotado, que fui sintiendo como un auto regalo.

Me sorprendió la rapidez con que la honestidad y nuestras verdades se abrieron paso en cada reunión. Expresar nuestras verdades nos hizo reconocernos fraternalmente como pares a los que nos unían lazos históricos, luchas, dolores y sueños comunes. Al comienzo, todos éramos unos desconocidos para los otros, pero eso cambió desde la primera sesión y hoy podemos decir que existe respeto mutuo, cariño, complicidades, sentido de pertenencia y ganas de seguir haciendo nuevos proyectos en conjunto.

He pasado muchos años de mi vida mirando al futuro, empujando y echándole para adelante, procesando intuitivamente los hechos más duros y traumáticos a los que me he visto enfrentado. Siempre en resistencia, nunca me vi a mí mismo ni me asumí como víctima, habiendo sido, en los hechos, plurivulnerado. En este camino, lo no dicho se fue agigantando. El Taller nos ayudó a ejercer la memoria de manera activa y compartida, esforzándonos colectivamente en identificar los hechos que nos permiten reconstruir nuestras subjetividades e historias de resistencia y resiliencia.

Enrique Correa Jaña

Compartiendo vivencias

Escuchar historias similares de lo que nos afectó a tantos desde septiembre del '73, muchos sueños truncados, familias separadas con tanto dolor. Si bien es cierto que después trabajamos para recuperar la democracia, cada uno desde sus propias trincheras, ese fue un trabajo colectivo y externo. Quedó un gran costo emocional individual no resuelto; el compartirlo a través de la escritura ha sido muy liberador y sanador.

Mi pretensión personal no tiene mucha ambición, sólo de aportar con un granito de arena, mi experiencia. Creo que la escritura, la música, pueden ser complementos de una Terapia Clínica individual. Ahora existe un espacio que está abierto a los usuarios PRAIS, que me parece muy enriquecedor poder compartir.

Mónica Corvalán Latapia

Testimonio

Un día de verano en el año '74, la infamia hizo presa de nuestro hogar. Luego de algunas semanas en cárceles sin nombre, en calabozos oscuros y aterradores, sufrí el dolor más grande que puede sufrir una mujer; que en ese tiempo aún era una niña.

Luego de esta traumática experiencia que nunca compartí con nadie, ni siquiera con mis padres y hermanos, sufrí por años la vergüenza, el miedo, la incomprensión de las parejas que tuve. Pero me aferré a la vida, sepulté mi dolor en lo más profundo de mi alma y gracias a la maravilla de ser madre comencé a reconstruirme.

Al conmemorarse los 50 años del golpe de estado mi amiga Patricia me envió una invitación a un taller del PRAIS Oriente —en donde yo y mis hijos estamos inscritos, pero nunca habíamos hecho uso de este beneficio—, que decía relación con la memoria y el escribir de nuestra experiencia.

Llegué sin mucha expectativa a la primera reunión y se abrió ante mí la posibilidad de retomar el amor por la escritura, por el contar historias, por atreverme a contar la mía propia; una mañana lluviosa con la voz entrecortada y silencios, me planté frente a mis compañeros y relaté lo que callé durante casi 50 años.

¿Por qué lo pude hacer? Sentí que estaba en casa, que no sería juzgada ni maltratada. Ese refugio fue para mí este taller que se convirtió en mi sitio favorito, en donde hemos construido, a partir de dolores compartidos, confianza, seguridad, respeto y amor.

¿Puede entonces haber algo más terapéutico para sanar las heridas que el amor?

Gracias.

María Isabel Sanhueza Garrido

Testimonio de nosotros

Diagnosticada con depresión mayor —¿endémica?— he vivido plana, casi sin sentimientos, impávida mirando pasar la vida...

El taller me ha permitido preguntarme cuán enorme es la esfera que contiene los miles de dolidos y afectados por la dictadura. ¿Cómo están?, ¿quién los cuida?

El trabajo de la escritura se fue abriendo en cada uno, de una forma gentil, acogedora y de confianza. Con más certeras formas de repensar caminando para un quehacer colectivo sanador y comprometido. La conexión grupal se dio rápida, fructífera, amplia y acogedora ayudando a cada uno encontrar su forma de repensar emociones, el pasado y el futuro por compartir.

Gracias por ser parte de esta experiencia.

María Cecilia López Rosas

Taller literario PRAIS

Fue una invitación de mi terapeuta. Luego de varias sesiones buscando resolver mi problema de rabia y violencia normalizadas, esta invitación me hizo mucho sentido puesto que hacía mucho tiempo que buscaba encontrar un espacio en donde, con la ayuda de un facilitador, pudiera superar la incapacidad que tenía de poder expresar, a través de la escritura, mis recuerdos, experiencias y dolores durante los primeros años de resistencia a la dictadura.

Esperaba adquirir herramientas para poder dejar un testimonio literario y contribuir a la memoria histórica de lo que aconteció en nuestro país en esa época.

Es un hecho que la Historia oficial está escrita por los vencedores. Ellos han difundido hechos que marcaron un hito en la historia de nuestro país. La existencia del taller literario del PRAIS es tal vez el principal incentivo para continuar escribiendo. La escritura en estos meses me ha permitido ir liberando la rabia y la violencia que me embargaban.

La escritura se fue transformando en un proceso de sanación.

Este proceso, si bien es personal, también fue compartido.

El taller tomó la forma de un espacio íntimo, respetuoso, un lugar en donde los sentimientos se pueden refugiar estando seguro de que, quienes están allí, compartimos los mismos dolores y tratamos de cumplir sueños quebrantados.

Ángel Negrón Larre

Enamorarse del gusto de querer

Me llegó un mensaje sobre una iniciativa PRAIS para participar en un taller de literatura, dado mi interés por escribir poemas. Buscaba integrarme a grupos de personas para ampliar mi círculo y esta iniciativa me llegó como anillo al dedo.

Con las semanas, lo amistoso y jovial dio espacio en mí a una sensación de pertenencia, de reconocermme en los demás. La vida de los otros participantes me resonaba como también mía.

Una parte de la historia del país resulta ser nuestras propias historias de vida y con toda seguridad ocurre lo mismo con quienes experimenten el proceso grupal de la acogida amistosa, de la emoción de contarnos, de ir superando las dificultades iniciales de ponerle nombre a la debacle que vivimos, de mostrarnos el orgullo de habernos reconstruido en lo familiar, laboral, profesional, social; de ser hoy ciudadan@s útiles y nobles, sensibles y soñadores, sociables y solidarios.

*Nos hemos ido enamorando del gusto de querernos.
Me hace bien relacionarme de manera sana con el sufrimiento vivido.
Agradezco el espacio construido y el aporte de cada uno.*

Alejandro Durán

Un día cualquiera de 2024

La historia de Álvaro, mi hermano, dormía aún entre las páginas que nunca terminé de escribir. Su imagen me acompañaba, paciente, aguardando el momento de hacerse palabra.

Un día cualquiera del año 2024, mientras el eco de los pasos se deslizaba por los envejecidos corredores del Hospital Salvador, Lorena se me acercó con una sonrisa que traía promesas. Su invitación a participar en el Taller literario de Las Flores me tomó por sorpresa, como si alguien hubiera pronunciado mi nombre en medio de un largo silencio.

Al principio escuché más de lo que hablé. Luego, sin darme cuenta, los relatos comenzaron a fluir y Álvaro volvió a tener rostro, voz, presencia. En cada texto, en cada silencio compartido, reconocí algo mío en los otros. Había en ellos una familiaridad extraña: la atmósfera común de quienes todavía buscan aprender a sobrevivir al silencio.

Comprendí entonces que cada uno traía su propio duelo, fragmentos de una vida y la necesidad urgente de contarse. Entre nosotros flotaban las cosas nunca dichas, los sueños detenidos y la esperanza de que, al escribir, algo floreciera sobre la tierra dolida.

Cada encuentro se volvió un rito: una comunión de voces donde la memoria y la palabra volvían para reencontrarse.

Desde entonces, cada vez que abro un cuaderno, no estoy solo.

Tal vez de eso se trate: de seguir escribiendo juntos hasta que la memoria histórica de este país se transforme en un lugar habitable y, en cada testimonio compartido, asome —aunque leve— la promesa de un mundo distinto.

Germán Grunert Duque

El taller

Quedé muy agradecida del taller de lectura. Primero, porque me enseñó a tener herramientas de escritura: el compartir experiencias vividas y enfrentarnos a los miedos que nos impiden a veces narrar un acontecimiento de vida.

Para mí ha sido el mayor aporte que este taller me ha dado.

Dar las gracias a los talleristas que compartieron sus experiencias y sus opiniones sobre la escritura de todos. Deseo que este sea el principio para muchos de nosotros, el poder narrar las historias que tenemos en nuestra mente y corazón.

Y gracias a nuestra guía y consejera en este taller de escritura.

Mónica Gutiérrez

Desconfiaba por igual de los talleres y gurúes

Desconfiaba por igual de los talleres y de sus gurúes, de los grupos de viejecitos melancólicos reviviendo una y otra vez un pasado cada vez menos verosímil, para convertirlo en una historia recortada por esa mano ajena y egolátrica.

Pero intentaba también mantener la fe en los compañeros, en los que aún se ocupaban de los más lentos o más heridos y encontraban la manera de ir reincorporándonos a la entidad ancestral de los sobrevivientes, los guardadores de la memoria, los guardianes del fuego de la comunidad dispersa.

Al llegar a mi primera sesión me ubiqué en una posición apropiada para retirarme con cierta discreción, al menor anuncio de cualquiera de esos borrones recientemente aparecidos en la reconstrucción infinita del discurso de los pueblos.

Pero no hubo nada de eso, ni desconfianzas, ni límites, sino mucha paciencia y delicadeza para corregirse unos a otros y otras, para colaborar unos con otros y otras, apertura y tolerancia para ideas que pudieran parecer extrañas. Encontré un verdadero espíritu de comunidad amplia, con sueños y esperanzas compartidas.

Quiero creer que recuperé más que mis ganas de crear y escribir, recuperé confianza en la generación con la que compartí, sin conocernos, tantas historias.

Salvador Acevedo

Camino al Taller

Ahora que estoy más viejo, cada salida es una pequeña travesía. Camino hacia el metro. El tren tarda lo justo para que yo perciba mi cansancio. Al subir, compito por un asiento con una jovencita que, amparada en su juventud, ni nota mi vejez.

*Me afirmo de la manilla y miro hacia el oriente: la cordillera amaneció blanca,
luminosa, como un ángel que nos vigila.*

*Desde Plaza Baquedano —que alguna primavera fue Plaza de la Dignidad—
hasta Estación Salvador hay apenas un suspiro. Bajo y la multitud, sin querer,
me lleva en andas por la escalera. Compró galletitas y avanzo hacia Valenzuela*

*Castillo, cuyo número siempre olvido. Me recibe un muro rojo donde una niña
pintada sostiene un globo fugado hacia el azul. Golpeo la puerta negra: el silencio
responde. Me siento en un banco verde con una placa que recuerda a quienes ya
no volverán a ocuparlo.*

*Llegué temprano, como hacemos algunos viejos que antes fuimos impuntuales. El
patio es hermoso: una palmera conversa con un árbol añoso; el quincho afila sus
ganas de 18 de septiembre. La sala nos recibe luminosa. Sobre la mesa, galletas,
frutas, café, historias, exilios, alegrías y dolores compartidos.*

Una gitana trotamundos nos recibe en el refugio llamado Soporopo.

José "Pepe" Montecinos

Mi participación en el Taller Soporopo

Compartir en camino pedregoso, con pares en principios, creencias y necesidades de fuerte reparación, fue una alegría y también muchas veces una gran tristeza.

Sin embargo, la ternura, dedicación, conocimiento de nuestra facilitadora me permitió avanzar en mis propósitos surgidos durante este proceso: hacer memoria, “levantar la alfombra” y enfrentar los dolores tantas veces escondidos.

Cómo olvidar los pequeños grandes logros realizados en colaboración y cooperación con otros grupos de Talleres PRAIS que se transformaron en la recuperación de acciones añoradas y pérdidas en nuestra sociedad durante estos últimos decenios producto de consecuencias no evaluadas del Golpe Civil Militar en Chile.

Cómo desconocer las vivencias de acciones cooperativas tales como: Nuestro Manifiesto tan debatido internamente; las maravillosas Postales fruto de la creación y colaboración con el Taller de Fotografía del PRAIS; las Lecturas realizadas en el Colegio Médico y el Hospital Salvador; las Visitas de escritores y escritoras, tan apreciadas por los y las participantes.

Sin embargo, en mi alma, un dejo de miedo permanece, perdura, haciéndome saber que la reparación continúa siendo necesaria.

¿Volveremos a tener un Taller Soporopo?

Mi gratitud y afecto fraterno.

Mariposapola





NAPAS SUBTERRANEAS

La persistencia de la memoria como patrimonio vivo



Las napas son cuerpos de agua que se apoyan bajo la superficie entre formaciones geológicas porosas de diversa profundidad. Son grandes repositorios de vida que se conectan entre sí y concentran la mayor porción de agua dulce del planeta, aunque reciben, por permeabilidad, los efectos del comportamiento humano y natural de la superficie: el sobreconsumo, la contaminación, el exceso o falta de agua, los ecos de las catástrofes.

A ratos, nuestras memorias parecieran esos reservorios que se apoyan en los acuíferos de las profundidades; son vulnerables, les cuesta salir a la superficie, son altamente sensibles a los vaivenes del entorno y se comunican secretamente bajo tierra.

Fue esa convicción la que nos llevó a plantearnos el desafío de nutrarnos subterráneamente con otros cuerpos de agua escondidos entre silencios. Descubrimos entonces que nuestras memorias, como las aguas de las napas, son lentas, reposadas. No obstante, tienen siempre entreabierta la posibilidad de recargarse, limpiarse y sanarse con otras, paso a paso.

En esta sección compartimos la experiencia de llevar nuestro trabajo literario, terapéutico y político a distintos PRAIS de la Región Metropolitana, donde otros usuarios y usuarias pudieron relatar y plasmar lo vivido. Aquello fue posible gracias al compromiso de participantes del Taller de Las Flores,

quienes facilitaros a sus pares. Por ello, hemos incluido dos breves notas preliminares, donde reflexionan sobre esta experiencia.

A continuación, las cuatro primeras crónicas corresponden a escritos realizados en el PRAIS Norte. Los ocho relatos que le siguen, al proceso testimonial desarrollado en el PRAIS Sur. Al finalizar sus respectivos talleres, estos doce textos fueron plasmados en Postales de la Memoria, para que la palabra siga siendo un reservorio vivo, recomponiendo, como las aguas subterráneas, los cauces de la superficie.

Nuestra experiencia en PRAIS Norte, por Isa y Ángel

La posibilidad de compartir nuestra experiencia con otros compañeros nos llenó de alegría y contrajimos el compromiso de hacerlo en el PRAIS correspondiente a la zona norte de Santiago.

Transmitir lo que había significado para nosotros reconstruir la memoria caló profundamente en los integrantes del grupo de usuarios que se reunía semanalmente con el psicólogo Juan Manuel. Juntos, iniciamos un trabajo de seis semanas, durante las cuales nos reunimos y fuimos dando forma a los relatos que finalmente se plasmaron en las Postales.

Nos conmovió especialmente la participación de Jorge, compañero no vidente a causa de torturas; y de Carlos, su escudero. Carlos fue tomado prisionero siendo muy joven y, junto a sus hermanos mayores, trasladado a un campo de detenidos fuera de Santiago. También pudimos conocer a Mario, con sus historias de resistencia y resiliencia; y a «Mickey», cantante y actor —de cine y televisión—, quien nos compartió su memoria sobre la huelga de hambre de Puchuncaví; una denuncia por el caso de los 119, en el marco de la siniestra Operación Cóndor en Chile, que la prensa de la época presentó, falsamente, como un enfrentamiento fratricida.

Poder replicar nuestra experiencia fue profundamente enriquecedor. Escuchar los testimonios de familiares y víctimas, así como hablar de nuestros dolores y compartirlos, siempre es duro, pero también creó un lazo de confianza y amistad que, estamos seguros, perdurará en el tiempo... Gracias por alentarnos a realizar esta experiencia.

Taller de Escritura Testimonial en PRAIS Sur, por Alejandro y Kiko

Nos reunimos con ocho usuarios y usuarias del PRAIS de la zona sur, quienes se encontraban habitualmente los días jueves en su espléndida sede. Partimos haciéndoles una simple invitación: echar a correr los recuerdos para luego empezar a escribir lo recordado.

Al finalizar la primera sesión, quedamos sorprendidos cuando una integrante dijo “paso”; no quiso compartir sus historias. Luego supimos que su esposo había entregado su testimonio antes de ella. Para el golpe, ambos habían sido detenidos, pero nunca habían hablado de sus dolorosas experiencias en el Cerro Chena y el Estadio Nacional. La sesión siguiente, fue ella quien nos narró sus vivencias como presa política, señalando lo sanador que había sido la experiencia de recordar y contar sus dolores.

Ellos se venían juntando desde hacía muchos años, pero nunca habían tenido el espacio para hablar de sus vivencias más dolorosas. El Taller permitió que se generara ese espacio de acompañamiento, respeto y mutua contención para que abrieran sus corazones. Una vez más pudimos constatar la tremenda extensión de lo no hablado. Pero también, darnos cuenta que lo no contado está perfectamente recordado.

Semana a semana se fue tejiendo una memoria colectiva donde cada individualidad cobró todo su valor y legitimidad, como gestos de resistencia y fuerza para sobrevivir a la barbarie.

Una participante empezó a ir con su madre, una dulce abuela. Al principio solo observaba. Sin embargo, al finalizar el taller, cuando nos propusimos elaborar Postales con una foto y un relato, la abuela nos sorprendió con una carta dirigida a su padre, jornalero analfabeto que llegaba a casa al atardecer, descalzo y con un periódico viejo, para que su esposa les leyera noticias a él y a sus hijos... Fue un hermoso cierre de Taller.

Nuestras historias están llenas de solidaridad, altruismo, resistencia, amor por la humanidad, resiliencia y sueños colectivos. Somos un yacimiento invaluable de testimonios; un patrimonio vivo.



El día que marcó mi vida

Un lunes 11 de junio de 1956, nací en el departamento de Ovalle, en una familia modesta y esforzada. Era adolescente de 17 años, ingreso a una fábrica intervenida por el Estado —INDUMET—, gestión hecha por uno de mis tres hermanos mayores que trabajaban en la mencionada empresa.

El día lunes 11 de septiembre de 1973, se desata una experiencia que marcará mi vida y la de muchos compatriotas, con un fatídico Golpe de Estado que no olvidaremos los que tenemos conciencia y memoria; y que amamos la libertad.

Siempre se nos enseñan principios y valores para desarrollarnos bien orientados, pero con esta experiencia se destruye la confianza en las instituciones que resguardan la protección y seguridad de los pueblos, la justicia, democracia, equidad y libertad de todo ciudadano.

Siendo apolítico descubro el abuso y corrupción de los poderes económicos, políticos, religiosos y castrenses que nuestro país siempre ha sufrido, privándolo de necesidades y derechos, quitándole a los chilenos hasta la dignidad.

Soy contrario a todas las armas y todas sus manifestaciones que tienen al mundo y nuestro país con una violencia desatada.

En mi caso llevaron al límite los apremios ilegítimos, físicos, psicológicos y morales, anulando mi autoestima y voluntad. Solo conseguí salir a delante con resiliencia, fortaleciéndome en la fe y orientación espiritual verdadera, perseverando cada día por un mundo mejor, por las futuras generaciones; construyendo y contribuyendo a la Paz, la Justicia y la Verdad.

Carlos García Olivares

La heroica huelga de hambre de Puchuncaví

En febrero de 1975 fui secuestrado en Osorno por un equipo de la DINA y trasladado a Santiago en una camioneta Chevrolet C10, amarrado y vendado hacia la Escuela Militar en donde fui torturado. Me llevaron a Tres Álamos, donde me mantuvieron incomunicado algunos días para, posteriormente, ser llevado a Villa Grimaldi. Sufrí durante setenta días interrogatorios y finalmente me devolvieron a Cuatro y Tres Álamos, respectivamente. Luego de unos días, junto a varios otros detenidos fuimos trasladados al campo de concentración de Puchuncaví, hoy conocido con el nombre de Melinka.

Se trataba de un campo con varias construcciones, idéntico a los campos de concentración nazi, con torres y vigilancia, cercos con alambres de púa y cabañas en donde se repartían los presos para dormir. El centro de detención estaba bajo el mando de la Armada de Chile.

Pasados unos meses, nos enteramos a través de los diarios nacionales la noticia de que dos periódicos, uno argentino y uno brasileño, informaban de 119 personas que habían fallecido en enfrentamientos. Se trataba de chilenos. Al conocerse la noticia y tomar conocimiento de los nombres, todos coincidimos: la información era falsa puesto que la totalidad de las personas que figuraban en la lista habían sido detenidas; y gran parte de quienes nos encontrábamos ahí, habíamos compartido con ellos en centros de detención y tortura clandestinos. Los partidos políticos en el campo se reunieron y decidieron organizar una huelga de hambre. Era difícil tomar una decisión por lo que le dimos varias vueltas al asunto. Finalmente, el 31 de julio de 1975 se dio comienzo a la huelga.

El comandante a cargo inmediatamente dio órdenes a sus infantes de tomar posiciones, llamó por teléfono a Valparaíso para pedir refuerzos y la presencia del vicealmirante de la Marina. Al poco rato llega el almirante Hernán Soto Aguilar, un hombre de contextura gruesa y baja estatura con un raro bamboleo al caminar, quien a viva voz grita: “¡Que se deponga este motín! La Marina los trata bien, ¿por qué hacen este motín? Piensen en Chile”. Entretanto, desde el cuartel Silva Palma llegaron varias decenas de infantes de marina en trajes de combate. Nos apuntaban con sus fusiles mientras en las torres del recinto instalaban ametralladoras .30.

El comandante Villalón guardó silencio. Se limitó a mirar impertérrito, como una estatua. Los suboficiales San Martín Núñez y Madariaga con los rostros congestionados; el cabo Carvajal, rígido como un moai; el infante Hodger, con una sonrisa burlona. Todos clavan la mirada en Villalón.

—¿Alguien quiere decir algo?

—Yo, comandante —responde el compañero Hernán Brain Pizarro— A mí me detuvo la DINA junto con mi compañera.

Hace una pausa. Hernán, marcado por las secuelas de la tortura, arrastra las palabras, lo que vuelve más dramático el relato.

—Nos tuvieron en un regimiento y después nos llevaron a Villa Grimaldi. Allí la DINA nos torturó. Nunca más volví a ver a mi novia y nuestros familiares la han buscado sin resultados.

Las lágrimas se deslizan por su rostro. Carraspea.

—Y ella aparece en esa lista...

Brain no puede continuar. Un sollozo profundo lo quiebra.

Villalón carraspea. Por primera vez, los ojos de los infantes de marina se humedecen. El silencio se mantiene, pesado, casi insoportable.

La huelga se extendió por nueve días, despertando un movimiento de solidaridad mundial. Desde todas partes del mundo, gobiernos y personalidades intervinieron ante el gobierno chileno para que no se asesinara a los huelguistas de hambre de Puchuncaví. A nivel nacional, el cardenal Raúl Silva Henríquez, el pastor Helmut Frenz y diferentes otros personeros del Comité Pro Paz, la Cruz Roja Internacional y las Naciones Unidas, interpusieron recursos de amparo en favor de los presos políticos que estaban participando en la huelga, en solidaridad con los 119 compañeros detenidos desaparecidos.

La farsa organizada por la DINA no cumplió su objetivo. Se supo la verdad y el mundo entero condenó a la Junta Militar por ese crimen. Como testigo del montaje mediático, solo quedan los titulares de la prensa adicta a la tiranía: Exterminados como ratones.

Juan Bautista «Mickey» Alarcón Barrientos

Somos sobrevivientes

Desde una edad temprana fui influenciado por las ideas de izquierda. Trabajé con fervor para que Salvador Allende emergiera como el líder venerado por el pueblo y presidente de Chile. En mi rol como presidente del sindicato de la Clínica Santa María, viví intensamente los dos años de la Unidad Popular, hasta que la tormenta de la dictadura de Augusto Pinochet se desató.

Fue entonces cuando me enfrenté a mi propia pesadilla: la tortura. Fui arrestado bajo la premisa de que tenía información crucial debido a mi participación en una organización de izquierda y, como ex director sindical, político y deportivo, se esperaba que proporcionara datos valiosos. Muchos, ante promesas falsas de libertad, hablaban; solo para ser desaparecidos poco después.

El día de mi tortura me llevaron a una cancha en la comuna donde vivía, Renca. Me sometieron a golpes, insultos y amenazas en un intento por forzarme a hablar. Yo solo decía que apoyaba el deporte. Recibí una bofetada que me llenó de rabia y, mientras pensaba en mi esposa y mis hijos pequeños con el mayor de 8 años, escuchaba los disparos detrás del cerro, hoy convertido en un bello parque metropolitano donde muchas familias disfrutan de hermosos momentos. Muy alejado de lo que fue ese período para nosotros, algunos fenecieron en ese lugar tras hablar, con la esperanza de ser liberados.

El terror aumentó cuando mostraron, en una camioneta, a dos hombres degollados. A pesar de las amenazas, mantenía mi decisión de no revelar nada, era un pacto. Finalmente, nos llevaron en un bus al Estado Nacional donde, después de varios días, lanzaron un cuerpo moribundo que necesitaba ayuda.

Todo lo vivido quedó marcado en mi mente y cuerpo. Desperté adolorido. Llegué a casa sin saber cómo lo logré. Me encontré en mi cama con mi esposa llorando. La disociación me había dejado en un estado de rutina monótona, dedicado únicamente a llevar pan a la mesa.

Fue PRAIS que me ayudó a salir de esa monotonía. Encontré alivio en mi intento de vivir con mi hija en Australia, donde trabajé en una organización de derechos humanos, uniendo países mediante talleres. La cerámica, el mosaico, se convirtieron en refugios, con mis trabajos, un faro y un puente, que tenían todo un significado para mi historia Política.

Ya no somos solo un grupo de personas que cuenta su historia. Hoy somos una familia a la que une algo particular: somos sobrevivientes.

Jorge Montenegro

En aquella época...

A través de radios argentinas nos enteramos del asesinato de nuestro Presidente Salvador Allende Gossens. Mientras tanto mis compañeros de célula, Silvia, Pérez y la compañera de él, además de la compañera Magdalena, después de darle los sueldos adelantados al staff de DINAC —Distribuidora Nacional—, de Concepción, decidimos ir hacia Lota que aún no estaba en manos de Fuerzas Militares. Además, porque ahí, en ese bastión minero, el Partido tenía mucha fuerza. Pero antes nos apertrechamos de unas pocas armas, por si había que hacer defensa en contra de militares.

Llegamos a Lota, a la sede del PC. Allí había algunos compañeros armados quienes no nos trataron muy bien, pues dudaban de que nosotros fuéramos del Partido. Yo aún tenía un carnet Azul y ellos nos dijeron que podía ser falsificado y nos pidieron irnos o nos dispararían. Nos fuimos hacia San Pedro en donde una compañera profesora nos había ofrecido refugio y del cual el compañero Silva tenía llave. Al tercer día, una vecina del condominio avisó a los militares que en el tercer piso —donde estábamos—, había una célula terrorista. Llegaron como a las 3 de la tarde; por la ventana vi una tanqueta, varios camiones y camionetas con personal militar fuertemente armado.

A Pérez y a mí nos llevaron a una sala del departamento y el sargento dijo a dos militares: “fusílenlos a estos perros comunistas”. Nos pusieron de cara contra la pared. A mí, por el miedo, me dio un ataque de hipo, lo cual hizo sonreír y luego reír mucho a mi compañero, quien recibió por eso varios culatazos en el cuerpo y cabeza. El conscripto que estaba detrás de mí, no decía nada. Yo le dije “mira, por favor, si me vas a disparar, hazlo sobre mi cabeza”. Mientras tanto pensaba en mis hijos y esposa. A mi esposa le dije un par de días antes:

—Cariño, aquí se habla mucho de Golpe. Si lo hay, por favor asílate en la Embajada de México junto a los niños.

Más tarde supe que no lo pudo hacer.

Después logramos salir de Chile, pero las relaciones con mi esposa se pusieron muy malas. El psiquiatra me dijo que era natural por parte de una mujer violada. Yo por mi parte conocí a Lucía, quien sería mi segunda esposa. Lucía estuvo separada de mí desde 1974 hasta 1980, solo nos comunicábamos por carta. En 1980 nos reunimos para vivir juntos en Venezuela, unión que duró por 42 años más, hasta que ella falleció en Santiago.

Mario Concha



Manifestante en el Día de los Trabajadores (II). Santiago de Chile, 1 de mayo de 2022.

Sobreviviente

Mi nombre es Senén Sotomayor Pérez. Soy un sobreviviente de la tortura del régimen militar que impuso en Chile la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet Ugarte.

Tengo que referirme a algunos años antes de 1973, en que los trabajadores del Hospital Barros Luco Trudeau, estaban en su mayoría comprometidos con la causa popular del gobierno y adherían a los llamados de la CUT y los sindicatos. Mención especial merecen los dirigentes de la FENATS, como Lina Benítez, Polidoro Morales, Manuel Salazar y otros, que se jugaron siempre por la causa popular.

Los años anteriores al golpe militar, recuerdo, nos juntábamos en las afueras del casino, donde se conversaba de lo humano y lo divino, del mercado negro y de las colas en los almacenes, de la vida al interior del Hospital, de las movilizaciones, de la situación política, etcétera.

Cuando vino el golpe, casi todos fuimos hechos prisioneros, torturados y expulsados al exilio. Fuimos los que tuvimos más suerte porque, en gran medida, nuestros compañeros más comprometidos con el gobierno popular fueron asesinados o desaparecidos.

Debo testimoniar que estuve en el centro de torturas Cerro Chena, que ha sido según opiniones de los presos políticos que allí se encontraban y de la mía, el peor centro de flagelación y tortura de la región metropolitana, ya que allí se golpeaba, se hacía correr vendado para luego hacer que los presos políticos se estrellaran en un muro de concreto o te golpeaban las manos hasta conseguir una fractura de los dedos. Los simulacros de fusilamiento andaban a la orden del día. Personalmente a mí, me sacaron 4 veces para fusilarme... Ya estaba curado de espanto, aunque caían algunos cuerpos, lo que indicaba que había algunos presos que estaban programados para morir.

Allí gané varias heridas en la cabeza que, hasta el día de hoy, cada cierto tiempo, se abren solas. Quizás, recordándome esas situaciones sufridas en manos de los esbirros de la dictadura...

Senén Sotomayor Pérez

Día del trabajador ferroviario

En la huelga de camioneros de 1972, que buscaba paralizar el país previo al golpe de estado, el gremio de los trabajadores ferroviarios no paralizó y siguió trabajando. Luego del golpe y como consecuencia de esto, se desató una gran represión contra ellos.

El 28 de septiembre de 1973, 11 trabajadores de la Maestranza de San Bernardo fueron detenidos, algunos en sus casas y otros en su lugar de trabajo, por militares de la Escuela de Infantería de San Bernardo, quienes se los llevaron a un lugar desconocido, que luego se logró averiguar era el cerro Chena, donde el 6 de octubre fueron fusilados.

Los nombres de esos trabajadores eran: Alfredo Acevedo Pereira, 27 años; Roberto Ávila Márquez, 59 años; Raúl Castro Caldera, 23 años; Hernán Chamorro Monardes, 29 años; Manuel González Vargas, 46 años; Arturo Koyck Fredes, 48 años; Adiel Monsalves Martínez, 41 años; José Morales Álvarez, 31 años; Pedro Oyarzún Zamorano, 36 años; Joel Silva Oliva, 37 años; y Ramón Vivanco Díaz, 44 años. Todos miembros del Partido Comunista.

Luego de recuperada la democracia, en un acto solemne en la Maestranza y con presencia de autoridades, familiares y trabajadores, se colocó una placa que los recordaba. Y cuando la maestranza cerró sus puertas, la placa se guardó en el Gimnasio Ferroviario, hasta que se trasladó años después a la plazoleta de la Estación San Bernardo, donde actualmente se encuentra.

Una mujer, Claudina Campos, incansable dirigente social y compañera de Arturo Koyck, hoy de 94 años, es la persona que siempre nos ha mantenido unidas y unidos a nosotros los amigos y familiares. Esto desde el primer año, cuando hasta era peligroso que se reunieran más de cinco personas, ¿se recuerdan? Aún en plena dictadura encontraba la forma de juntarnos, a veces hasta en una misa en la iglesia del cementerio de San Bernardo, plantando un canelo en la plaza de esa localidad o varios en la ladera del cerro Chena... Mi gratitud hacia ella permanecerá siempre, mientras yo viva.

Este 6 de octubre de 2024, en la entrada de la estación de Metrotren de San Bernardo, Ferrocarriles inauguró el mural Siluetas del Cerro, creado por el famoso muralista chileno Alejandro «Mono» González. Es un brazo que con su mano indica el cerro Chena. También podemos decir que es un tren que avanza rápidamente, cuyo camino va indicando al Chena.

Marta Maldonado Mena

Citación

En septiembre de 1973 cursaba mi último año de la carrera de enfermería. Las universidades fueron cerradas, apresaron y detuvieron estudiantes, algunos desaparecidos hasta el día de hoy. Cuando volví a clases fui notificada que debía abandonar el recinto, con la advertencia que no podía entrar a ningún lugar público, ya sea hospitales, bibliotecas y no recuerdo qué otros. Debía presentarme a declarar a un lugar del Hospital Barros Luco, por tener participación política. Con mucho enojo pensé que iría al día siguiente y defendería mi derecho a tener una ideología política, en mi caso comunista, que no había cometido ningún delito. Tenía apenas 22 años y era muy idealista.

Para suerte mía fue un compañero a verme y a aconsejarme que no lo hiciera, porque de hacerlo no me dejarían en paz y tanto yo como ellos, correríamos riesgo de vida. Decidí hacerle caso para no exponerlos, pero sentí que estaba viviendo una locura, una verdadera situación kaffiana.

Decidí no ir de inmediato ni tampoco respetar la fecha de la citación, porque sabía que me sería difícil mentir; tenía que pensar. Entonces, comencé a prepararme para las posibles preguntas, ensayando las respuestas. Trataba de convencerme de que yo, no era yo...

Cuando iba llegando al lugar del interrogatorio, vi a una compañera estudiante citada, que llevaba a su pequeño hijito en brazos... le pregunté extrañada, asustada y tal vez alterada, "¿por qué lo traes?". Me respondió con una extraña sonrisa, más bien con una mueca, "es que me pidieron conocerla". Sentí una tremenda pena, pero no podía llorar, tampoco recriminarla; estábamos sobreviviendo.

Tengo 72 años y debería vivir una vida tranquila, preocuparme tan solo de mí y de mi familia, pero no puedo ni pude antes. Creo que eso es el efecto de experiencias vividas, o que nací y me crié en una sociedad menos individualista. Veo a una de mis colegas que también estuvo en esos interrogatorios de estudiantes en el Hospital Barros Luco, que sigue sufriendo por el daño a ella y su familia. Veo a mi hermana con una vida truncada a los 25 años por la experiencia traumática de haber sido detenida, perder su carrera universitaria y nunca más poder trabajar por los problemas psiquiátricos que se le sobrevinieron. Amigos muertos y una sociedad enferma.

Trabajar en Derechos Humanos es una obligación, porque la violación a los mismos es, con certeza, una amenaza permanente.

Gloria Díaz Valdés

Querida hermana del tiempo

Apurado, como son estos tiempos, me siento a mirar tu foto y en segundos, cual álbum, me lleno de recuerdos.

Una de las cuestiones que tengo grabada es tu frase cuando, en la sala del Liceo Manuel de Salas, te referiste a tu detención en varios centros de la dictadura en tu condición de presa política. En esa oportunidad, con la simpleza y nobleza que te caracteriza, señalaste: “la reflexión más importante es la reafirmación de mi compromiso con los más desposeídos y mi amor eterno por mis hijos”.

¿Cuándo fue que nos estrechamos la mano por primera vez?

Década del ochenta, quizás, en nuestro Congreso partidario, comunal San Miguel, luego Regional Metropolitano, célula en la comuna de San Ramón. Sin duda ahí fue donde más compartimos y conocí de toda tu grandeza. Siempre pensando en “qué más hacer”, creaste el Centro Médico Mayo, dando espacio para trabajar a varios profesionales que también, al igual que tú, buscaban un espacio para contribuir a la resistencia y sobrevivir en lo personal.

Si lees estas líneas, inmediatamente me reprocharías que no es para tanto, era lo que teníamos que hacer; y que no me refiriera en particular a la Flaca, nada más y nada menos que tu hermana Angélica. Ella estaba presente en todas tus andanzas, fue tu escudero, la nana de tus hijos, la que te segurizaba de que nada les faltaría si tú estabas ausente por las tareas partidarias, así como hizo durante todo el período de tu detención. Era tu cable a tierra, fue tu enfermera en esa odiosa enfermedad que te alejó de nosotros.

Quiero contarte que aquí estamos, siempre contigo presente, marcaste nuestras vidas... Eres una sembradora de esperanzas y de sueños realizables, uno puede enojarse contigo, puede discutir contigo, lo que uno no puede es dejar de quererte, entrañable pasionaria de la vida nuestra, Luisa Stagno Valenzuela; una vida entregada por la vida.

Victor Manuel Farias Palma

Los jamás ausentes

En 1973 había ingresado a la Facultad de Medicina de la Universidad Austral —Valdivia— y repartía su tiempo entre el estudio y su quehacer político. En ambas actividades se destacaba por su compromiso y trabajo práctico.

En agosto de 1973 fue detenido en la calle mientras repartía volantes en los que se llamaba a las Fuerzas Armadas a no participar en un Golpe de Estado, cuestión que era muy anhelada por el gobierno de Estados Unidos desde antes que asumiera Salvador Allende.

Mi hermano estuvo detenido e incomunicado entre el 15 y el 30 de agosto de 1973 y fue liberado con la orden de presentarse a firmar en la fiscalía cada 15 días. El 11 de septiembre, para Jorge la situación se volvió oscura y amenazante, con resultados impredecibles. Él sabía que la cacería por parte de la bestia gris ya había comenzado y muchos de sus compañeros ya estaban presos. Después se enteró que varios de ellos habían sido fusilados, sin juicio previo.

Lo que vivimos hasta enero de 1974, fecha en que salió al exilio con solo 18 años, es otra historia. No lo volví a ver hasta después de 13 años. Cuando supo que lo habían sacado de la lista negra de aquellos que no podían volver, preparó su maleta y regresó a su Patria. Lo esperé en el aeropuerto y lo abracé con lágrimas en los ojos. Ya estaba en casa.

Mi hermano falleció el 28 de junio de 2024, a los 69 años. Fue un hombre extraordinario: inteligente, comprometido hasta los huesos con el otro, solidario, generoso, lúcido, pero con una tristeza que no pudo superar.

Muchas veces me sorprende hablando en voz alta con él o pensando en llamarlo. Sobrevive en mi memoria, tal como escribió en una hermosa canción que compuso:

*Aquí estoy
y ando
junto a los jamás ausentes.*

Eduardo Toro

Padre

Te escribo esta carta para decirte cuánto te admiré cuando era una niña. Veía lo esforzado que eras para realizar tu trabajo, salías muy temprano de nuestra casa, antes que el sol alumbrara y volvías cuando el sol ya se escondía, trabajabas tanto para proveernos. Yo era muy niña y te veía llegar con tus pantalones enrollados hasta tus rodillas, porque tenías que hacer esos canales, para que al patrón no se le pudiera el trigo, mas tú venías con el cansancio en el cuerpo, tus pies estaban muy helados y mojados, igualmente esto no era impedimento para que nos entregaras ese saludo cariñoso a nosotros, tus diez hijos.

Aunque eras analfabeto, eras como los grandes sabios. Mamá, que tenía segundo año de preparatoria, era culta. Recuerdo que toda la semana compraba el diario que se llamaba La Prensa y le leía a papá todas las noticias. Nosotros juntos, escuchábamos también esas noticias. Gracias a lo que ellos eran, nosotros pudimos ir al colegio, porque en aquellos años en el campo, los padres no enviaban a sus hijos al colegio; nosotros fuimos privilegiados en ese sentido.

Papá, fuiste nacido en la tierra de Lautaro y Galvarino. Perteneces a la raza mapuche, de eso estoy orgullosa de ti. Papito querido, te cuento que tuve la oportunidad de ir un verano, trabajando todo el mes de febrero a Licanray. Mis patrones eran considerados, después de las 15 horas quedaba desocupada, me sentaba debajo de unos árboles muy grandes, autóctonos de ese lugar, como alerces y robles. El viento movía sus hojas, era un susurrar en movimiento. Yo sentía que se comunicaban con sus ancestros, pensaba “qué linda esta oportunidad que Dios me dio de poder estar en esta naturaleza, andar en esta tierra de sabiduría”. Se me vino a la mente preguntarme, “¿cuántas veces anduvo mi padre en estos lugares?”. Quizás caminando con sus pies descalzos, su estómago vacío, tal vez más grande, en busca de un trabajo, con la esperanza en su corazón de encontrarlo.

Mas los años han sido duros, indiferentes a la realidad de la clase trabajadora. Papito lindo, tú y mamá son las personas más importantes en el recuerdo de mi corazón. Gracias por esa infancia tan linda que me dieron, soy muy agradecida de Dios y puedo decir que en mi corazón no hay odio, solo gratitud y comprensión.

Fredeslinda Urrutia Vargas

¡Hasta que la Dignidad se haga costumbre!

La Revuelta Social de octubre del 2019, nos despertó de la depresión en que vivíamos muchas y muchos por aquellos días, nos dolía la realidad que se vivía, ver los liceos sitiados por carabineros y también en el sur los agentes del Estado tenían militarizada la zona denominada “de conflicto”, porque los mapuche están en proceso de recuperación de sus tierras, usurpadas por las empresas forestales.

Ese día que la estudiante anónima saltó el torniquete del metro, nos traspasó su energía de jóvenes rebeldes, ¡ese día fuimos felices! Todas, todos y todes nos tomamos la Plaza Italia y en un rito histórico, le cambiamos el nombre: «Dignidad» es y será el símbolo de la revuelta social.

Las banderas enarboladas en la cima del caballo en la estatua de Baquedano es la imagen más bella vista, con los ojos y el sentir de un pueblo soberano y libertario. Vi la Alameda con sus muros convertidos en museos a cielo abierto, repleta de gente. Las marchas impresionantes, las capuchas, la primera línea con sus escudos; ellos y ellas cada día arrancaban piedras para enfrentarse con los sicarios del Estado. Veía los ojos iluminados de los y las capuchas que marchaban junto al pueblo, alertas y dispuestos a dar vida, porque la Dignidad se haga costumbre. Nuestra lucha siempre fue por Amor, no cabe duda.

Pero así ha sido históricamente, cuando el pueblo se alza para recuperar su soberanía, la oligarquía envía a sus esbirros para restaurar el orden público y resguardar la infraestructura. Esta vez no fue distinto. Claro que, con prácticas sionistas, causaron daños irreparables, asesinaron, secuestraron, torturaron, violaron, mutilaron ocularmente, cegaron a Gustavo Gatica y a Fabiola Campillay; y cientos de jóvenes fueron detenidos y dejados en prisión preventiva por más de 2 años, con montajes de carabineros intra marchas. Muchos de ellos aún se encuentran cumpliendo condenas, otros, siguen a la espera del juicio.

A cinco años de la revuelta, no hemos logrado obtener verdad justicia, reparación, garantías de no repetición ni memoria.

Volvimos a vivir la triste realidad... Sin justicia no hay paz, pues la paz es fruto de la justicia.

Verónica Verdugo Urrutia

Sobreviviente

Créeme que a veces te llamo
creyendo que vendrás
y elevo los ojos al cielo
sin verte jamás.

Cuando me dices lo que no quiero
quisiera con mi boca tu boca callar,
para que tu alma se una con la mía
y en un beso profundo quedarme y no despertar.

Créeme cuando te digo que te extraño,
si apenas te acabas de ir
y si dices que me quieres
ya no lo puedo sentir.

A veces recuerdo sollozando
mi vida antes de conocerte
y ahora pienso suspirando
que nada me costó quererte.

Si alguna vez ya no me quieres
no podré decir que no he vivido,
no importa si viene la muerte,
al menos ya te he conocido.

Elsa Cayo Vargas



SI LA MAR HABLARA...

Un epílogo hacia quienes ya no están



El día 12 de septiembre de 1976, Chile fue estremecido con una noticia trágica: el cuerpo de una hermosa mujer de 42 años, había aparecido sin vida apenas con un trozo de tela y otro de alambre alrededor de su cuello, en el kilómetro 182 de la Panamericana Norte. La prensa habló de un crimen pasional en la playa La Ballena, señalando que «presumiblemente fue estrangulada, arrastrada y abandonada en la arena». Se trataba de Marta Lidia Ugarte Román, dirigente del Partido Comunista. Y no, no había sido asesinada por razones pasionales...

El día 12 de septiembre de 1976 la mar nos devolvió a Marta Ugarte, como un temprano testimonio de lo más siniestro en nuestra historia reciente; las feroces prácticas de amedrentamiento y exterminio, lo más abyecto. La impunidad, como a tantas y tantos, en espera de justicia y reparación frente a la persistencia inverosímil de los pactos de silencio.

¿Cuántos más fueron atados a esos alambres y rieles?, ¿qué nos susurran desde el fondo del mar?, ¿cómo hacer audible la voz de quienes ya no pueden hablarnos?

El sol y la sal han hecho surcos en la piel de la memoria. Sin embargo, persistimos. Más grande que cualquier barbarie, es el recuerdo de Marta honrando su compromiso, haciendo arte entre telas e hilos, enseñando a sus

estudiantes el movimiento de las olas; sus aguas calmas y su bravía, que es otra forma de entender el movimiento de la vida.

Sabemos que este no puede ser el cierre de un libro. Nuestros escritos serán siempre un llamado de esperanza al reinicio.

El texto colectivo que compartimos a continuación, responde a una pregunta simple, profunda, infinita: *¿y si la mar hablara?*

I

Su voz arrastra misterios
en su hondura,
solo ella sabe descifrarlos.
Historias sin testigos
naufragios de luces y sombras,
mirarla es asomarse a un reflejo cargado de sentidos.

La mar no quiso ser cómplice.

Devolvió a Marta Lidia
con el resplandor del ocaso
y la luminosidad del atardecer sobre su cuerpo.

Fue la Madre Tierra quien dijo:
aquí está ella, eterna, inmensa,
montada sobre una ola
que devuelve al mundo sus sueños.

En el ronco canto de la mar bravía
persiste la certeza de que todo
vuelve a levantarse, con cada marea.

La mar, el agua
origen de todas las vidas,
espejo de la humanidad perdida.
La impunidad de quienes, piensan, ser dueños
de toda forma de muerte.

Madre que engendra,
alimento y fuente.
En la mar nada se pierde, todo reinicia.
¿Por qué obligarla a recibir en su seno
a tantos inocentes?

II

Si la mar hablara
Marta, Martita, Martuca
traería tu voz cantando, emocionada y feliz
con tu pelo al viento y tu falda blanca;
esa que habías hecho con tus propias manos.

Si la mar hablara
Marta, Martita, Martuca
nos contaría del primer beso de amor que diste,
tus recuerdos de aquel joven aguerrido
que te enamoró.

Una caricia imposible sobre tu cuerpo mutilado.
La esperanza en la promesa de esa, tu mar.
El reencuentro de tus queridos
y la inequívoca verdad sobre la orilla.

Si la mar hablara
Marta, Martita, Martuca
me regalaría tus sonrisas,
su última conversación contigo;
en susurros, en tiempo de oleajes.

Son tus hijos, nuestros hijos
desde sus pupitres malogrados
esperando por siempre las enseñanzas arrebatadas,
el bullicio del recreo,
tu sueño reencarnando en esas voces.
Verte aguerrida, compañera,
tu vocación de maestra infinita.

La mar habla, siempre
y dice brava:
Marta, Martita, Martuca.

III

Soy las olas, soy espuma
formo nubes que vuelven a mí.
Ha sido la lluvia mi alivio, refresco,
fértil abono de mis aguas.
Mas trágicos hechos ocurrieron hasta mis profundidades.

Soy quien crea tormentas,
quien azota las orillas de los continentes.
Tierra, cuando no estoy presente,
solo hay piedra, metal, silencio.

Tumba permanente de tantas y tantos;
los acogí en mi inmensidad
como una madre en su seno húmedo,
supe de sus dolores, lavé sus heridas...
¡ustedes también cumplan con lo suyo!

Otra vez respiro con ritmo antiguo,
como si cada oleaje recargara
la porfiada memoria...
Alzo, rugiendo, mi grito imperecedero:
¡Presente! ¡Presente! ¡Presente!

*Tantos culpables nunca condenados:
¿Por qué siguen libres sin pena alguna?*

Creación Colectiva, noviembre de 2025



Patio 29. Santiago de Chile, 28 de mayo de 2024.

ÍNDICE DE IMÁGENES

Germán Grunert Duque

De la serie de collages Laberintos de papel. Santiago de Chile, 2024

Portada «La savia bajo la lluvia»	: Pieza VII
Portadilla «La gota de rocío»	: Pieza III
Portadilla «Ese glaciario milenario»	: Pieza IV
Portadilla «El océano escondido»	: Pieza X
Portadilla «Para sumergirse en la tormenta»	: Pieza I
Portadilla «Murmulllos de río»	: Pieza V
Collage interior «Murmulllos de río»	: Pieza IX
Portadilla «Dibujando el Arcoíris»	: Pieza VI
Portadilla «Modelar nuestro barro»	: Pieza II
Portadilla «Napas subterráneas»	: Pieza VIII

Fotografías

Velatón en el Estadio Nacional. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 2023.

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Santiago de Chile, 16 de mayo de 2022.

Casona del barrio Concha y Toro. Santiago de Chile, 10 de mayo de 2021.

Velatón en el Estadio Nacional. Santiago de Chile, 11 de septiembre de 2025.

La memoria del agua. Santiago de Chile, 15 de agosto de 2022.

La Factoría, Barrio Franklin. Santiago de Chile, 5 de mayo de 2023.

Manifestante en el Día de los Trabajadores (I). Santiago de Chile, 1 de mayo de 2022.

«Grande Víctor», Mural de @pablozyp. Santiago de Chile, 28 de noviembre de 2025.

La Revuelta. Santiago de Chile, 16 de noviembre de 2019.

Portadilla «Espejos de agua»: Boyancia. Fremantle, Western Australia, 18 de enero de 2017.

Playa de Horcón. Región de Valparaíso, Chile, 17 de septiembre de 2025.

Manifestante en el Día de los Trabajadores (II). Santiago de Chile, 1 de mayo de 2022.

Portadilla «Si la mar hablara». El mar de The Twelve Apostles. Victoria, Australia, 14 de marzo de 2017.

Patio 29. Santiago de Chile, 28 de mayo de 2024.



